Cuentos de fútbol argentino

Selección y prólogo de Roberto Fontanarrosa

Adolfo Bioy Casares
Jorge Luis Borges
Marcelo Cohen
Humberto Costantini
Alejandro Dolina
José Pablo Feinmann
Inés Fernández Moreno
Roberto Fontanarrosa
Rodrigo Fresán
Elvio E. Gandolfo
Liliana Heker
Héctor Libertella
Diego Lucero
Marcos Mayer
Pacho O'Donnell
Guillermo Saccomanno
Juan Sasturain
Osvaldo Soriano
Luisa Valenzuela



ALFAGUARA

SUSCRIBITE

VOS SOS PARTE

Lástima a nadie maestro

LANM



Prólogo

Cortita y al pie

No crecí queriendo ser como Julio Cortázar. Crecí queriendo ser como Ermindo Onega. Por eso llegué a la literatura por la puerta de atrás, con los botines embarrados y repitiendo siempre el viejo chiste: "Mi fracaso en el fútbol obedece a dos motivos. Primero: mi pierna derecha. Segundo: mi pierna izquierda". Tal vez por eso, todo prolegómeno que demore un partido de fútbol, me molesta. La ceremonia de los himnos, las fotografías previas, la entrega de alguna plaqueta, los proyectiles que caen sobre el arco de los visitantes dilatando el inicio del encuentro, me sacan de quicio. Y algo de eso se trasunta en el cuento mío que integra este libro. Conocedor de esa ansiedad por el pitazo inicial, sabiendo la expectativa que a uno lo carcome hasta el momento en que empieza a correr la pelota, abreviaré en lo posible este dichoso prólogo. Entiendo largamente el deseo imperioso del amigo lector por deleitarse con un Juan Sasturain, un Pacho O'Donnell, un Negro Dolina o un Gordo Soriano. Figuras que quizás, caprichosamente —junto con Costantini, Fernández Moreno y quien esto escribe—, pueden ir al banco de suplentes si el primer equipo forma, como se anuncia, con Saccomanno, Cohen o Lucero, Fresán, Borges y Valenzuela; Gandolfo, Heker y Bioy Casares; Feinmann, Mayer y Libertella. Pero es bueno aclarar que, en esta lista de buena fe y mejor letra, no hay titulares ni suplentes. La editorial nos ha prometido que todos podremos lucirnos, ya que este maravilloso grupo humano es como si fuera una gran familia. Tanto que, vale consignarlo para evitar sorpresas, queridos aficionados al viril deporte del balompié, Inés Fernández Moreno, Liliana Heker y Luisa Valenzuela han sido aceptadas en el plantel siendo, como sus nombres lo indican, mujeres. Bellas literatas que acceden a este mundillo supuestamente de hombres cabalgando en el crecimiento del fútbol femenino y en la innegable pasión que alberga en el corazón de toda niña argentina. Y basta de palabras. Señores, a lo nuestro. Que la pelota está en el centro del campo, el árbitro consulta con sus asistentes y ya damos vuelta la

primera página de este partido para gozar del juego que los argentinos, como diría el Serrat, mejor jugamos y más nos gusta.

Roberto Fontanarrosa

(H. Bustos Domecq)

Esse est percipi

Viejo turista de la zona Núñez y aledaños, no dejé de notar que venía faltando en su lugar de siempre el monumental estadio de River. Consternado, consulté al respecto al amigo y doctor Gervasio Montenegro, miembro de número de la Academia Argentina de Letras. En él hallé el motor que me puso sobre la pista. Su pluma compilaba por aquel entonces una a modo de Historia Panorámica del Periodismo Nacional, obra llena de méritos, en la que se afanaba su secretaria. Las documentaciones de práctica lo habían llevado casualmente a husmear el busilis. Poco antes de adormecerse del todo, me remitió a un amigo común, Tulio Savastano, presidente del club Abasto Juniors, a cuya sede, sita en el Edificio Amianto, de avenida Corrientes y Pasteur, me di traslado. Este directivo, pese al régimen doble dieta a que lo tiene sometido su médico y vecino doctor Narbondo, mostrábase aún movedizo y ágil. Un tanto enfarolado por el último triunfo de su equipo sobre el combinado canario, se despachó a sus anchas y me confió, mate va, mate viene, pormenores de bulto que aludían a la cuestión sobre el tapete. Aunque yo me repitiese que Savastano había sido otrora el compinche de mis mocedades de Agüero esquina Humahuaca, la majestad del cargo me imponía y, cosa de romper la tirantez, congratulólo sobre la tramitación del último goal que, a despecho de la intervención oportuna de Zarlenga y Parodi, convirtiera el centro-half Renovales, tras aquel pase histórico de Musante. Sensible a mi adhesión al once de Abasto, el prohombre dio una chupada postrimera a la bombilla exhausta, diciendo filosóficamente, como aquel que sueña en voz alta:

—Y pensar que fui yo el que les inventé esos nombres.

—¿Alias? —pregunté, gemebundo—. ¿Musante no se llama Musante? ¿Renovales no es Renovales? ¿Limardo no es el genuino patronímico del ídolo que aclama la afición?

La respuesta me aflojó todos los miembros.

—¿Cómo? ¿Usted cree todavía en la afición y en ídolos? ¿Dónde ha vivido, don Domecq?

En eso entró un ordenanza que parecía un bombero y musitó que Ferrabás quería hablarle al señor.

—¿Ferrabás, el locutor de la voz pastosa? —exclamé—. ¿El animador de la sobremesa cordial de las 13 y 15 y del jabón Profumo? ¿Estos, mis ojos, le verán tal cual es? ¿De veras que se llama Ferrabás?

—Que espere —ordenó el señor Savastano.

—¿Que espere? ¿No será más prudente que yo me sacrifique y me retire? —adujé con sincera abnegación.

—Ni se le ocurra —contestó Savastano—. Arturo, dígale a Ferrabás que pase. Tanto da…

Ferrabás hizo con naturalidad su entrada. Yo iba a ofrecerle mi butaca, pero Arturo, el bombero, me disuadió con una de esas miraditas que son como una masa de aire polar. La voz presidencial dictaminó:

—Ferrabás, ya hablé con De Filipo y con Camargo. En la fecha próxima pierde Abasto, por dos a uno. Hay juego recio, pero no vaya a recaer, acuérdese bien, en el pase de Musante a Renovales, que la gente lo sabe de memoria. Yo quiero imaginación, imaginación. ¿Comprendido? Ya puede retirarse.

Junté fuerzas para aventurar la pregunta: —¿Debo deducir que el score se digita? Savastano, literalmente, me revolcó en el polvo.

—No hay score ni cuadros ni partidos. Los estadios ya son demoliciones que se caen a pedazos. Hoy todo pasa en la televisión y en la radio. La falsa excitación de los locutores ¿nunca lo llevó a maliciar que todo es patraña? El último partido de fútbol se jugó en esta capital el día 24 de junio del 37. Desde aquel preciso momento, el fútbol, al igual que la vasta gama de los deportes, es un género dramático, a cargo de un solo hombre en una cabina o de actores con camiseta ante el cameraman.

—Señor, ¿quién inventó la cosa? —atiné a preguntar.

—Nadie lo sabe. Tanto valdría pesquisar a quién se le ocurrieron primero las inauguraciones de escuelas y las visitas fastuosas de testas coronadas. Son cosas que no existen fuera de los estudios de grabación y de las redacciones. Convénzase Domecq, la publicidad masiva es la contramarca de los tiempos modernos.

—¿Y la conquista del espacio? —gemí.

—Es un programa foráneo, una coproducción yanqui-soviética. Un laudable adelanto, no lo neguemos, del espectáculo cientifista.

—Presidente, usted me mete miedo —mascullé, sin respetar la vía jerárquica—. ¿Entonces en el mundo no pasa nada?

—Muy poco —contestó con su flema inglesa—. Lo que yo no capto es su miedo. El género humano está en casa, repantigado, atento a la pantalla o al locutor, cuando no a la prensa amarilla. ¿Qué más quiere, Domecq? Es la marcha gigante de los siglos, el ritmo del progreso que se impone.

—¿Y si se rompe la ilusión? —dije con un hilo de voz.

—Qué se va a romper —me tranquilizó.

—Por si acaso seré una tumba —le prometí—. Lo juro por mi adhesión personal, por mi lealtad al equipo, por usted, por Limardo, por Renovales.

—Diga lo que se le dé la gana, nadie le va a creer.

Sonó el teléfono. El presidente portó el tubo al oído y aprovechó la mano libre para indicarme la puerta de salida.

Marcelo Cohen

Fantasía española

Aunque la luz matinal era clara y celeste, Galissou se movía por la habitación como si estuviera llena de bruma. Cuando por fin llegó a la ventana dio enseguida un paso atrás, luego un golpecito en el cristal y arrastrando los pies volvió a sentarse frente a la mesa. En un plato había cuatro galletas integrales; al lado, en orden aparente, un flaco listín telefónico abierto, una botella de leche y un teléfono beige.

Galissou recorrió con un dedo la columna de apellidos de una página del listín. Hasta las dos terceras partes casi todos tenían una marca en rotulador verde. Sin despegar los ojos del nombre donde había parado la uña, ladeando un poco el torso, Galissou descolgó el teléfono y marcó un número. Esperó, alisándose una y otra vez el albornoz azul eléctrico.

—Palomera —disparó una voz al otro lado de la línea.

—Señor Palomera…

—Ya he dicho que soy Palomera.

—Sí, ya lo sé. Señor Palomera: buenos días, soy Galissou.

Se hizo un silencio de gravedad mediana. Cansado de estudiarse las pantuflas, Galissou cerró los ojos.

—No tengo el gusto. No tengo el menor gusto.

—Atalanio Galissou. Interior izquierdo del Toviel.

Confusos chasquidos poblaron el nuevo silencio.

—Ah, ya, ya, Galliso. ¿Qué se le ofrecía? Sea breve, le suplico. —Eeehmmm, ¿qué es ese ruido? ¿Su teléfono o el mío? —Papeles. —Ahora la voz sonaba algo más lejana. —¿Cómo?

—Papeles —la voz cobró un volumen brutal—: ¡Papeles, Galliso! No sé si sabe exactamente adonde ha llamado, pero esto es el archivo parroquial de nuestro pueblo y habla usted con el responsable. ¿Le molesta que vaya hojeando papeluchos mientras usted me entretiene? La tarea del historiador es ímproba, Galliso.

—Galissou —dijo Galissou—. Ga-li-ssou, señor Palomera. Ale extrañaría que mi nombre no le dijera nada.

—Pues no me dice.

Galissou sorbió un poco de leche. Miró dolorosamente la botella.

—Jo. ¿Y qué hizo usted el domingo pasado por la tarde? —preguntó.

Se oyó una risita asfixiada.

—¿Y usted, Galissou?

—Jugué un partido de fútbol. La final de liga regional. Ya le dije, soy el interior izquierdo del Toviel Fútbol Club. Precisamente…

—No me diga —los crujidos de fondo cesaron. Dio la impresión de que Palomera carraspeaba—. ¿Y qué? Veamos, déme una pista.

—Ya he hecho todo lo posible, señor Palomera. Quisiera no fastidiarle más. Pero bien… Mi madre era haitiana.

—¡Ah, caramba! El negro.

—Zambo. Soy zambo.

—Sí, claro. Sin duda. —Hubo un ruido sordo, como si se hubiera caído un biblioratoـ. Hombre, Galissou. A mí el fútbol me la trae flojísima, pero no crea, he pensado en usted. Bien, digamos que he visto esa foto suya.

—¿Cuál?

—¿Cómo cuál? Esa foto pavorosa, no sé si en el diario de la capital o en "El

Tovelano". Usted está sentado en un rincón del campo, solo, abrazándose las rodillas, la cabeza gacha…

—Ah, ésa.

—Sí, el pelo le brilla de sudor y de… ¿llovía, verdad? Una desolación inefable. Y al fondo los rivales arrojando besos a la alambrada, desnudos como monos, sí, y a lo lejos una chiquilla, supongo que de nuestra hinchada, con la cara arrugada de llanto.

—Para la gente ha sido una tragedia. Justamente yo llamaba…

—Sí, sí, algo he percibido. Una atmosferilla, un estupor basáltico. Creo que iban a ascender a… Hombre, Galissou… Qué quiere que…

—Nada. Nada. Lo que yo quería decirle… —En confianza: ¿cómo le pudo pasar algo así?

Galissou alzó los ojos a la ventana. Contra la irreal nitidez del cielo unas ramas de nogal vibraban levemente, como si presintieran algo. Al otro lado de la línea el silencio era cavernoso pero incitante. Cruzó las piernas.

—Un error humano, señor Palomera. Técnicamente… No sé, la lluvia… En fin, el chut no salió como debía.

—¡Venga, Galissou! Usted es un jugador finísimo. Y experto. Eso dicen. ¿Sabe qué? No me convence. No, no.

La espalda de Galissou resbaló un poco en la silla. Las nalgas quedaron al borde del asiento. Se oía el insistente martilleo de un dedo.

—Tiene razón, Palomera. En todo.

—Ahooora sí. Ahora sí. No crea, yo he pensado mucho a qué pudo deberse. La soledad, el lastre de una misión desmesurada. Pero me gusta mucho la idea de un vórtice mental. Un destello, una… interferencia.

Galissou descruzó las piernas y se enderezó lentamente en la silla.

—Usted no vio el partido.

—No, para qué. Pero yo pienso, Galissou, es lo que hago en la vida; y elaboro. Tal vez sea la única persona que piensa en Toviel. Pensar continuamente amplía la percepción.

—¿Galissou?

—Estoy aquí.

—Usted tiene algo que contar. Le escucho. Tenemos tiempo.

Indeciso, Galissou miró las galletas pero cogió de nuevo la botella de leche. La detuvo a dos centímetros de los labios.

—Había llovido toda la segunda parte y mucho más desde el gol de ellos. Nosotros no nos desesperamos hasta que faltaban cinco minutos. Hemos sido mejores toda la liga. Infinitamente mejores. Por eso cuando empujaron a Coure en el área y el árbitro pitó lo vimos lógico. Como si el Dios del fútbol fuera justo. Así que fui y puse el balón en su punto. Siempre lo hago yo. Voy y pongo el balón, y tomo carrerilla. Todo de lo más natural… Cuando de repente se oye un trueno. Y más lluvia. No sé cómo podía llover más. Era un diluvio…

—Apocalíptico.

—Exacto. Señor Palomera: no se veían las tribunas, la gente ni los paraguas. Miré por encima del hombro y el agua borraba a mis compañeros, a los rivales. Yo esperaba. Estuve esperando cantidad de tiempo. En eso viene el árbitro y me sacude el brazo y me dice que para cuándo.

—¡Caray! No había oído el silbato.

—Um, señor Palomera, usted es un…

—Pienso, Galissou. Ahora mismo estoy pensando. Imagino con gran precisión.

Su relato me hace imaginarlo todo.

Galissou bebió por fin un poco más de leche. Se le estremecieron los hombros. En la ventana, las ramas del nogal se habían aquietado.

—El árbitro volvió a su sitio y pitó más fuerte. Entonces apareció la portería, y el portero. Con las piernas abiertas, un poco agazapado, como se pone esa gente. Apareció entre la lluvia, como un animal… Lo veía clarísimo. Parecía… No sé.

Se oyó un chasquido de lengua contra paladar.

—Galissou, Galissou. Venga. En confianza.

—Parecía un león. Es que es un portero con una melena tremenda, pajiza. Bernárdez, se llama. Pero yo miré el balón. No quería ni engañarlo ni nada, sólo patear con alma y vida y zamparlo allí dentro y hacer justicia de una vez. Así que arranqué. Un paso, dos pasos. Tres pasos, Palomera. Cuatro. Vea, no llegaba nunca. Al balón. Y de pronto me rodeaba un silencio… ruidoso.

—El público entre la lluvia.

—No. Ya no llovía.

—Extraño.

—Era un silencio selvático.

Los dos hombres callaron un momento. Del lado de Palomera se oyeron pasos, como si se hubiera levantado a buscar algo, y luego un gorgoteo.

—Me lo figuraba —dijo Palomera—. ¿Tuvo un vahído?

—¿Cómo? Pues no sé. No. No podía moverme. Corría pero estaba paralizado.

—Atado.

Galissou tragó saliva. Tenía la cabeza gacha.

—¡Sí! Estaba atado a un poste. No sé de dónde venía esa sensación, ese… recuerdo. Era algo de la cabeza y del cuerpo, de otro tiempo. Un poste. En la selva. Gritaba, me sacudía, lloraba. Pero… Verá, estaba atada, me entiende. Había un viejo…

—¿Atada, ha dicho? —la voz de Palomera se volvió levemente áspera.

—Sí, atada. Había un viejo con una máscara de colorines y una especie de sonajero, un palito con cascabeles. Vino a pasarme el sonajero por los pechos, por los muslos, y luego se fue, se perdió en…

—La espesura. Lo comprendo. Un hechicero. Entonces…

—Era de noche, o el atardecer, entre las lianas, a lo lejos, un cántico, una especie de rezo. Había un aroma… no sé. Entonces apareció el león. No se crea que rugía, no. Se pasaba la lengua por los morros, abría las… fauces. Sólo cuando estuvo a un palmo empezó a rugir, un aliento que quemaba. Se alzó en dos patas y me puso las garras en los hombros… Yo, aterrada, me desmayé.

—No era para menos.

—Sí, pero al instante me desperté de nuevo y vi una zarpa, y volví a desmayarme.

—Y soñó con el león.

—Creo que sí, me parece. Era el león y era Bernárdez, el portero, y también era Bernárdez y una especie de soldado que me atacaba con una bayoneta, pero eso no lo sé, la sensación venía de un tiempo diferente. Cuando me desperté de nuevo tenía los pechos todos pringosos, se veía una baba, y el león estaba echado a mis pies, mirándome con…

—Simpatía.

—Con bondad, señor Palomera. Tenía la cabeza apoyada en las manos. Sólo cuando el hombre de la máscara se acercó furioso, a azuzarlo, soltó un rugido. Le tiró un zarpazo a ése, al brujo. Y volvió a mirarme, muy fijo, con la cara de Bernárdez. Y me pareció que se iban todos, todos los que estaban detrás de los árboles aunque yo no los viera, mi tribu, y el de la máscara, y yo estaba muy cansada, mucho, pero aliviado, feliz, ya no lloraba… Y el caso es que cuando el recuerdo se apagó…

—Usted había detenido la carrerilla.

—Sí. La sensación… se desvaneció. En mi cansancio vi el balón, reluciente, y a Bernárdez que se balanceaba con las piernas abiertas, unos centímetros por delante de la línea, porque los porteros siempre intentan adelantarse para tapar más. Pero tiene usted razón. Yo me había parado. Todo el mundo cree que hice la paradinha, un amago.

—¡Ja! La gente es deliciosamente ingenua.

—Nada de delicioso, señor Palomera. Yo no podía chutar. Simplemente no podía atacar a ese hombre, humillarlo. Él también se jugaba algo. Y estaba dormido a mis pies, la imagen se iba y volvía. Había hecho todo lo contrario de lo que mi tribu esperaba que hiciera. Me protegía.

—Una criatura noble.

—Me flotaba la cabeza.

—Ya, me imagino.

Una sonrisa de menosprecio arrugó brevemente los espesos labios de Galissou. Se la borró con la mano, como si se arrepintiera.

—No, no se imagina. Fue algo horrible, muy jodido.

—Calma, Galissou. Sólo he dicho que me lo imagino. Pero claro, no lo he vivido.

Procuro entender.

—Se levantó de repente, desperezándose como todos los felinos. Y rugió.

—Era un trueno, Galissou, en el estadio.

—Si usted lo dice. Yo oí un rugido. Y luego, y luego las zarpas de nuevo, en mi cuello, en mi vientre, y los dientes, Palomera, los dientes, cada desgarradura era un dolor infinito, una eternidad de dolor, y eran infinitas desgarraduras, borbotones de… Verse la sangre, las visceras, ver cómo la devoran a una y no morir. Morir sin morir del todo, agonizando. Ver las zarpas de Bernárdez, mis… tejidos.

—Y sus pechos, Galissou. —Palomera hizo una pausa—. Supongo que habrá seguido avanzando. Que se habrá lanzado.

—Sí, hacia el balón. Contra Bernárdez. Sabe, siempre he sido un jugador elegante y preciso. Pero en ese momento no pensé si chutar con el empeine al ángulo bajo, si engañarlo, esas chuminadas. Quería reventar la red, meter a Bernárdez en la portería con balón y todo. Hundirlo. Empatar con un chupinazo y ganar la liga, Palomera. Ganar la liga. Ya había perdido demasiado tiempo, joder.

—Eso se llama justicia poética. Venganza metafísica, diría yo. ¡Vida por vida, coño, en cualquier vida! —Palomera se sonó la nariz—. Pero bueno, no me ha dicho usted qué pasó.

—¿Ah, no?

—No.

El jadeo de Galissou tardó un tiempo en adoptar un ritmo, y al fin del proceso prefirió transformarse en un suspiro.

—Creo que con tantas paradas llegué al balón descompensado. Un poco pronto o un poco tarde, y torcido, la pierna no tuvo… No sé. Había charcos. Le pegué flojo, o la bota resbaló. Suele ocurrir cuando el balón está mojado, uno no le da de lleno. Si hasta me salió casi al medio… Y así y todo habría entrado, porque Bernárdez ya se había tirado a la izquierda. Pero le dio en el pie.

—Caray.

—Sí, y después se fue hacia el poste derecho, rebotó y empezó a pasearse por la línea. Yo vi que Bernárdez estaba a punto de recuperarse y fui a buscarlo. Me tendría que haber lanzado, zambullido, darle con una costilla, cualquier cosa.

—Habría sido la gloria.

—Psé —Galissou irguió el torso y se acomodó el albornoz—. Pero resbalé. El campo estaba… A tres pasos del balón caí como si me hubieran comido las piernas. Y él saltó como un felino y lo atrapó. —La voz se había vuelto gangosa—. Para mí fue la muerte. De nuevo.

—No se vive sólo una vez.

—Bien, señor Palomera. Eso es todo. Lo lamento.

—Por favor, Galissou. Me acaba de relatar una experiencia muy interesante, un enigma de la mente y el pasado. Recuerdo un cuento de Kipling…

—No, no. Digo que lamento haber fallado. Le ruego que me disculpe. Bien… El ruido que se oía ahora era de uña rascando pintura. —¿Cómo que lo lamenta?

Galissou frunció el ceño.

—Sí. Lo lamento. La temporada que viene demostraré lo que valgo.

—Ah, lo lamenta. Qué frivolidad. La portería mide siete metros, usted es un profesional, había una liga en juego y dice que lo lamenta.

—Señor Palomera. Tuve ese vértigo. Ese… recuerdo. Yo no era yo. El balón estaba empapado.

—Oiga, Galissou, creo haber visto alguna vez en la tele, yo que apenas me fijo, que en estas situaciones los buenos jugadores secan el balón con la camiseta antes de chutar. Lo secan muy bien, y lo ponen en un lugar liso.

—Yo sé cómo se chuta.

—No, no sabe. No secó usted el balón. Y no cogió bien la carrerilla. Usted puede ser todo lo virgen ofrendada a un león que quiera, es un avatar doloroso, pero la vida continúa, nunca mejor dicho, y un penalty se mete.

Galissou cambió el teléfono de mano y se secó la palma mojada en el albornoz. —Vea, Palomera, yo esto no se lo había contado a nadie. ¿Cómo no se da…? Esto era algo muy íntimo. Usted tendría que…

—Se mete. ¡Un penalty se mete! Nada de exquisiteces. Fuerte y a un lado. Toma castaña.

—Pero qué coño sabe usted de fútbol.

—Usted pifió. ¡Su fina pierna izquierda! ¡Caligráfica! Pifió. —No me escupa. Echa usted saliva por el auricular, Palomera. —¡Un profesional!

—¿Usted sabe la miseria que me pagan?

—No tengo ninguna prueba de que no lo haya hecho adrede.

—Que le zurzan.

—Y le confiaré una meditación personal. Usted ha sido un mimado de la afición. Pero no sólo las tribus de la jungla sacrifican vírgenes a los leones. Precisamente su piel…

—Mi padre es español. —Los oscuros dedos de Galissou palidecieron de tanto apretar la botella de leche, que era de plástico y se abolló. Varias gotas se derramaron sobre el listín—. No es ése el problema. Al contrario. Es la compasión.

—¡Fingen! Estaban a un gol de ser campeones.

—Tal vez. Son tan silenciosos…

—¿Ve? Y tienen razón. Un chut de mariquita.

—Palomera… Aveces se hace insoportable…

La voz de Galissou se desvaneció en un ronroneo. Tenso sobre el torso poderoso, el albornoz azul eléctrico relucía en la mañana exaltada.

—Galissou.

—Qué quiere.

—Un poco de ánimo.

—No me joda.

—Ha elegido bien a quién llamar. Puede hacerlo cuando quiera. Aquí siempre tendrá un interlocutor sensible. Y pensante.

—No.

—¿Qué quiere decir “No”?

—Que no me espere. Yo llamaba para disculparme. Usted es uno, el tercero de la P. Todavía me quedan cuatrocientos veinticinco.

Un chirrido pareció sugerir que Palomera había corrido una silla.

—Claro. Hasta Zuviría. ¿Y cuando acabe?

—No lo sé. No sé si me quedarán ganas. Y luego empiezan los entrenamientos.

—Ja.

—Palomera.

—Qué pasa.

—Buenos días.

Galissou esperó a que se oyera el clic. Después colgó y estuvo un buen rato con la mano apoyada aún en el teléfono. Cuando notó que el brazo se le empezaba a dormir lo sacudió un poco y, cogiendo el borde del albornoz, fue secando la leche derramada en el listín. Con un rotulador que tenía en el bolsillo puso una marca junto a Palomera Díaz, Egidio. Pareció que iba a levantarse, porque se estaba volviendo hacia la ventana, pero apoyó un dedo en el listín y descolgó de nuevo el teléfono.

Humberto Costantini

Insai derecho

Pero dejá, pibe, qué me venís a preguntar por qué lo hice. A lo mejor un día, solito, te vas a dar cuenta. Ojalá que nunca, sabés, hay cosas muy fuleras. Además ya está hecho, qué te vas a amargar. Mejor rajá, en serio te lo digo. No ganás nada con quedarte, y de yapa te comprometés. Seguro que te comprometés, no viste los diarios. Ahí están, "insólita actitud antideportiva", "gesto indigno en un profesional". Y la hinchada, otra que gesto indigno, más vale no acordarse. Pero qué te la voy a contar a vos si estabas ahí, la oíste. Como para no oírla estaba el asunto. Al que no oíste fue a don Ignacio. Ayer me llamó por teléfono, sabés.

Uh, lo hubieras oído. Le temblaba la voz. De entrada nomás me putió. Te anduve buscando para encajarte un tiro, me dijo. Me le reí. No se lo tome a la tremenda, don Ignacio, le digo. Cosas de viejo, vio. De viejo gordo y patadura, qué le va a hacer. Me volvió a putiar y colgó. Pero que el domingo me quería amasijar, ponéle la firma. El Cholo me lo vino a contar.

Que andaba echando putas por los vestuarios, hablando solo y manotiándose el sobaco. Y me podés creer, pibe, a mí no me importaba. Te juro que en ese momento no me importaba. Mira, tenía ganas de volver y encontrarlo, reírmele en la cara, cargarlo, qué sé yo. Estaba como loco, yo. Como en otro mundo. Fue el Cholo el que me sacó del estadio. De prepo, en cuanto terminó el partido. Me tiró un sobretodo sobre la camiseta y me metió en su auto. Ves esto, un cascotazo o algo así, justo al subir al auto. Y a mí que me da por reírme, querés creer. Los nervios, supongo. Cruzaba las manos sobre el mate, así sabés, y gritaba gracias, gracias. Como en pedo, viste. Viste cuando estás en pedo y las cosas te patinan, y no te calentás por nada, bueno así. Pero vos no, vos no estás en curda, no es cierto.

Entonces, decíme qué hacés aquí. De veras, pibe, por qué no te vas. Que querés, hacerme ver que estás conmigo. Pero si ya sé que estás conmigo. Lo que pasa es que no te conviene. Cómo te lo tengo que decir. No salís más de la tercera, aunque seas un crack, aunque el sábado te metas cinco goles. No sabés lo que es don Ignacio, vos. Pensá si te llegan a ver en mi casa. No, del club no van a venir. Quién va a venir del club. Digo, periodistas, fotógrafos, vos sabés cómo son. Nos sacan juntos y después me contás la que se te arma. Ayer nomás vinieron, ahí tenés. Y querés que te diga cómo los recibí, qué plato, los recibí en piyama, medio en pedo, y regando las plantitas del patio. Ah, y con un funyi viejo que encontré por ahí, bien derechito sobre el mate. Les hubieras visto las jetas. Querían preguntarme, y ni sabían por dónde arrancar. Y yo, serio, sabés, con cara de jubilado, meta regar las plantitas y esperarlos. Al final me hacen la pregunta, y les digo que sí, que es cierto, que me retiro definitivamente del fútbol. Me arreglo el saco, toso, y les largo: para atender mis negocios particulares. Entonces quieren sacarme una foto y me piden que me saque el funyi. No, les digo, el sombrero no, por el sol, me hace tanto mal el sol. Así, viejo, gordo y asmático, me puede agarrar una insolación, imaginensé. Y me tiro chanta en una silla baja, resoplando y agarrándome la cintura. No Zatti, no nos haga eso, me dice el del Gráfico, y guarda la máquina. Buen pibe, una cara de velorio ponía. Así, como la que tenés vos ahora. Como la que tenías el domingo en la cancha, vos. No me vengas a decir que no, si te juné al salir del túnel. Llorabas, che, o me pareció. Vamos, pibe, que no es para tanto. Me ves cara de amargado a mí, vos. Y entonces. Es que vos no podés entender, sos muy pichón todavía. Mirá, pibe, hay veces que el hombre tiene que hacer su cosa. A lo mejor es una sola vez en toda la vida. Como si de golpe, Dios te pasara una pelota, y te batiera, tuya, jugála. Entonces, qué vas a hacer, tenés que jugarla. Si no, no sos un hombre. Si no, no sos vos. Sos una mentira, un preso, qué sé yo. No sé cómo decirte. Como si en un cachito así de tiempo se amontonara de repente todo el tiempo. Y entonces todo lo que vos hiciste, todo lo que vas a hacer, no vale un pito, no interesa. Nada más que ese cachito de tiempo interesa. Nada más que ese cachitito así de tiempo en que vos tenés tu pelota y estás solo, entendés. Claro, vos pensás que estoy un poco sonado.

Para peor lo de la insólita actitud y el gesto indigno. Pero no, no estoy sonado. Sí, ya sé que perdí cosas, no me lo vas a decir a mí. Pucha si perdí. Pero no sé, a lo mejor algún día me vas a entender. Qué querés más que un cuadro. Claro, uno empezó de abajo y fue subiendo. Ni se me pasaba por la cabeza jugar en otro lado. Eso que más de una vez me hicieron ver el paco. De River, de México, del Real Madrid, y vos sabés que esto no es grupo. Pero a mí no me interesaba, aunque el club hubiera ligado en forma con la transferencia. Y yo nada, firme en el cuadro. Un año, y otro año. A que no sabés cuántos años. Ah, lo sabías. Sí, pibe, dieciséis años, nueve en primera, qué me decís. Claro que hubo momentos lindos, como si yo no lo supiera. Otra que lindos, gloriosos. Te acordás de aquella final con Independiente. Dos a cero perdíamos. Ibamos por la mitad del segundo tiempo. En eso, Dalesio que me pasa la pelota sobre el banderín del córner. Primero se me vino Fuentes. Un jueguito de cintura y lo pasé. Entonces se me aparecen Liporena y Sambocetti a darme con todo. Nada menos que Liporena y Sambocetti, tipos con prontuario, te acordás. Cada nene había en aquella época que los zagueros de ahora son pastores evangelistas. La cuestión que me les voy a los dos, amago un centro con la derecha, y con la zurda le hago el túnel a Rodríguez. Camino dos metros, se la pongo en los pies a Díaz, y gol. Y sobre el pucho, el empate. Un tiro cruzado de Digregorio, y yo la mato con el pecho. Otra vez Sambocetti a la carrera como para estrolarme. Justo cuando lo tengo al lado, la subo de taquito y se la paso por encima. Ni la vio el rubio, pobre. Me adelanto, la vuelvo a agarrar de cabeza, y bang, a la red.

Y a los cuarenta y tres minutos, pibe, la locura. Iglesias se la entrega con la mano a Mejeira, y Mejeira, de emboquilladas, a mí, los dos al ladito del área nuestra. Yo camino unos pasos y se la vuelvo a Mejeira. Y él, lo mismo, un par de gambetas y me la devuelve. Yo la tomo de empeine, le hago la bicicleta no me acuerdo a quién, y otra vez se la vuelvo. Nos recorrimos la cancha de punta a punta. Así, a paseítos cortos, como dibujando. Él a mí, y yo a él. Llegamos casi a la puerta del arco. Yo amago un tiro esquinado, y de cachetada, otra vez a Mejeira. El gallego la empuja, y gol. Esa tarde, pibe, me trajeron en andas hasta la puerta de

casa. Ahí fue que empezaron con lo de la bordadora, te acordás. Y claro que era lindo. Los pibes te miraban como a la estatua de San Martín. Los muchachos del café, puro palmearte y convidarte a la mesa. Hasta los hinchas de otros cuadros, sabes. Eso quién te lo quita. Tipos que te paraban por la calle. Muchachos que te seguían a muerte a todos los partidos. Y de pronto la guita, y la casa nueva. Y fotos en la tapa del Gráfico, en colores. Y a la tribuna que le daba por aplaudirme cada jugada, sabés lo que es eso. Y los de las revistas y las radios que te ponían al lado de Cherro y de De la Mata. Y cada gol, que era una fiesta nacional. Te acordás, pibe, una vez armaron un muñeco que era una vieja bordando, y lo pasearon por toda Avellaneda. Después aquí en la puerta hicieron como una murga, y cantaban aquello de que vino la bordadora, te acordás. Cuántos años hace. Ocho decís, y sí, más o menos. Yo andaba por los veinticinco. Che, cuánto pesas vos. No, yo ya pesaba más, pero en aquella época no le hacía. Era otro fútbol. Qué tanto correr como un desesperado los noventa minutos. Decíme, hace falta, qué va a hacer falta. Pero, de golpe, a todos los directores técnicos les dio por ahí. Atletas querían, no jugadores. Fue después de aquella goleada por Europa. Y bueno, vos sabés, yo me aguanté como dos años de carreritas, y calistenia, y concentraciones. Pero don Ignacio ya me tenía entre ojo. Claro, el quía se muñequeaba la presidencia del club, y desde la comisión directiva, empezó con aquello de que había que renovar todo. Primero, la sede, después, las finanzas, y después, estaba cantado, la modalidad de juego, y por supuesto el equipo. Estilo europeo, decía. Fútbol europeo. Vos sabés cómo los embalurdó a todos con eso, no. Y ese año, en las elecciones, natural, don Ignacio Gómez, presidente. Lo primero que hizo, se trajo a aquel director técnico húngaro, cómo se llamaba, no me acuerdo. Y a mí me quisieron pasar a la reserva. Entonces me rajé. Te parece que yo lo iba a aguantar. Me apareció aquel contrato en Colombia, y a la semana estaba jugando en Bogotá. Cinco temporadas en Colombia, che.

Que iba a hacer capote allá, cualquiera se lo palpitaba. Salvo dos o tres uruguayos y un argentino que había, los tipos jugaban un fútbol de la época de

Colón. Y conmigo se enloquecieron. Sabés cómo me llamaban allá. La araña, me decían. A los dos meses de llegar le ganamos a México, y ese año salimos campeones. Hicimos una gira por Europa, jugamos en el cuadrangular de Lisboa. Y nos peleamos dos campeonatos más. Los diarios, para qué te voy a contar, lo que menos decían era que yo era un fenómeno. Y los dirigentes del club, sabés cómo me tenían. Fijáte, si yo me quedaba en Colombia, a lo mejor, todavía, pero qué te vas a poner a pensar, si ahora estás aquí. Y vos sabés bien por qué estoy aquí. Porque me fueron a buscar, te juro que a los cinco años me fueron a buscar, si no, yo no volvía. El húngaro ése, vos lo viste, resultó un fracaso, y casi nos manda al descenso. Lo pusieron otra vez a Bruno, y don Ignacio se la tuvo que aguantar. Te imaginás la bronca que habrá tragado. Para colmo lo obligan a meterme a mí en el equipo. Él, claro, tuvo que quedarse en el molde, porque, te imaginás, otra campaña desastrosa y chau presidencia. Y chau acomodo, y chau coima, y chau negocios con el gobierno. Así que el tipo hizo como si todo fuera cosa suya. Hasta lo declaró en los diarios, sabés. Que él personalmente había decidido mi inclusión para darle más fuerza a la línea de ataque, así dijo. Te das cuenta qué ñato, otra que ministro inglés. Así que para la gente, para los diarios, para todo el mundo, el responsable de mi vuelta era don Ignacio. Hasta a mí me la quisieron hacer tragar, fijáte vos. Y a mí qué corno me importaba. La cuestión era que me habían ido a buscar, pibe, y entonces volví. Con treinta y cuatro encima volví. Pero contento, sabés. Volver a ser otra vez la bordadora. Y unas ganas de jugar en la cancha nuestra, y en la bombonera, y en la de River. Reírme un poco de estos atletas, y enseñarles lo que es el fútbol. Contento, aunque algunos diarios, al poquito de llegar nomás, me entraron a dar tupido. Que estaba viejo, decían. Que estaba pesado. Que había sido un lamentable error incluirlo a Zatti, último exponente de un periclitato fútbol de filigranas, así pusieron. Me acuerdo bien porque leía eso, y pensaba, yo te voy a dar viejo, sí, te voy a dar último exponente. Vas a ver cuando agarre la pelota vos, y éstos y ése ni bien entren a no saber ni dónde tienen las patas. Esas cosas pensaba cuando me sacudían. Qué me iba a imaginar, pibe, que me iba a aparecer el viejo asunto de los meniscos. Fijáte si no es mala leche. Una caída pava en el

entrenamiento, me revisan, y no hay vueltas, los meniscos salidos, tengo que operarme. Es, o no es mala leche. Porque eso nomás fue lo que me mató. No, la operación no. De qué operación me hablás si quedé lo más bien de la operación. Quiero decir el descanso, el mes entero sin moverme, entendés, eso me mató. Yo tengo tendencia a engordar, siempre la tuve. Y un mes haciendo sebo, imagináte. Chupando un poco, fumando, comiendo en casa. Cuando volví al entrenamiento andaba con unos quilitos de más. Pero no era para hacer tanto escombro. Si jugué como siempre, y en la práctica me mandé un gol que mama mía. Hasta los muchachos me felicitaron. Pero los diarios, dale con que estaba gordo, dale con que estaba jovato y que me agitaba al correr. De dónde carajo sacaban esas cosas los tipos, no sé. Me daba una bronca. Pero pensaba en la hinchada, y la bronca se me iba un poco, sabés. Vas a ver cuando Zatti se corte solo hasta el arco, pensaba. Vas a ver cuando el cemento se venga abajo al grito de dale bordadora. A la hinchada sí que no me la van a engrupir con lo de gordo asmático, y último exponente. A lo mejor por eso estaba algo nervioso el domingo. Bueno, no nervioso, pero preocupado. Venir y reaparecer justo en una semifinal no es joda. Pero no fueron los nervios, ni la preocupación. Qué sé yo lo que fue. La mufa, la mala suerte, andá a saber. De entrada nomás la pierdo bocudamente frente a Rolandi. Después erro un tiro libre a dos metros del área que era como para colgar los botines. Después viene Kenny a marcarme de frente como un estúpido, y me la saca. Y después ya no la veía. Es la verdad, qué te voy a macanear, si no veía una pelota. A vos no te pasa que alguna tarde no ves una pelota. Yeta, qué sé yo, pero no la ves. Al principio te parece que es casualidad, que otra jugada y te vas a rehabilitar. Pero después entras a correrla, y a pifiar, y a descolocarte. Y no la ves, y no la ves. Y qué vas a hacer. Bueno, yo, el domingo andaba así. El único centro que me pasaron, que quedé corto en el pique, y la vuelvo a perder. Y ahí empezaron.

Dale gordo, cómprate una motoneta, gritó uno y se fue como si lo estuvieran esperando. Porque al ratito se largaron todos, o a mí me parecía que eran todos. A dormir la siesta, viejito, me gritaban. Vaya a regar las plantitas, abuelo, me

gritaban. Todo eso, y yo allí oyéndolo, sabés, tragándomelo todo, entendés lo que es eso. La hinchada me lo decía, nuestra hinchada. Como un campeonato era, a ver quién decía la cosa más chistosa. En una de ésas oigo algo de obeso, y de asmático, y me parece que me avivo de algo. Me avivo de que por lo menos eso no lo habían inventado allí. Yo lo había leído, eso en algún diario y entonces quería decir que la hinchada, que mi hinchada, también se había dejado engrupir. O no se había dejado engrupir, y entonces todo lo que gritaban era cierto, yo era una especie de bofe. Porque, la verdad es que yo andaba cada vez peor. Ya ni me la pasaban, sabés, si parecía un poste. Es cierto que me agitaba un poco, pero no era eso. Era que sencillamente no la veía. Y tras que no la veía, los muchachos no me daban juego. Pero para ellos no les digo nada nada, está bien. Hay días que un tipo no anda, y no anda. Y entonces, qué vas a hacer, vas a arruinar una jugada pasándosela, para qué, si igual sabés que el tipo la va a perder, de pura mala pata. Pero lo de la tribuna era alevoso. Hasta patadura me gritaron. Patadura, a mí. Fue lo que más me dolió. Me acordaba de cuando me aplaudían cada gambeta, me acordaba del muñeco, y de la tapa del Gráfico, y te juro que lloré. Se me hizo como un nudo en la garganta y lloraba de bronca. Y era peor, porque con la bronca, y la desesperación por embocar un tiro, no veía ni medio. Qué decían en la radio. Está bien, no me digas nada, para qué, ya me imagino. Terminó el primer tiempo, y en el vestuario no hablé con nadie. Me quedé solo, amulado, con la garganta seca, y con aquel patadura golpeándome en los oídos como una locomotora. Cuando volvimos a la cancha, al subir del túnel, algo me pegó aquí con fuerza. Miré, y era una moneda. Me hice el gil, y al pasar te vi a vos prendido al alambre, y llorando, sabés qué pinta tenías. No me viste que te sonreí. Bueno, empieza el segundo tiempo, y al rato, otra vez a chingarla, y otra vez los gritos, y las cosas jodidas, y las cargadas. Y claro, no me enderecé, por qué me iba a enderezar. Después vino el gol de ellos, y entonces, el apuro por igualar. Y a mí, con el apuro, se me vuelve a escapar una pelota servida, y vuelven los larga viejito, y a casa gordo, y sentáte asmático. Para peor la bronca esa que te enturbia la vista y no te deja ver nada. Ojalá que nunca lo pases, pibe, vos no sabés lo que es. Te gritan patadura, y a vos te vienen ganas de matarlos a todos.

O si no, de morirte, en serio te lo digo. Porque después, ya ni la buscaba más. Ya ni esperaba que me la pasaran, qué sé yo. Estaba ahí, parado, como un pavo, como una visita, como en otro mundo, decí que no. Si ya era un muerto yo, cuando de golpe, me apareció el tiro ése de Morante, vos lo viste. Todavía no sé por qué me la pasó. Se equivocó, a lo mejor. O lo salieron a marcar, y no le quedó más remedio. O a lo mejor de lástima, quién te dice. Lo que yo vi fue que Morante se la estaba por entregar al arquero, pero perdió tiempo, y quedó tapado. Entonces me vio solo allí, junto al área chica, y apurado me la pasó. Un tiro corto, a media altura, justo para que yo se la volviera de cabeza. Yo salto apenas, y en vez de cabecear, la paro con el pecho, la bajo, y la dejo morir quietita ahí en el pasto. Me acomodo para volvérsela enseguida, y en el momento que se la voy a entregar, no sé qué me pasa. Como una voz que me dijera, tuya, jugála. Entonces, claro, sin saber bien por qué, la retengo. Y cuando Morante levanta el brazo pidiéndola, me hago el que no lo veo. Y en vez de devolvérsela, la amaso un poco, la toco, y empiezo a caminar para adelante. Allá, en la otra punta de la cancha, veía el arco contrario como si fuera un sueño, como si se terminara el mundo, allí una cosa de rara. Y yo, casi caminando, con la pelota pegada a los pies. Kenny, que estaba ahí cerca, marcándolo a García, me la vino a sacar como si se la sacara a un poste. Me ladeo apenas, sin soltar la pelota, le hago un movimiento con el cuerpo, y Kenny queda pateando el aire, y se pasa de largo. Oí algunos gritos, no muchos, desparramados por la tribuna. Y seguí. Entonces se vino otro, quién era, Rivas decís, sí, me parece que era Rivas. Por atrás se me vino el loco, a toda carrera. Yo la paré, hice la calesita, no sé cómo me lo saqué a Ramos de encima, y me fui con la pelota. Ahí empecé a escuchar gritos pero gritos en serio, sabés. De toda la tribuna. Dale, bordadora, solo, bordadora, escuché. Lo mismo que antes, cuando me llevaron hasta la puerta de casa. Pero la locura vino cuando lo pasé a Demarchi. Se me había prendido al lado con ganas de pecharme. Me paré en seco, Demarchi se descolocó, y yo empecé a trotar solo para el lado del arco. La oíste a la hinchada enloquecida. Querés que te diga una cosa, nunca la había oído gritar así, en serio, ni cuando la final con Independiente. Arriba Zatti, dale bordadora, todo el estadio gritaba, y parecía que reventaban las tribunas. Y yo

engolosinado o abombado por esos gritos, cuando en eso, Righi que se me tira fuerte a los pies, y por poco no me la saca. A ése sí, te juro que no lo vi, qué sé yo, yo estaba de una manera especial, como sabiendo todo, como manejando todo. Y así, como en un relámpago, supe, la verdad es que supe que no me la iban a sacar. Mirá que se me tiró de planchazo, y yo, que casi sin mirar, me lo salto limpito por encima. Apoyo mal al caer, pero me quedo con la pelota, vos lo viste, no es cierto. Te juro que no sé cómo lo hice, pero salió. La tribuna se venía abajo. Ya ni sé bien a cuántos pasé. A cuatro, o a cinco, me parece. A seis, me decís, sí, puede ser.

Me acuerdo bien que cuando el arquero se me tiró, yo me lo esquivé, y el tipo quedó en el suelo, pagando, y con el arco descubierto. Bueno, el delirio. Lo tenía ahí, para mí solo, al arco, sin nadie que tuviera tiempo a taparme. La oía a la hinchada gritando, ya enloquecida del todo con el gol que se venía. La oía, sabés, pero era como si la tuviera lejos. Como si no me gritaran a mí, sino a otro, cómo te puedo decir, a un tipo que yo no conocía. Y de golpe me pareció que todo eso de los gritos, y de dale bordadora, y arriba Zatti, yo me lo estaba acordando, o imaginando. Y que si paraba un cachito la oreja para escuchar mejor, iba a oír otra vez clarito, largá obeso, sentáte asmático. Todo eso me zumbaba en el mate cuando me arrimé hasta la entrada del arco. Me acuerdo que alcancé a mirar a la tribuna, y que, de golpe, me subió algo como una tremenda bronca. Porque la oí, te aseguro que la oí, la palabra patadura, como flotando sobre el cemento, por entre los gritos. Amasaba la pelota sobre la línea de gol, miraba, y la bronca me crecía cada vez con más fuerza, se me apretaba en los dientes. Y en eso, sentí, te juro que lo volví a sentir, el golpecito de la moneda aquí, lo mismo que al salir del túnel. Sí, ya sé que no podía ser, pero yo, pibe, lo sentí, y justo cuando jugaba con la pelota sobre la línea. Entonces no sé qué me pasó. Campaneé a la tribuna, me reí, y de un guadañazo, tiré la pelota afuera, lejos. Tan lejos que entre el terremoto que venía de la hinchada alcancé a verla llegar, picando, hasta el lateral izquierdo. Lo que no me gritaron. Pechaban y querían voltear la alambrada para amasijarme. Todavía me parece estar oyendo el fulero crujir de los parantes, vos lo oíste. No faltó nada para

que atropellaran, y para que, en malón, se metieran en el campo. Más cuando al verlos así, furiosos, insultando y tirándome de todo, levanté la cabeza, me acomodé, y mandé un soberano corte de manga, tranquilo, mirando de frente a la tribuna. Y vos me preguntás por qué lo hice, dejá, pibe, ahora. Algún día lo vas a entender, qué sé yo, a lo mejor sos muy pichón todavía.

Alejandro Dolina

Apuntes del fútbol en Flores

En un partido de fútbol caben infinidad de novelescos episodios.

Allí reconocemos la fuerza, la velocidad y la destreza del deportista. Pero también el engaño astuto del que amaga una conducta para decidirse por otra. Las sutiles intrigas que preceden al contragolpe. La nobleza y el coraje del que cincha sin renuncios. La lealtad del que socorre a un compañero en dificultades. La traición del que lo abandona. La avaricia de los que no sueltan la pelota. Y en cada jugada, la hidalguía, la soberbia, la inteligencia, la cobardía, la estupidez, la injusticia, la suerte, la burla, la risa o el llanto.

Los Hombres Sensibles pensaban que el fútbol era el juego perfecto, y respetaban a los cracks tanto como a los artistas o a los héroes.

Se asegura que los muchachos del Ángel Gris tenían un equipo. La opinión general suele identificarlo con el legendario Empalme San Vicente, conocido también como el Cuadro de las Mil Derrotas.

Según parece, a través de modestas giras, anduvieron por barriadas hostiles, como Temperley, Caseros, Saavedra, San Miguel, Florencio Varela, San Isidro, Barracas, Liniers, Núñez, Palermo, Hurlingham o Villa Real.

El célebre puntero Héctor Ferrarotti llevó durante muchos años un cuaderno de anotaciones en el que, además de datos estadísticos, hay noticias muy curiosas que vale la pena conocer.

• En Villa Rizzo, todos los partidos terminan con la aniquilación del equipo visitante. Si un cuadro tiene la mala ocurrencia de ganar, su destrucción se concreta a modo de venganza. Si el resultado es una igualdad, la biaba obra como desempate. Y si, como ocurre casi siempre, los visitantes pierden, la violencia toma el nombre de castigo a la torpeza.

En ciertas ocasiones, los partidos deben suspenderse por la lluvia u otras circunstancias. En ningún caso se extrañará la estrolada, que llegará sin fútbol previo, pura, ayuna de pretextos.

• En Caseros hubo una cancha entrañable que tenía un árbol en el medio y que estaba en los terrenos de una casa abandonada.

• En un potrero de Palermo, había oculta entre los yuyos una canilla petisa que malograba a los delanteros veloces.

• Cierto equipo de Merlo jugaba con una pelota tan pesada que nadie se atrevió nunca a cabecearla.

• En un lugar preciso de la cancha de Piraña acecha el demonio. Aveces los jugadores pisan el sector infernal, adquieren habilidades secretas, convierten muchos goles, triunfan en Italia, se entregan al lujo y se destruyen.

Otras veces los jugadores pisan al revés y se entorpecen, juegan mal, son excluidos del equipo, abandonan el deporte, se entregan al vicio y se destruyen.

Hay quienes no pisan jamás el coto del diablo y prosiguen oscuramente sus vidas, padecen desengaños, pierden la fe y se destruyen.

Conviene no jugar en la cancha de Piraña.

Las últimas páginas del cuaderno de Ferrarotti contienen historias ajenas. Algunas de ellas muestran un conmovedor afán literario. Veamos.

EL TIPO QUE PASABA POR AHÍ

Suele ocurrir en los equipos de barrio que a la hora de comenzar el partido faltan uno o dos jugadores. Casi siempre se recurre a oscuros sujetos que nunca faltan en la vecindad de los potreros. El destino de estos individuos no es envidiable. Deben jugar en puestos raines, nadie les pasa la pelota y soportan remoquetes de ocasión, como, Gordito, Pelado o Celeste, en alusión al color de su camiseta. Si repentinamente llega el jugador que faltaba, se lo reemplaza sin ninguna explicación y ya nadie se acuerda de su existencia.

Pero una tarde, en Villa del Parque, los muchachos del Ciclón de Jonte completaron su formación con uno de estos peregrinos anónimos. Y sucedió que el hombre era un genio. Jugaba y hacía jugar. Convirtió seis goles y realizó hazañas inolvidables. Nunca nadie jugó así. Al terminar el partido se fue en silencio, tal vez en procura de otros desafíos ajenos.

Cuando lo buscaron para felicitarlo, ya no estaba. Preguntaron por él a los lugareños, pero nadie lo conocía. Jamás volvieron a verlo.

Algunos muchachos del Ciclón de Jonte dicen que era un profesional de primera división, pero nadie se contenta con este juicio. La mayoría ha preferido sospechar que era un ángel que les hizo una gauchada. Desde aquella tarde, todos tratan con más cariño a los comedidos que juegan de relleno.

EL REFERÍ DEMASIADO JUSTO

El colorado De Felipe era referí. Contra la opinión general que lo acreditó como un bombero de cartel, quienes lo conocieron bien juran que nunca hubo un árbitro más justo. Tal vez era demasiado justo.

De Felipe no sólo evaluaba las jugadas para ver si sancionaba alguna infracción: sopesaba también las condiciones morales de los jugadores involucrados, sus historias personales, sus merecimientos deportivos y espirituales. Recién entonces decidía. Y siempre procuraba favorecer a los buenos y castigar a los canallas.

Jamás iba a cobrarle un penal a un defensor decente y honrado, ni aunque el hombre tomara la pelota con las dos manos. En cambio, los jugadores pérfidos, holgazanes o alcahuetes eran penados a cada intervención. Creía que su silbato no estaba al servicio del reglamento, sino para hacer cumplir los propósitos nobles del universo. Aspiraba a un mundo mejor, donde los pibes melancólicos y soñadores salen campeones y los cancheros y los compadrones se van al descenso.

Parece increíble. Sin embargo, todos hemos conocido árbitros de locura inversa, amigos o lacayos de los sobradores, por temor a ser sus víctimas, inflexibles con los débiles y condescendientes con los matones.

Una tarde casi lo matan en Ciudadela. Los Hombres Sensibles de Flores se lamentaron no haber estado allí, para hacerse dar una piña en su homenaje.

EL PATIO DE LAS PELOTAS PERDIDAS

Los demonios ladrones andan merodeando cerca de las canchas. Cuando la pelota se va lejos, la ocultan entre los yuyales o en las zanjas para que los jugadores no puedan encontrarla. Ya en la noche, llevan las pelotas perdidas a un patio secreto.

Los demonios realizan además acuerdos infames con vecinos chucaros. Y en las madrugadas recorren techos, canaletas y terrazas para comprobar su despojo.

Nadie lo sabe, pero en el patio están todas las pelotas perdidas: duras reliquias con tiento, flamantes cueros profesionales, humildes "Pulpo" de goma, infames bolas de plástico que doblan en el aire, ásperas veteranas que han conocido mil costurones.

Un día entre los días vendrá del sur un duende bienhechor que ha de sacar las pelotas cautivas para devolverlas a sus dueños. Y todos sentirán la emoción de revivir viejos piques olvidados.

INSTRUCCIONES PARA ELEGIR EN UN PICADO

Cuando un grupo de amigos no enrolados en ningún equipo se disponen para jugar, tiene lugar una emocionante ceremonia destinada a establecer quiénes integrarán los dos bandos. Generalmente dos jugadores se enfrentan en un sorteo o pisada y luego cada uno de ellos elige alternativamente a sus futuros compañeros. Se supone que los más diestros son elegidos en los primeros turnos, quedando para el final los troncos. Pocos han reparado en el contenido dramático de estos lances. El hombre que está esperando ser elegido vive una situación que rara vez se da en la vida. Sabrá de un modo brutal y exacto en qué medida lo aceptan o lo rechazan. Sin eufemismos, conocerá su verdadera posición en el grupo. A lo largo de los años, muchos futbolistas advertirán su decadencia, conforme su elección sea cada vez más demorada.

Manuel Mandeb, que casi siempre oficiaba de elector, observó que las decisiones no siempre recaían sobre los más hábiles. En un principio se creyó poseedor de vaya a saber qué sutilezas de orden técnico, que le hacían preferir compañeros que reunían ciertas cualidades.

Pero un día comprendió que lo que en verdad deseaba, era jugar con sus amigos más queridos. Por eso elegía a los que estaban más cerca de su corazón, aunque no fueran tan capaces.

El criterio de Mandeb parece apenas sentimental, pero es también estratégico. Uno juega mejor con sus amigos. Ellos serán generosos, lo ayudarán, lo comprenderán, lo alentarán y lo perdonarán. Un equipo de hombres que se respetan y se quieren es invencible. Y si no lo es, más vale compartir la derrota con los amigos, que la victoria con los extraños o los indeseables.

EL ÚLTIMO PARTIDO DE ROSENDO BOTTARO

Había jugado muchos años en primera. Ahora, unos muchachos lo habían convencido para que integrara un cuadrito de barrio en un torneo nocturno.

—Con usted, Bottaro, no podemos perder.

Bottaro no era un pibe, pero tenía clase. Confiaba en su toque, en su gambeta corta, en su tiro certero.

Su aparición en la cancha mereció algún comentario erudito:

—Ese es Bottaro, el que jugó en Ferro, o en Lanús…

Se permitió el lujo de unos malabarismos truncos antes de empezar el partido.

La noche era oscura y fría. Las tristes luces de la cancha de Urquiza dejaban amplias llanuras de tinieblas donde los wines hacían maniobras invisibles.

En la primera jugada, Bottaro comprendió que estaba viejo. Llegó tarde, y él sabía que la tardanza es lo que denuncia a los mediocres: los cracks llegan a tiempo o no se arriesgan.

Pero no se achicó. Fue a buscar juego más atrás y no tuvo suerte. Se mezcló con los delanteros buscando algún cabezazo y la pelota volaba siempre alto.

Apeló a su pasta de organizador: gritó con firmeza pidiendo calma o preanunciando jugadas, pero sus vaticinios no se cumplieron. Ya en el segundo tiempo, dejó pasar magistralmente una pelota entre sus piernas, pero el que lo acompañaba no entendió la agudeza.

Después se sintió cansado. Oyó algunas burlas desde la escasa tribuna. En los últimos minutos no se vio. A decir verdad, cuando terminó el partido, ya no estaba. Lo buscaron para que devolviera su camiseta, pero el hombre había desaparecido. Algunos pensaron que se había extraviado en las sombras del lateral derecho.

Esa noche, unos chicos que vendían caramelos en la estación vieron pasar por el caminito de carbonilla a un hombre canoso vestido con casaca roja y pantalón corto.

Dicen que iba llorando.

Los Refinadores de Leyendas definen el fútbol como un juego en que veintidós sujetos corren tras de una pelota. La frase, ya clásica, no dice mucho sobre el fútbol, pero deschava sin piedad a quien la formula. El mismo criterio permite afirmar que las novelas de Flaubert son una astuta combinación de papel y tinta. ¡Líbrenos Dios de percibir el mundo con este simple cinismo!

El fútbol es —yo también lo creo— el juego perfecto.

Hoy que el destino ha querido hacernos campeones mundiales, conviene decirlo apasionadamente.

Lejos de las metáforas oficiales que nos invitan a seguir el ejemplo de nuestros futbolistas para encontrar el destino nacional, yo apenas cumplo con homenajear a Bottaro, a Ferrarotti, a Luciano, a los miles de pioneros atorrantes que impartieron una ética, una estética, tal vez una cultura, cuyo inapelable resultado son los goles superiores, memorables, excelentísimos de Diego Maradona.

José Pablo Feinmann

Dieguito

Según su padre, que tal vez lo odiara, Dieguito era decididamente idiota. Según su madre, que algo había accedido a quererlo, Dieguito era sólo un niño con problemas. Un niño de ocho años que no conseguía avanzar en sus estudios primarios —había repetido ya dos veces primer grado—, taciturno, solitario, que apenas parecía servir para encerrarse en el altillo y jugar con sus muñecos: los cosía y los descosía, los vestía y los desvestía, vivía consagrado a ellos. Un idiota, insistía el padre, y un marica también, agregaba, ya que ningún hombrecito de ocho años juega tan obstinadamente con muñecos y, para colmo, con muñecas. Un niño con problemas, insistía la madre, no sin deslizar enseguida alguna palabreja científica que amparaba la excentricidad de Dieguito: síndrome de tal o síndrome de cual, algo así. Y no un marica, solía decir contrariando al padre, sino un verdadero varoncito: ¿acaso no amaba el fútbol? ¿Acaso no se prendía a la tele siempre que Diego Armando Maradona aparecía en la mágica pantalla haciendo, precisamente, magia, la más implacable de las magias que un ser humano puede hacer con una pelota?

Dieguito se deslizaba por la vida ajeno a esos debates paternos. Se levantaba temprano, iba al colegio, cometía allí todo tipo de errores, torpezas o, siempre según su padre, imbecilidades que luego se expresaban en las estólidas notas de su libreta de calificaciones, y después, Dieguito, regresaba a su casa, se encerraba en el altillo y jugaba con sus muñecos y con sus muñecas hasta la hora de comer y de dormir.

Cierto día, un día en que incurrió en el infrecuente hábito de salir a caminar por las calles de su barrio, presenció un suceso extraordinario. Fue en un paso a

nivel. Un poderoso automóvil intentó cruzar con las barreras bajas y fue arrollado por el tren. Así de simple. El tren siguió su marcha de vértigo y el coche, hecho trizas, quedó en un descampado. Dieguito no pudo dominar su curiosidad. ¿Quién conduciría un coche tan hermoso? Corrió —¿alegremente?— a través del descampado y se detuvo junto al coche. Sí, estaba hecho trizas, negro, humeante y con muchos hierros retorcidos y muchísima sangre. Dieguito miró a través de la ventanilla y se llevó la sorpresa de su corta vida: allí dentro, algo deteriorado, estaba él, el hombre que más admiraba en el mundo, su ídolo.

Una semana después todos los diarios argentinos dedicaban su primera plana a un suceso habitual: Diego Armando Maradona llevaba más de diez días sin acudir a los entrenamientos de su equipo. Hubo polémicas, reportajes a variadas personalidades (desde ministros a psicoanalistas y filósofos) y conjeturas de todo calibre. Una de ellas perseveró sobre las otras: Diego Armando Maradona había huido del país luego de ser arrollado por un tren mientras cruzaba un paso a nivel con su deslumbrante BMW. ¿A dónde había huido? Muy simple: a Colombia, a unirse con el anciano y desfigurado Carlos Gardel, quien aún sobrevivía a su tragedia en el país del realismo mágico. Ahora, desfigurados horriblemente, los dos grandes ídolos de nuestra historia se acompañaban en el dolor, en la soledad y en la humillación de no poder mirarse a un espejo. Ellos, en quienes se había reflejado el gran país del sur.

En medio de esta tristeza nacional no pudo sino sorprender al padre de Dieguito la alegría que iluminaba sin cesar el rostro del niño, a quien él, su padre, llamaba el pequeño idiota. ¿Qué le pasaba al pequeño idiota?, le preguntó a la madre. "No sé", respondió ella. "Come bien. Duerme bien". Y luego de una breve vacilación —como si hubiera, demoradamente, recordado algún hecho inusual—, añadió: "Sólo hay algo extraño". "Qué", preguntó el padre. "No quiere ir más al colegio", respondió la madre. Indignado, el padre convocó a Dieguito. Se encerró con él en su escritorio y le preguntó por qué no iba más al colegio. "Dieguito no queriendo ir al colegio", respondió Dieguito. El padre le pegó una cachetada y

abandonó el escritorio en busca de la madre. "Este idiota ya ni sabe hablar", le dijo. "Ahora habla con gerundios". La madre fue en busca de Dieguito. Le preguntó por qué hablaba con gerundios. Dieguito respondió: "Dieguito no sabiendo qué son gerundios".

Transcurrieron un par de días. Dieguito, ahora, ya casi no bajaba del altillo. Sus padres decidieron ignorarlo. O más exactamente: olvidarlo. Que reventara ese idiota. Que se pudriera ese infeliz; sólo para traerles desdichas y papelones había venido a este mundo.

Sin embargo, hay cosas que no se pueden ignorar. ¿Cómo ignorar el insidioso, nauseabundo olor que se deslizaba desde el altillo hacia el comedor y las habitaciones? ¿Qué diablos era eso? ¿A quién habrían de poder invitar a tomar el té o a cenar con semejante olor en la casa? Decidieron resolver tan incómodo problema. "Esto", dijo el padre, "es obra del pequeño idiota". Llamó a la madre y, juntos, decidieron emprender la marcha hacia el altillo. Subieron la estrecha escalera, intentaron abrir la puerta y no lo consiguieron: estaba cerrada. "¡Dieguito!", chilló el padre. "¡Abrí la puerta, pequeño idiota!". Se oyeron unos pasos leves, giró la cerradura y se abrió la puerta. Dieguito la abrió. Sonrió con cortesía, y dijo: "Dieguito trabajando", y luego se dirigió a la mesa en que yacía el ídolo nacional ausente. Sí, era él. El padre no lo podía creer: no estaba en Colombia, con Gardel, sino que estaba ahí, sobre esa mesa, y el olor era insoportable y había sangre por todas partes y el ídolo nacional ausente estaba trizado y Dieguito, con prolija obsesividad, le cosía una mano (¿la mano de Dios?) a uno de los brazos. Y la madre lanzó un aullido de terror. Y el padre preguntó: "¿Qué estás haciendo, grandísimo idiota?". Y Dieguito (oscuramente satisfecho por haber sido, al fin, elevado por su padre a los dominios de la grandeza) sólo respondió:

—Dieguito armando Maradona.

Inés Fernández Moreno

Milagro en Parque Chas

Aquella noche, las calles de Parque Chas me recordaban más que nunca el cementerio de La Chacarita. Esas módicas casitas de la calle Berlín o Varsovia, de ventanas estrechas y muros grises, se correspondían indudablemente con aquellas bóvedas de mármol y piedra del cementerio vecino. Unas casas un poco más reducidas al fin y al cabo, un poco más silenciosas, pero esencialmente iguales. Bóveda o casita, allí estaba la misma orgullosa clausura de la propiedad privada, el mismo persistente deseo de jardinete delante, de cantero florido, la misma respetuosa interdicción en el umbral. Hasta los enanitos de jardín y los perros de terraza mantenían su parentesco con ciertas figuras de vírgenes o de ángeles guardianes en lo alto de los mausoleos.

Admito que yo estaba deprimido.

Hacía pocos días que me había quedado sin trabajo y los brasileros estaban ganándonos uno a cero en la ronda final de la Copa América. Así me lo decía la voz del relator que me taladraba el cerebro a través de los auriculares del Walkman. Por eso, tal vez, aquella nube de pensamientos fúnebres se las arreglaba para trabajarme el ánimo, en segundo plano, pero en una unívoca dirección de melancolía y derrota.

Llegué hasta la avenida Triunvirato en busca de un quiosco abierto para comprar cigarrillos y me detuve frente a la vidriera de una casa de artículos para el hogar.

Un grupo de seis o siete hombres seguía las alternativas del partido a través de varias pantallas encendidas. Siempre me ha producido cierta desazón ver a esos solitarios, es fácil imaginarlos con hambre, con frío, sometidos a un deseo que se

conforma con las migajas del confort. Pese a todo, en medio del abandono y la luz mortecina de la avenida, el grupo resultaba una isla esperanzada de humanidad.

Me paré detrás de todos y me dejé magnetizar como ellos por las imágenes mudas de la pantalla. Yo tenía la dudosa ventaja del sonido, con la voz del relator puntuando el movimiento de los jugadores. Es decir: los errores de nuestra selección y el avance avasallante de los brasileros.

Súbitamente las luces parpadearon, las pantallas dejaron ver un último destello luminoso y después se oscurecieron por completo, dejándonos desconsolados y boqueando como cachorros a los que hubieran arrancado de su teta. No sé por qué razón, tal vez porque yo era el que había llegado último, todas las caras se volvieron hacia mí. Levanté los hombros, un poco desconcertado.

—Se debe haber cortado una fase —aventuré.

Me siguieron mirando. Qué querían de mí, yo de electricidad, sabía poco y nada. Vamos hombre, aclaró por fin un viejo de boina gris, diga usté, que está conectado, cómo va el partido.

Todos hemos tenido, de chicos, la fantasía de ser relatores de fútbol, todos hemos intentado alguna vez alcanzar la portentosa velocidad necesaria para seguir la carrera de una pelota y la de los jugadores tras ella. No lo niego. Pero verme lanzado así a relatar, de buenas a primeras, era otra cosa.

Algunos avanzaron un paso hacia mí, no supe entonces si en actitud amenazante o más bien como buscando una mejor ubicación. Los miré. Vi en primer plano a un muchachito ojeroso envuelto en una bufanda verde, a un morocho corpulento de campera de cuero, a un hombre rubio de cara gastada con el diario doblado bajo el brazo…

Eran hombres abatidos, lo suficientemente castigados por los políticos, por la falta de trabajo, de esperanzas, por la torpeza de nuestra selección y ahora, además,

por ese corte inesperado que los dejaba otra vez afuera del partido. Era un deber solidario agarrar esa pelota.

Empecé tímidamente a reproducir las palabras del relator.

—… qué bien la hizo el brasilero… —dije—… qué precisión… el indirecto es para Carvalho… Se viene menganito… menganito… Zutanito… el puntero cabecea con el parietal izquierdo… centro chanfleado… busca la pelota del número 9… pelota al área… peligro de gol…

Apenas iniciado el relato pude notar cómo las palabras, entumecidas al principio, se daban calor unas a otras, cómo se volvían resueltas y hasta temerarias —ya me lo había comentado un amigo que estudiaba teatro, la voz emitida públicamente se anima de otra fuerza, se enamora de su propio arrallo y termina haciendo su propio juego.

Fui casi el primer sorprendido cuando en lugar de cantar el poderoso gol de Gonçalves con el que Brasil se ponía dos a cero, desvié unos centímetros la pelota en el aire y la hice pegar contra el travesaño.

"… pega la pelota contra el travesaño… —dije— increíble, señores —agregué— increíble… Argentina se salva por milagro de un nuevo gol del jugador carioca".

Mi tribuna suspiró aliviada y yo seguí adelante, "…viene el Zurdo… toca para Angelini… Angelini para Pedrete… Pedrete para Pascualito… Pascualito… Pascualitoooo…".

La ofensiva argentina hubiera continuado limpiamente su avance si no fuera por Quindim, el marcador brasilero, un mulato enorme que se desliza como una anguila, "se cruza por su derecha, traba con Pascualito, quita y de un tiro largo pone el esférico en el área de los argentinos…".

No resultó igual de fácil desviar la dirección en que rodaban mis palabras.

De manera que dije: "Se cruza Quindim por la derecha, intenta trabar…

Pascualito lo gambetea… el mulato cae y rueda sobre la gramilla… y ya nadie lo para a Pascualito que ahora llega hasta el área chica, patea y ¡gooooool! ¡goooooool! ¡goooooooooooooooool! ¡de Argentina!!! —canto— que se pone uno a uno con los brasileros… ¡¡¡Graaaande, Pascualito!!!", —apunto, ganado sinceramente por la emoción del empate.

Mi tribuna salta de alegría. El grito crece hasta estremecer la impávida quietud de Triunvirato.

El jubilado se saca la boina gris y la agita en un arco enorme, como si quisiera saludar con ella al universo entero.

El pibe ojeroso de la bufanda se abalanza sobre la espalda del morocho, que lo agarra de las piernas y le hace dar varias vueltas a caballito. Más atrás un grupo de tres o cuatro se abraza y salta rítmicamente. Yo mismo corro hacia la esquina con los brazos en alto. Un motociclista, contagiado por el entusiasmo, se detiene en el semáforo y hace sonar su bocina.

El festejo se silencia apenas retomo el relato, pero persiste en los ojos brillantes y la actitud expectante del grupo.

Con un vértigo de angustia entiendo que todo ha quedado ahora en mis manos, en mi voz. Que puedo hacerlos caer nuevamente en el desconsuelo o hacerlos vivir momentos de gloria.

Promediando el segundo tiempo, empujados por el frío y el entusiasmo, nos desplazamos por Triunvirato hacia La Elaya. Yo voy delante, seguido siempre por la barra, consignando cada vez con mayor profesionalismo el increíble vuelco de la selección argentina.

Me basta con corregir apenas al relator. Cuando habla del avance seguro "de los brasileros", digo "de los argentinos", cuando dice "Bertotto se durmió en el

pase", digo "Das Portas se durmió", cuando dice "uhhh, cómo se comió esa pelota el arquero argentino", digo "uhhh, cómo se la comió el arquero carioca".

Una pareja que se besa lentamente en La Haya se suma a la hinchada. En Berna, un viejo en silla de ruedas se asoma a la puerta y nos aplaude. Un hombre que está paseando dos perros salchichas por las veredas de Berlín empieza a seguirnos. Una mujer desmelenada, en pantuflas, corre por Varsovia y nos alcanza. Dos pibes que están fumando un porro en Amsterdam también. Como en el flautista de Hamelín, el despliegue armónico y consistente de la selección argentina resulta una música irresistible.

Llegamos a la Plaza Éxodo Jujeño. Aunque el verano ya ha quedado atrás, hay en el aire un recuerdo de jazmines. Dejo entonces de escuchar al relator, a aquel que sólo me hablaba a mí, con la voz soberbia y estridente de quien se cree dueño de la verdad. No lo necesito. Me irrita con su voz chabacana y sus goles mentirosos. Ellos, los de mi grey, sólo escuchan mi voz, ven a través de mis palabras, se elevan y gozan y temen pero sólo para volver a gozar porque, como nunca, la acción se ajusta a una estrategia inteligente y rigurosa: los delanteros atacan, los defensores defienden, los arqueros atajan.

Los errores brasileros, en cambio, se multiplican.

Equivocan los pases, se comen los amagues, arman mal en la línea de fondo, erran dos penales imperdibles…

El equipo argentino se perfecciona, se vuelve imaginativo, deja jugadas —un caño, un taquito, un gol de media cancha— que podrán recordarse por años. Los goles, en esa fiesta de grandeza, son casi lo de menos y llegan con asombrosa puntualidad. Ganamos cinco a uno.

Ni la niebla que desciende sobre el Parque, ni la pobre claridad de los faroles, logran opacar la alegría. Por el contrario, les confieren a los abrazos, a las camperas

y las bufandas desplegadas, a las manos que se agitan, a los que caen de rodillas, se santiguan y se besan y cantan y bailan, una dimensión de misteriosa epopeya.

Parque Chas es territorio liberado, y lo ha sido por la vibración de mis palabras, por las imágenes que ellas han convocado frente a todos aquellos ojos.

El frío aprieta y la hinchada por fin se dispersa lentamente. Yo camino a la deriva.

Voy como entre nubes, agotado, pero sereno y orgulloso.

Una lucecita, como una boya, me guía hasta el quiosco de Gándara y Tréveris que ahora está abierto.

—Antes no estaba abierto —le comento al quiosquero.

—Las cosas cambian —me contesta con filosofía—. ¿No vio acaso cómo terminó el partido?

Lo dice con una sonrisa que bastaría para iluminar el barrio entero.

—Todos lo vieron —digo yo, tratando de recordar su rostro entre los hombres de mi hinchada.

Después le cabeceo un saludo y sigo mi camino.

Lanzo hacia el cielo una bocanada de humo que se prolonga en una nube tenue de vapor.

En el techo de una casita gira locamente una figura oscura. Es una veleta. Un perro de azotea. Un ángel que festeja el milagro de Parque Chas.

Roberto Fontanarrosa

Escenas de la vida deportiva

—Andá cambiándote, Tito —pidió Rogelio, que estaba sentado en el suelo poniéndose las medias. Tito se quedó mirando hacia la cancha, fruncida la nariz.

—¿Nadie vino a reservar la cancha? —preguntó. Jorge había atado el extremo de una venda al paragolpes del auto, se había alejado un par de metros y ahora la enrollaba prolijamente. No contestó.

—¿El boludo del Ruso no vino a reservar la cancha? —insistió Tito, el bolso al hombro.

—Cambiáte, Tito —dijo Aguilar—. Ya se van los muchachos.

—¡Ruso! —gritó Jorge—. ¿Reservaste la cancha?

El Ruso ni se dio vuelta para responder, sentado sobre el piso aún húmedo. —No vine, Jorge —gritó—. ¡Con lo que llovió anoche! Pero no hay drama… —El Ruso se la piraba a la vieja y la vieja se la presta —asesoró Aguilar. —¡Ruso! —llamó Tito—. ¿Te seguís haciendo tirar la goma con la vieja cada vez que venís a alquilar la cancha?

—Por lo menos no te la cobrará ¿no? —aportó el Pichicua.

—El Ruso se piroba a la vieja —Jorge ya había terminado de enrollar las vendas

—. La vieja no le cobra el alquiler pero después él nos lo cobra a nosotros.

—Esas viejas son perfectas para chuparte el zodape porque no tienen dientes, ¿no Ruso?

El Ruso movió la cabeza de un lado al otro.

—Hijos de puta —reprochó—. Como ochenta años tiene la vieja. ¿No tienen madre, ustedes?

—¿Qué? —Tito eructó—. ¿Te querés culear a mi vieja también?

Se rieron. En la cancha, una multitud de morochos corría detrás de una pelota marrón y deformada. Algunos de ellos con pantalones largos arremangados y descalzos. Jugaban y gritaban. Se reían.

—¡Tienen un pedo éstos! —dijo Marcelo.

—Claro. Si se comieron un asadito allá, detrás del arco.

—Mira la zapán de aquél… Hijo de puta, parece embarazado.

—Estos no se van a ir más —calculó Tito, indolente.

—¡Cambiáte forro! —le gritó Miguel—. Cambiáte de una vez y dejá de hinchar las pelotas.

—¿Y quién les va a decir que se vayan? —Tito concedió descolgar el bolso del hombro—. ¿Vos les vas a decir que se vayan?

—¡Ya hablé con uno de ellos, pelotudo! —dijo Aguijar—. Se van ahora nomás. —Mirá la caripela de los negros. Como para decirles algo está…

—Si no se pueden ni mover del pedo que tienen. Juegan cinco minutos más y se mueren…

—¿No se pueden ni mover? —se hizo oír el Ruso, atándose los botines—. Mirá cómo la pisa el gordo aquél… ¡recién hizo un gol!…

Tito se sentó sobre el pasto con un resuello.

—Sabés qué ganas de apoliyar que tengo… Me hubiera quedado durmiendo — dijo.

—Está lindo para dormir —aprobó el Ruso.

—Es al pedo —meneó la cabeza Miguel—. Lo que es no saber un carajo de fútbol. Estos son los mejores días para jugar, querido. Nublado, fresco…

—Estuvo lloviendo, Negro —se quejó Tito.

—Quieren venir a jugar cuando hay sol y un calor de cagarse —Miguel alzó la voz, doctoral—. Ahí quieren venir a jugar. Cuando no te podés ni mover del calor que hay. Hoy está perfecto, papá.

—Es verdad. Es un día bárbaro —aprobó el Ruso, que dudaba entre sacarse el buzo o no.

—¡Pero claro, querido! —siguió Miguel—. Ni siquiera hay viento. Es preferible jugar con lluvia que con viento, mirá lo que te digo.

—Seguro —Marcelo ingresó en la controversia, desde lejos—. Con viento es una cagada. Nunca sabés para dónde mierda sale la pelota. Con lluvia, cuando le agarras la mano al pique… chau… cuando le adivinas el sapito…

—Es que sale como arriba de un vidrio…

—¡Eso! Ahí está la joda. Pero es mejor que con viento.

—Es que éstos no saben nada, Chelo —se envalentonó Miguel—. Hay que explicarles todo. Quieren entrar al Primer Mundo y se quedaron en la Pulpo de goma…

—No pasaron de la de tiento.

—Se quedaron en la Plastibol.

Tito, luego de sentarse, se había ido dejando caer hacia atrás, hasta quedar acostado con el bolso de almohada.

—Avisáme cuando empiece —pidió.

—¡Vestíte, boludo! —atronó Aguilar—. Después empieza el partido y todavía te estás cambiando, como el otro día.

Tito se rió.

—¿Cuántos polvos te echaste, Tito? —preguntó Rogelio, que había terminado de enrollar las vendas. Tito seguía riéndose, tapándose los ojos con un brazo. Se le sacudía el estómago bajo la camisa a cuadros—. ¿La colocaste hoy? ¿Te permitió la patrona?

—¿Usted también la puso, Marcelito? —se interesó Aguilar, generalizando el tema.

—Cuatro al hilo.

—¿Y te podés sentar todavía?

—¿No se cansa tu novio? —añadió el Ruso.

Tito se seguía riendo. Pero se levantó de pronto, como alarmado.

—¡Che, esto está mojado!

—Y claro, nabo, si llovió toda la noche.

—¿Llovió mucho? —preguntó Marcelo.

—Yo me desperté a eso de las cuatro y caían soretes de punta —dijo Miguel que había abierto la botellita de aceite verde—. Dije "cagamos"…

—El Negro es como los pibes —Jorge, ubicado entre los autos, meaba un neumático—. Se despierta a la madrugada para ver si llueve y si al día siguiente se puede jugar.

—¿Y qué te parece?

—Toda la semana esperando el sábado.

—Che… —Tito había empezado, morosamente, a desabrocharse el pantalón—. ¿Quién trae la pelota?

—Rogelio —Aguilar buscó con la vista y llamó— ¡Rogelio! Vos tenés la pelota, ¿no?

—No —se alarmó Rogelio.

—Ay, la concha de su madre —Marcelo tironeaba de los cordones—. Siempre el mismo quilombo con la pelota. ¡No me digas que no hay una pelota!

—Yo se la di a Pepe el sábado pasado —se encogió de hombros Rogelio. —Uy, la puta que lo parió…

—Bueno, muchachos… —anunció resignadamente Tito, abrochándose de nuevo el cinturón.

—No. No —calmó Rogelio—. Pepe viene. Viene seguro.

—¿Cuándo hablaste con él?

—Esta mañana. Me dijo que venía. Más, teniendo la pelota. No nos va a cagar así.

—El que no viene es el Flaco —anunció el Ruso.

—¿Por qué no viene el Flaco? —se ofuscó Miguel—. ¿Otra vez nos caga ese hijo de puta?

—No sé, tenía que hacer…

—Pero… ¿será posible? —Miguel se había puesto de pie, deteniendo la minuciosa dispersión del aceite verde por sus piernas—. Yo no me explico. ¿Qué otra cosa más importante que jugar al fútbol podés tener que hacer un sábado a la tarde, decíme? ¿Qué otra cosa?

—Tenía que viajar, iba a Córdoba, no sé…

—Pero que se vaya a la concha de su madre, que no venga más.

—Tiene una novia allá, por Alta Gracia, que le da cuerda.

—Ya se van los muchachos —el Ruso miraba hacia la cancha.

Los morochos se iban retirando. Había uno tirado en el suelo, boqueando. Otros dos corrían a un flaquito, que persistía en dispararse con la pelota. "¡Cuajada! —le gritaban—. ¡Pará, Cuajada, o te vamos a cagar matando!". Se reían.

Gonzalo, que se cambiaba adentro del auto, por el frío, llegó al trote, endurecido. —Pedíles a ver si nos dejan la bola —sugirió al Negro. Aguilar miró hacia la cancha.

—¡Qué mierda te la van a dar! ¿Y dónde se la devolvés, después?

—Se la llevamos a la casa.

—¡Ni casa tienen estos negros! —se rió Marcelo—. Si vinieron todos en un camión. "Se la llevás a la casa". ¡Mira las amistades que tiene el Gonza!

—¡Boludo! ¡Si no tenemos pelota! —Gonzalo miraba irse a los morochos, como con pena.

—Ahí viene Pepe. Ahí viene Pepe. Él la trae —tranquilizó Jorge.

—¿Ese es el auto de Pepe?

—Sí. Un Renault.

—¿Rojo?

—Sí, rojo.

—Ese auto no es rojo.

—Espera que pase detrás de la casilla y lo vas a ver bien.

—Sí, es Pepe, es Pepe…

—Es Pepe.

—¡Es Pepe! —certificó, casi desde el centro de la cancha, Marcelo.

—¿Qué hacés, Chelo, estás rezando? —le gritó Gonzalo. Marcelo se había arrodillado y, en un impensable rasgo de pudor, meaba cortito sobre el césped.

—Es muy católico el Flaco.

—Che… —Tito se había quedado en calzoncillos y mostraba unas piernas flacas y lampiñas—. ¿Ellos vinieron?

Había logrado interpolar una nueva nota de intranquilidad. Aguilar y Miguel miraron hacia el otro costado de la cancha.

—Sí, vienen —masticó Miguel, que no quería pensar en la posibilidad de suspender—. Vienen. Ellos vienen.

—¿Vos viste a alguno?

—El jueves lo vi en el centro al pelado que juega de cinco. Y me dijo que venían. —El jueves no, boludo. Ahora, te digo. ¿Acá viste a alguno?

El Ruso pisaba cuidadosamente la cancha casi pelada. Daba saltitos para entrar en calor.

—¡Allá hay uno! —gritó, señalando hacia los árboles de enfrente.

—Ah, sí… —Rogelio se quedó con el pantaloncito en el aire, escudriñando la lejanía—. El morochito que juega de siete. El… ¿cómo le dicen? —El Bimbo, el Pimba, algo así. La mueve ese hijo de puta. —¡Qué sorete la va a mover!

—¿Ah, no? ¡El zaino que te hizo comer la vez pasada!

—¡Qué va a mover! A tu hermana se puede mover el flaco ése…

—Y con uno solo… ¿Qué hacemos? —Tito dudaba en sacarse la camisa.

—¡Ya vienen los otros, pelotudo! Vienen todos juntos. El otro día vinieron en dos autos, sobre la hora.

—¿Qué hora es?

—Cambiáte, gil, y deja de romper las bolas.

—Chupáme el choto —recomendó Tito—. Y pasáme el aceite verde. —Cómprate, si querés aceite verde —negó Miguel—. Miserable de mierda. Vos sos como el otro, el Gonza, que nunca pone guita para la cancha… —Metételo en el orto.

—¿Vos sabés como pica?

—¿Nunca te lo pasaste sin querer por las bolas?

—Ay, mamita querida. ¿Y el Fonalgón?

Pepe había estacionado el auto y venía a paso lento hacia el grupo.

—¿Trajiste la pelota? —le gritaron varios.

—La tengo en el baúl.

—¡Y bajála, sota, o te creés que vamos a estar toda la tarde esperando! —¡Pepe maricón! —chilló Marcelo, distorsionando la voz.

—¡Putazo! —se unió Tito. Pepe, caminando de nuevo hacia el auto, giró hacia ellos y se agarró los huevos. Después siguió caminando.

—¿Cuántos somos? —preguntó Miguel—. ¿Juntamos gente?

—Sí. Estamos. Estamos —dijo Aguilar.

—La concha de su madre puta —farfulló Tito. Se había quedado con la mitad de un cordón del botín en la mano.

—¿Sabés por qué te pasa eso? —asesoró el Negro—. Porque te pasás el cordón por debajo de la suela. ¿Te lo enrollas por debajo de la suela? Así se te rompe.

—¿Por qué no me chupás un huevo, cabezón? —Tito resoplaba reacomodando el largo de los cordones—. ¿Ahora me lo decís?

—Hay que decirles todo, Negro —habló Miguel—. No están para el Primer Mundo.

—Si por lo menos viniera un par más de ellos —calculó Gonzalo—. En el último de los casos hacemos un picado.

—¡Si ellos vienen, ellos vienen! —desestimó Miguel, que había terminado de lubricarse—. ¡Allá vienen!, ¿no ves? ¡Para que te dejés de hablar al reverendo pedo!

—Ahí estamos —musitó Gonzalo, levantando apenas la vista—. ¡Llegaron, che! —les avisó a los otros. Pepe había sacado la pelota del baúl del auto, la apretó un par de veces para ver cómo estaba y después la tiró hacia la cancha, donde ya trotaban y hacían flexiones casi todos.

—¡Traéla! ¡Traéla! —pidió el Ruso, que sólo se ponía locuaz cuando entraba a la cancha. Miguel, en cambio, se mantuvo serio. Fue hasta donde estaba Tito y se puso en cuclillas junto a él.

—Tito —le dijo—. Hoy no te mandés tanto al ataque. Seguro que por tu lado va a jugar el flaco del otro día, ése que le dicen Trastorno. Es muy rápido. Tratá de encimarlo y no dejarlo dar vuelta. Si lo dejás darse vuelta te pinta la cara porque es un pedo líquido ese hijo de puta. Le vas encima y ponéte de acuerdo con Aguilar para que cierre por detrás tuyo si se la meten a tu espalda… —Tito aprobaba con la cabeza, obediente—. ¿De acuerdo? ¿De acuerdo? —recalcó Miguel—. Porque vos me decís que sí y después no hacés un carajo de lo que te digo…

—Sí. Pero decíle al Negro. Porque aquél agarra la lanza y se va arriba y después no vuelve en la puta vida.

—Si vos te vas a volantear, yo te hago el relevo, quedáte tranquilo. Pero además, yo le digo al Negro —Miguel se puso de pie como si hubiese terminado con la indicación, pero antes de meterse en la cancha se volvió para decir—. Guardá los bolsos en el auto, Rogelio. Nunca se sabe.

A Tito lo único que le faltaba ponerse era la camiseta verde, y puteaba por el frío. —Loco, ¡qué busarda que tenés! —Pepe, desde el suelo, poniéndose los botines, lo miraba y se reía. Tito se miró el estómago como si recién lo descubriera.

—Tengo que salir a correr —calculó.

—¿No salís a correr en la semana?

—No tengo tiempo, Pepe. Debería. Pero…

—Salgamos. Llamáme y salimos.

—Sí. Porque así…

—Después se siente en los partidos…

—Te llamo, porque no hay nada más rompebolas que correr solo.

—Después no me llamás nunca, hijo de puta. Ya el mes pasado me hiciste lo mismo.

—Te llamo, te llamo —prometió Tito, pero ya Pepe corría hacia el arco más cercano, donde peloteaban al Lungo. Miguel no se dignaba a patear. Intentaba tocarse la punta de los botines con los dedos y recomendaba "Elongá, elongá" a cada uno que le pasaba cerca. Pero de pronto se irguió y siguió atentamente el curso de una pelota que se iba entre los árboles.

—¡Che…! —advirtió—. ¿No está bofe esa pelota?

—Está un poco globo —admitió el Ruso—. Pero está bien.

Víctor la había ido a buscar casi hasta el terraplén, detrás del arco, y la devolvió hacia la semiborrada línea del área. Marcelo la paró con el pecho y la tiró de nuevo a la copa de los árboles.

—¿Con qué le pegás, hijo de puta? —lo observó, fijamente, Miguel, las manos en la cintura—. ¿Cómo se puede tener tan poca sensibilidad en el pie? ¿Cómo se puede ser tan animal? —Marcelo se reía—. Si te ve Federico Sacchi se muere de un infarto, querido —la siguió Miguel—. ¡Y pretenden jugar al fútbol! ¡Qué agravio a la cultura futbolística del país, por favor! ¡Son jugadores de terraza, nacidos en el centro! ¡Cuánto potrero que te falta, por Dios!

La pelota, esta vez, y quizás intencionadamente, le llegó a Miguel, que la puso bajo la suela y miró el arco.

—¿Dónde la querés? —le preguntó al Lungo.

—Pateá y dejá de hinchar las bolas —dijo el Lungo.

—Decíme, decíme.

—Ahí —señaló el Lungo, mostrando el ángulo bajo del segundo palo. Miguel le pegó de derecha, con estilo, y la pelota se elevó unos cuatro metros para caer tras el terraplén. Hubo risas.

—¡No! ¡Traé! ¡Traé para acá! —Miguel había salido disparado detrás de la pelota, a grandes trancos, enojado—. ¡No se puede jugar con eso! ¡Es un bofe esa pelota, hay que inflarla!

—¡No rompás las bolas, Miguel! Está bien la pelota. Mejor si está blanda. Dejála así —se quejó Gonzalo—. Después se moja y se pone que pesa una tonelada. Te hace mierda el balero si cabeceás…

—Al ir a lo que es esto. Mirá lo que es esto —graficaba Miguel, oprimiendo la pelota con ambas manos—. No se puede jugar al fútbol con esto.

—¡Largála! —Jorge se golpeó las manos, girando sobre sí mismo—. ¡Cómo rompe las bolas el negro este!

—¡Pero si a ustedes les da lo mismo jugar con una pelota que con un ladrillo, querido! —dijo Miguel—. Para lo que juegan, todo les resulta lo mismo…

—La verdad que está un poco floja —admitió el Ruso, junto a Pepe.

—Pero es la única que hay.

—¡Muchachos! —llamó, Gonzalo, a los rivales—. ¿Ustedes trajeron una pelota? El Pelado negó con la cabeza.

—Nos dijeron que ustedes tenían. ¿Qué le pasa a ésa? —preguntó después.

—¿Tienen un inflador? —Miguel estaba empecinado.

—¿Y qué hacés con un inflador, Miguel, si no tenés un pico? —dijo Gonzalo, un poco harto.

—Pico hay. Pico hay. ¿Vos no tenés un pico en el auto, Pepe?

Pepe puteó por lo bajo y se fue para el auto.

—El flaco aquel tiene un inflador —alertó el Ruso, señalando, dentro del grupo de la contra, al que había llegado primero en bicicleta. Miguel se encaminó hacia allí.

—¡Dejála así, Negro! ¡Dejála así! ¡Está bien así! —insistió Jorge.

—A ver si todavía la hace cagar este pelotudo —previno Tito.

—¡Ustedes corran! —ordenó Miguel, dándose vuelta y sin soltar la pelota—. ¡Muévanse, elonguen que hace frío!

Cuando Pepe llegó con el pico ya tenía el inflador.

—Dame —dijo. Y empezó a escudriñar el cuero de la pelota con los ojos entrecerrados—. ¿Dónde está la marquita?

—Hacéla girar, hacéla girar —dijo Pepe, con su cabeza casi apoyada sobre el hombro de Miguel.

—Sin anteojos no veo un choto.

—Marquita puta… Es una flechita…

—Una flechita. Pero se le borra después…

Miguel seguía haciendo girar el balón, mirándolo, con la nariz prácticamente pegada al cuero.

—A veces la marcan con una birome…

—¡Acá está!

Una minúscula flecha bordada en cuero señalaba un orificio diminuto, disimulado en la costura de dos gajos.

—¿Es éste, no, seguro?

—Sí, sí, es ése…

Miguel carraspeó.

—Metéle un gallo —recomendó Pepe. Miguel sostenía la pelota con una mano contra el pecho mientras con la otra manipulaba el pico.

—¡Cómo vas a jugar con la pelota así, macho! —se escandalizó—. ¿Dónde se ha visto? ¡Estos, porque tienen un garfio en el empeine! Juegan al fútbol porque Dios es grande… No saben un sorete, hay que decirles todo…

—No te comprenden, Miguel.

—Sufro la soledad de los líderes, Pepe…

—¿Qué pasa, Miguel? —se acercó corriendo Tito—. Ya estamos para largar. Miguel escupió una saliva blanca y espumosa sobre el agujero de la pelota. Le erró por un centímetro. Primero hizo girar el balón, procurando que la oscilación

deslizara la escupida hasta cubrir el agujero. Pero luego, apurado, la empujó directamente con el dedo hasta tapar la casi inapreciable juntura. Luego metió la punta del pico hasta encontrar resistencia.

—Ojo… —recomendó Pepe—. ¿Ahí está el agujero?

—Pará —dijo Miguel. Sin sacarle el pico del inflador, bajó la pelota hasta aprisionarla entre sus rodillas.

—Ojo —repitió Pepe. Miguel hizo fuerza, empujando el pico.

—No entra el hijo de puta —cerró los ojos.

—¿Estás seguro de que está ahí la válvula? ¿No se habrá corrido la cámara?
—No. Está ahí. Está ahí —aseguró Miguel y pegó un nuevo empujón al pico. Se oyó una explosión ahogada y la pelota pareció aflojársele entre las manos.

—La pinché —dijo Miguel, girando la cabeza y mirando a Pepe con cara inexpresiva—. La pinché.

Estuvieron unos veinte minutos más viendo si llegaba alguien con una pelota. O si pasaba alguien que tuviera una. Marcelo se ofreció a ir a buscar una a la casa de un primo, en el centro, pero no sabía si el primo estaba o se había ido a la isla… Le dijeron que no. A la media hora, Tito comenzó a cambiarse de vuelta. Gonzalo lo puteó por enésima vez a Miguel y rumbeó para el auto.

—¡No se podía jugar así, querido! —reafirmó Miguel—. Se pinchó, mala suerte. Pero así no se podía jugar. Ningún jugador de fútbol que se respete puede jugar con una pelota así.

—Vos te quedaste en la Pulpo, Miguel —hirió Jorge, yéndose—. No estás para la de cuero.

—Y ustedes se quedaron en el Tercer Mundo, hermano —no daba el brazo a torcer Miguel—. Les da lo mismo pato o gallareta. Total… para ustedes todo es igual…

—Miguel —llamó el Ruso, ya cambiado, en su habitual tono calmo y medido—. Andáte un poco a la concha de tu madre —y aceptó la invitación de Aguilar de volverse juntos en el auto para el centro.

Rodrigo Fresán

Final

Jorge Luis Borges —ese escritor que aborrecía del fútbol porque “es feo estéticamente. Once jugadores contra otros once corriendo detrás de una pelota no son especialmente hermosos… Mucho más lindas que el fútbol son las riñas de gallos. Ocurren ahí nomás, al lado de uno, son ideales para miopes”— se había muerto unos días antes, casi al principio de todo el asunto, el 14 de junio.

A mí, recuerdo, me divertían las opiniones de Borges. El fútbol nunca me había atraído demasiado y si bien podía apreciar la belleza sobrenatural del segundo gol de Maradona contra Inglaterra, obligado a elegir un deporte, continuaba prefiriendo la previsibilidad zen del baseball contagiada por cortesía de un tropical exilio durante los 70.

El destino prefijado de correr alrededor del diamante esmeralda siempre me había parecido más literario que el fútbol, donde el libre y poco estético albedrío condenado por Borges me hacía recordar, por momentos, la desordenada y suicida carrera de Lemmings en busca de un precipicio. Algo tan ajeno como poco digno de ser alcanzado.

Durante mi infancia lejos estuve de ser un animal de plaza y pelota. Para el año 86 todavía no había pisado una cancha más que para asistir a algún concierto de rock. Mi bautismo de fuego tuvo lugar muchos años después con el célebre match entre San Lorenzo y Vélez interrumpido por falta de pelotas. Me hice de San Lorenzo por cuarenta y cinco minutos, me reí mucho y no volví más.

Tampoco mi familia había profesado devoción alguna por el fenómeno. Mi padre, creo, supo jugar al básquet en los Campeonatos Evita y eso fue todo.

Y aun así, ahora me había comprometido a no perderme partido alguno. Compaginaba horarios con mis actividades en una revista gastronómica y postergaba la escritura de cualquier cuento porque, bueno, acompañar a los muchachos se había convertido en lo más importante, en lo único digno de ser tomado en cuenta. Pronto aprendí a reconocerlos de lejos adelantándome incluso a la voz certera del relator. Pronto tuve la seguridad de que ese Mundial iba a ser nuestro. México iba a ser una fiesta, supe.

Claro que todo milagro tiene una explicación racional así como toda proeza de Schwarzenegger descansa sobre un mullido lecho de efectos especiales preparado y tendido por especialistas. He aquí el truco detrás de la magia: México no era una fiesta. La casa de mi madre quedaba en la calle México y allí había llegado yo el día exacto de la muerte de un escritor llamado Jorge Luis Borges. Mis días junto a mi pareja de entonces se habían convertido en lo más parecido a una riña de gallos miopes. Heridas y plumas y la imposibilidad de verse. Por eso ahora estaba viviendo el Mundial en la casa de mi madre. Viendo todo en un pequeño televisor blanco y negro como si fuera la primera vez, reprochándome en voz baja el espanto ahora incomprensible de haber estado fuera de todo durante todos estos años. Había despreciado el milagro con la incredulidad de Santo Tomás pero —aun así— había sido perdonado y ahora se me permitía ser parte del paraíso vía satélite bebiendo todas y cada una de las palabras de Macaya Márquez como si se trataran de colores alucinados por Quetzalcoatl sobre el verde del Estadio Azteca, como si fueran los dictámenes de un Moisés enfurecido cuyas opiniones descendían como mandamientos inapelables mientras yo jugaba en los Campos del Señor.

El día que ganamos, recuerdo, fue la noche en que yo comprendí —agotados los minutos suplementarios— que el partido que venía jugando con o contra mi pareja de entonces estaba irreversiblemente perdido. Fuimos a comer, teorizamos una vez más sobre posibles estrategias para un próximo encuentro que intuíamos innecesario y perdido de antemano, y —de regreso a México (calle), mientras el paisaje alrededor del Obelisco remitía indistintamente a las abigarradas delicias del

Bosco o a los primeros tramos de 2001: Odisea del espacio, a cualquier postal de Cecil B. De Mille — me prometí hundirme, esa medianoche, en el programa especial sobre lo mejor de México 86. El segundo gol de Maradona contra los ingleses seguía siendo tan hermoso como entonces, pocos días atrás, sí, no había ilusión o ingenio mecánico detrás de ese milagro. Había sido algo fuera de este mundo. Una revelación. Afuera, en San Telmo, alguien vaciaba un revólver en el frío de la noche con inequívocos modales de mariachi austral.

Algunas semanas después del final y la final conocí a la mujer de mi vida y —sí, yo estaba curado— el fútbol dejó de interesarme otra vez, para siempre.

Elvio E. Gandolfo

El visitante

El auto hizo un rulo de una cuadra, para después tomar por Cafferata. Manejaba mi hermano Carlos. Yo iba al lado. Atrás venía Mario. Los dos me habían llevado hasta la estación, a sacar pasaje para Retiro, al otro día. Era de noche, y la zona entera respiraba, entre aire y oscuridad y luces eléctricas, después del calor y el sol del día. Cuando llegó a Córdoba, mi hermano dobló, hacia el centro. Era un coche bastante amplio, cómodo, donde uno podía, por ejemplo, acomodar el codo con tranquilidad sobre el borde de la ventanilla, y echar el otro brazo por sobre el respaldo del asiento, sin molestar.

Sobre la izquierda iban desfilando los elementos absurdos del baldío inmenso en que se convirtieron los viejos terrenos del ferrocarril: estarnas de plaza arrumbadas, todas juntas, una especie de laguito. Ya hacia el fin se veía el perfil de la colorida y gigantesca estructura de hojalata (al menos eso parecía) cuyo escultor (por así llamarlo) la había, desde luego, regalado a la ciudad.

Sobre el costado derecho, empezó a desfilar un murito bajo pintado de blanco, detrás del cual se veían canchas deportivas. Era uno de esos múltiples trozos de la ciudad que están idénticos a cuando yo vivía allí, hace más de veinte años. Sonriendo, mi hermano Carlos lo señaló con la cabeza, íbamos despacio, con una serena marcha de paseo en la noche.

—¿Sabés qué pasó aquí? —dijo.

—No —le contesté.

Mi hermano Carlos, con la voz levemente gangosa, tranquilo como la marcha del coche, hizo un movimiento de cabeza hacia atrás:

—Contále, Mario —dijo, como si fuera un mañoso que da una breve orden a otro, para que hable de asuntos de la Familia.

La voz de mi hermano Mario, atrás, casi recostado a lo largo del asiento trasero, llegó con la precisión y la calma informativa de un documental del National Geographic:

—Acá se jugó el primer clásico —dijo, mientras se acercaba el final del murito blanco. Que pareció sin embargo seguir desfilando, empalmado en la voz de mi hermano Mario, que me contaba cómo había ganado Ñuls, quién había hecho el gol, en qué minuto de qué tiempo.

En mi familia somos todos de Ñuls. Somos seis hermanos y hermanas, y la verdad es que desconozco si alguno o alguna no piensan lo que yo pensaba hasta hace algunos años. Cuando en cualquiera de las tres ciudades que más he frecuentado, incluida Rosario, me preguntaban de qué cuadro era, decía: “De Ñuls”, o “De Ñúbel”, para después aclarar:

—Lo que pasa que en mi familia son todos de Ñúbel, y para no armar todavía más lío en los almuerzos, yo también.

Ñúbel es uno de los dos cuadros grandes de Rosario. El otro, con el que jugó aquel primer clásico detrás del murito, es Rosario Central. Astuto, el que bautizó el cuadro. Porque en realidad Ñúbel se llama Newell’s Old Boys, en inglés, abreviable a Ñúbel, o Ñuls. Mientras que el otro, que seguirá siendo el otro a lo largo de esto que estoy contando, eligió el nombre de la propia ciudad y le agregó ese “Central” que no cuesta asociar (a esta altura ya reconozco plenamente que soy de Ñuls, no sólo para no armar lío en los almuerzos) con un intento de ganar por adelantado, antes de salir a la cancha. A esta altura tampoco me cuesta nada menear la cabeza y agregar, mental o verbalmente: “Así son ellos”.

A los de Ñuls nos dicen “leprosos”. A los de Central, “canallas”. Cada hinchada lleva con orgullo la palabra. El origen, no sé si anterior o posterior al primer clásico, fue el pedido de un leprosario, para que los dos equipos jugaran un amistoso en pro de la institución. Los de Ñuls, los “leprosos” desde entonces, aceptaron. Los de Central, “canallas”, no.

No recuerdo con ninguna precisión cuándo empecé a pensar que soy de Ñúbel, y que no sólo lo soy para no armar líos (siendo canalla, o de Boca, o de Peñarol) en los almuerzos familiares.

A lo mejor fue la ropa. Porque de hecho detesto los colores azul y amarillo huevo, en lo cual incluyo, desde luego, a Boca. Salvo que estén en su lugar: un cartelón, un parque de diversiones, algún circo. Pero sin necesidad de pasar el eje por el fútbol, una vez que pude comprarme la ropa eligiéndola yo (algo no tan lejano como podría creerse, por cuestiones que van desde el nivel socioeconómico hasta la edad), descubría, al principio sin entender, que cuando llegaba ahora de visita a Rosario, sin vivir allí, mis hermanos me trataban con insólita deferencia. Murmuraban con una sonrisa de placer, por ejemplo: “Muy bien, muy bien”. O alzaban un poco un puño y decían: “Arriba, Elvio”. Al principio creía que era el corte, la elegancia, incluso (a tal punto llegaba mi despiste) la “percha”.

Un día directamente le pregunté, no sé si a Carlos o Mario, por qué se sonreía. Se limitó a señalar el pantalón negro, el saco negro, la remera roja. “Los colores que deben ser”, dijo, sonriendo todavía más. Cuando regresé a Buenos Aires, me di cuenta, retrospectivamente, que siempre, cuando había elegido, elegí o camisas multicolores, de diseño entreverado o, en caso de color liso, el rojo y el negro. Habría aquí otra posibilidad. Siendo mi padre tipógrafo, y su propio padre naturista, y todos nosotros, de alguna manera, lejana o cercana, imprenteros, la elección podría ser, ancestralmente, la de los colores anarquistas. No veo la contradicción. No veo por qué no hay una línea que viene desde hace siglos, haciéndome elegir esos colores, y otra, más cercana, que sin embargo no se mezcla, haciéndomelos elegir, impensadamente, como colores de Ñuls.

Además, están las asociaciones. Sería terriblemente largo de explicar, pero los cuatro o cinco cambios importantes de mi vida tuvieron que ver con la sangre (desde un espectacular accidente en una bicicleta, hasta una hemorragia nasal: vamos a no exagerar). Me gusta la noche, incluso cerrada. Pido la ensalada sin huevo, en general. El color azul del cielo me gusta mucho, pero aprendí que es casi imposible reproducirlo fuera del cielo mismo, sobre todo en una camiseta de fútbol o en una bandera.

Incluso en mi área, la literaria, seguramente no habría ni siquiera abierto un libro de Stendhal que se llamara El azul y el amarillo. De sólo escribirlo, se me eriza la piel ante semejante muestra (imaginaria) de mal gusto.

Honestamente, veo poquísimo fútbol. Por una razón simple: me gusta ver buenos partidos. Por desgracia, al menos en mi vida de espectador, la mayoría de los partidos son cuestiones increíblemente chauchonas, donde un equipo parece competir con el otro en la elección de una estrategia impecable destinada a no ofrecer ni emoción, ni goles, ni pases, ni gambetas, aunque a veces sí mucha mala onda.

La idea de ver, a lo largo de años, todos esos partidos inclasificables (no son de primera, de segunda, ni de tercera: son nada) me resulta intolerable. Pero como estuve yendo de visita en los últimos dos o tres años con frecuencia a Rosario, y pude ir viendo a y hablando con mis dos hermanos que siguen allí, entendí que a ellos no sólo no los haga sufrir, sino que desplieguen entrecruzamientos temáticos múltiples (el estado de las finanzas del club, el probable homosexualismo de un jugador que pateó a la luna en vez del arco, el historial monstruoso del referí, los vínculos laberínticos que unen los dirigentes al más deteriorado menemismo) a partir de jugadas tan aburridas como chupar un carozo de durazno durante ocho horas.

Además he jugado poquísimo fútbol. De todos los deportes, de chico practiqué el básquet. Hubo una vez, sin embargo, cuando uno ya ha superado las

grandes y putas barreras, o ha quedado aplastado definitivamente por ellas (a eso de los 30, de los 35), cuando uno ya dice "ma' sí", en que jugué un partidito. Eramos el personal de un semanario, bajo el cielo gris de una estancia muy abandonada, cerca de Pan de Azúcar, en Uruguay. Esperábamos un lechón a las brasas que traerían de otro lado, y hablaron de hacer un partidito. Me sentí muy tentado de abrirme: excedido de peso, con lentes. Pero había cargadas, pullas como diría un español, así que me arremangué las botamangas, me saqué los lentes y los dejé en otra parte y empecé a correr.

Para mí ver el mundo borroso siempre tiene algo de maravilla, de descanso. Creo que justamente ver como borrones tanto a los compañeros como a los contrarios, me hizo gambetear milagrosamente, aprovechar la fabulosa panza y torpeza del arquero, y meter un gol.

Cuando uno camina por Oroño en el Parque Independencia, no hay ningún otro sitio de la ciudad, ni tal vez tampoco del mundo, que se le parezca. Sobre todo un par de horas después del atardecer, con los árboles muy grandes que se pierden hacia arriba, y el plano liso y enorme del macadam negro, con poco tráfico y, a veces, como aquella noche, un par de tipos más que, como nosotros, caminaban con ese caminar rápido, enérgico con que uno camina cuando empieza a acercarse a la estatua de Belgrano que corta el plano negro de alquitrán, o sea al laguito, y reconoce, como reconoció Mario, quiénes son los que van adelante, como apurados, pero porque sí, imposibles de alcanzar.

—Mirá, mirá, Rodríguez —dijo, reconociéndolo—. Es un fanático de Ñúbel — dijo, con un tono como de admiración pero con un matiz de humor—. Iba siempre a las prácticas, pero terminaron por prohibírselo. Porque se calentaba cuando los jugadores jugaban mal, o no rendían, y los agarraba a trompadas.

¿Y si fuera otro? ¿Si fuera de los otros? ¿Si fuera canalla, de Central? Pero no: imposible, hay muchas cosas aparte de los colores. Hay toda una constelación de cosas para mí inaceptables y que deben de ser, calculo, admirables para ellos, para

los otros. Como, por ejemplo, convencer a alguien desde la cuna, blandito por así llamarle, de que se haga canalla. Como, por ejemplo, aquella bellísima mujer que, sin mucha convicción, me dijo que era de Central, y después me aclaró que era porque un electricista canalla que había ido a arreglar una instalación a la casa, la había meloneado de chiquita día tras día, hasta convencerla. Y no pude dejar de sentir una levísima tristeza por ella. O aquel abuelo calabrés que en el lecho de muerte, instantes antes de estirar la pata, se había aferrado al brazo de una nieta y le había dicho que él sólo podía partir tranquilo, libre, si se iba sabiendo que su nieta, ya para siempre, era de Central. Ante incontables anécdotas de esa índole mis hermanos y yo solemos menear la cabeza disconformes, casi como si no hiciera falta explicar nada más para dejar en claro por qué ellos, los otros, son de Central, y nosotros de Ñuls.

A todo esto, siendo de Ñúbel, ¿vi muchos partidos de Ñúbel ahí, en la cancha, y no por televisión? No demasiados, pero en la mejor época, la del Profeta, la del loco Bielsa, la época que cambió al cuadro y que lo transformó en un equivalente del Ayatollah Jomeini para el Sha y los yanquis, es decir para Central y sus hinchas. Cuando se dieron vuelta las hinchadas, cuando, según un sociólogo de Ñuls, las masas de pobres que vinieron del Norte a trabajar en el boom de la construcción de Rosario terminaron por ser de Ñúbel por el sutil rechazo de los canallas, demasiado oriundos, demasiado rosarinos. Cuando empezó a haber dos barras bravas.

Era una semifinal y el loco Bielsa, como hacía siempre, gritaba desde el costado de la cancha. Y había tanta gente que en muchos momentos, en un partido que no fue nada del otro mundo, la punta de mis pies dejaba de tocar el suelo y era alzado, levantado, apretado, comprimido, por la multitud. Y el loco seguía gritando hasta que, como pasaba casi siempre, el réferi lo echó, ordenó que el loco se fuera de la cancha y se dejara de gritar. Y el Profeta obedeció aparentemente y se fue al túnel, pero no bien había desaparecido cuando sólo su cabeza se asomó por sobre la línea horizontal de entrada y allí, como un dibujo animado, haciendo esfuerzos por

no agitar los brazos y hacerse demasiado notorio, siguió gritando, marcando, ordenando.

Desde hace años, como corresponde, el Profeta vive en el exilio, no en su tierra, en su ciudad. Y allí, además de tomar a otro cuadro y llevarlo hacia arriba, pudo al fin conocer la calma, sentir que se le aflojaba un poco la tensión permanente que tenía en el hígado, concretamente como si un zorro se lo estuviera royendo todo el tiempo, por el destino de Ñuls. Como un mordisco, un roer constante, imparable, sin dejarlo dormir, y él por lo tanto sin dejar dormir, ni comer, ni respirar a nadie con tal de presionar y ganar y meter el gol y ocupar terreno todo el tiempo. Estudiando al contrario como un mecánico estudia una máquina, tornillo por tornillo, y cómo se combinan, y cómo mueven un brazo, y un engranaje y una rueda, para trancarla, para pararla, para ganar.

Los años pasan, las cosas se desvían para acá, para allá. Fui o vine seguido a Rosario durante los dos últimos años, conversé, hablamos de Ñúbel con mis hermanos. Cuando les leí las primeras páginas de esto, todo era indetenible: el conocimiento de los matices, de los nombres, de las épocas, de las capas geológicas envolvía las escasas páginas como innumerables frazadas, tules, enriqueciéndolas, aumentando el volumen, matizando, reconociendo errores, goles en contra, épocas nefastas, dirigentes carcomidos hasta la médula, y victorias, brillos, goces estentóreos o silenciosos, disfrutados en el recato mimoso de la victoria aplastante. Como los años pasan, y las cosas se desvían, bien podría dejar de venir, así como un día empecé a venir más y por lo tanto a empaparme, sin dejar de ser un visitante. Por ahora lo que registro es esto, acepto las cosas que llegan y las que se van, sin que las que desaparecen formen un pesado manto sobre las nuevas. No siento ese sufrimiento espantoso, terrible que a veces carcome las mejillas de los canallas cuando pierden, sobre todo con nosotros. Esas ocasiones en que quedan con los bigotes lacios, ferruginosos, caídos, amargados hasta la médula, destruidos por un dolor sordo, ceniciento, tal vez el rasgo que más les he admirado siempre. Esa cosa sufrida hasta el hueso, opaca, esperando de nuevo el triunfo, la alegría

bárbara de derrotar al otro, a Ñúbel. Más que el triunfo en sí, la necesidad de que exista Ñúbel, y no cualquier otro cuadro. A tal punto que cabría preguntarse si existiría Central en caso de no existir los leprosos como desafío, como camorra de una forma de vida y de pensar tan distinta, una vida que incluye la posibilidad de existir sin Central. La necesidad de que existamos para existir ellos, para que estén siempre las ganas de la derrota nuestra más que las del triunfo a secas, con cualquier otro cuadro. El placer, por ejemplo, de imaginar aquella vieja película de Maradona jugando de pibe, amasándola, moviéndola, acariciándola, alegre, con una camiseta de Ñúbel, aplicada con computadora, sin falsificar demasiado las cosas, porque el rojo y el negro lo estaban esperando lejos, sin presionar, sin insistir demasiado, más allá de años y desvíos.

Liliana Heker

La música de los domingos

A Gonzalo Imas

Había un momento de la tarde —podían ser las cuatro, tal vez las cinco si era verano— en que el viejo se pegaba a la ventana, la cabeza un poco ladeada, la mano haciendo de pantalla contra la oreja, y con voz de velorio decía: Lástima la música. Eso, después que nosotros nos habíamos pasado las horas meta Magaldi, meta Charlo, todo ese revival para tenerlo contento porque (como dijo una vez tía Lucrecia) un domingo de mala muerte que lo traemos bien podemos hacer un pequeño sacrificio con tal de verlo feliz. (Para pequeño sacrificio le sobraba una sota: como al viejo le hacía falta no sé qué calor humano para vivir el fútbol como Dios manda, nos teníamos que clavar todos hasta la doce de la noche, porque con los del Hogar —decía— no quería sentarse ni a ver la tabla de posiciones, todos viejos chotos, y que una vez un vasco se entusiasmó tanto con un gol de chilena que dio un tremendo salto para atrás, se fue de nuca al suelo, y ahora está viendo cómo crecen los rabanitos desde abajo. Así que a la noche teníamos que instalarnos todos frente al televisor —mamá, papá, tía Lucrecia, tío Antonito, yo y hasta los mellizos—, rodeándolo al viejo que para la ocasión se calzaba en la cabeza un pañuelo con las cuatro puntas atadas y, a falta de chuenga, masticaba un pedazo de neumático; ni hablar de cuando jugaba Boca: se zampaba la camiseta azul y oro y ni el tío Antonito, que es fanático de River, podía decir —valga la contradicción— esta boca es mía; la única vez que se animó a porfiar que un gol de no sé quién había sido en orsai el viejo se le fue encima tan fiero que si no iban a pararlo los mellizos

—que aunque usan arito y el pelo hasta la cintura son la debilidad del viejo— el tío Antonito termina haciéndole compañía al que festejó la chilena).

Si es por música, entonces, no se podía quejar. Así que cuando empezó con la letanía de "lástima la música" todo lo que hicimos fue comentar que estaba chiflado y no darle más vueltas al asunto. Hasta que una tarde el tío Antonito, que ya estaba harto de tanto Corsini y sobre todo estaba harto de que el viejo, cada vez que lo veía aparecer, le cantara aquello de Tenemos un arquero que es una maravilla, ataja los penales sentado en una silla, perdió la paciencia y, apenas escuchó "lástima la música", le dijo: ¿Contra qué música está refunfuñando, viejo?, si acá la única música que se escucha todo el día es la que usted. Pero el viejo no lo dejó terminar; levantó la mano con autoridad para que se callase y, como sobrándolo, le dijo: No hablo de la música que se escucha, Antonito; hablo de la que falta.

Creo que si era por nosotros la historia se cerraba ahí mismo. Yo, al menos, reconozco que no sentí el más mínimo interés en averiguar cuál era esa bendita música que le faltaba al viejo; ya me estaba cansando de sus caprichos; no es muy grato para una mujer casadera quedarse junto a su abuelo hasta las doce de la noche vociferando los goles como una desgraciada sólo para que él se sienta acompañado. El tío Antonito lo expresó sin eufemismos: Si ahora viene con que le falta no sé qué música, que se vaya a buscarla a la concha de su hermana. Pero los mellizos no son de los que se rinden así como así. Lo volvieron loco al viejo hasta que un buen día les dijo: ¿Y qué música iba a ser la que falta? La música de los domingos.

Parece que poco a poco fueron entendiendo qué quería decir el viejo con "música de los domingos", algo que en otros tiempos había estado en todas partes, dijo, y que se podía escuchar desde que uno se levantaba. Como una comunión o una sinfonía, parece que dijo, y que terminaba recién al caer la noche con la vuelta de los últimos camiones. ¿Qué camiones?, les pregunté yo a los mellizos. Pero la explicación casi ni la pude escuchar, tanto se reían los mellizos tratando de representar a unos camiones que hacían música.

A la otra semana se vinieron con la novedad: para el cumpleaños del viejo (caía domingo) le iban a regalar eso que él llamaba "la música de los domingos"; ya tenían apalabrada a la gente de la cuadra: todo lo que debíamos hacer era convencerlo al viejo de que esta vez el festejo iba a ser en la casa de los mellizos (viven en una especie de conventillo, por Paternal) y traer la comida; todo lo demás corría por cuenta de ellos.

Protestamos, claro, pero con los mellizos no se puede. Así que el domingo ahí estábamos con los fuentones, mamá, tía Lucrecia, tío Antonito y yo, esperando que llegara papá con el viejo. Los mellizos le habían encargado a papá que lo fuera a buscar lo más tarde posible, y papá cumplió, pero no fue una buena idea: el viejo llegó con un humor de perros, no saludó a nadie, y lo primero que dijo fue que ahora hasta los barrios eran una porquería. Ya no hay comunión, dijo, la gente no armoniza, y que hoy en día cada uno se rascaba para sí. No fue un comienzo alentador, y lo que siguió fue peor. Yo, durante todo el almuerzo, me estuve preguntando qué hacía en este conventillo el domingo entero, todo por darle el gusto a un viejo fabulador y desagradecido. Cuando llegó el café ya me había hecho la firme promesa de que éste sería el último domingo que pasaba con el viejo (y en realidad lo fue). Tal vez todos estaban pensando lo mismo porque de pronto nos quedamos en silencio. Y fue en medio de ese silencio que, desde la ventana, llegó el sonido de la radio. Transmitía, con un volumen más alto que el habitual, algo que me pareció el clásico de Avellaneda. Ves, abuelo, ves que teníamos razón, dijo uno de los mellizos; ¿ves que en los barrios todavía se puede escuchar la música? El simulacro había empezado. Nos miramos con resignación porque ya sabíamos por los mellizos lo que nos esperaba: varias radios a buen volumen transmitiendo distintos partidos detrás de las ventanas, dos o tres muchachos en una puerta entonando el cantito que le gusta al viejo, unos chicos, en algún lugar bien audible, jugando un picado. Y nosotros, como idiotas, vareándolo al viejo. Qué música ni música, dijo el viejo; ¿vos acaso te creés que una golondrina hace verano? Ahí tuve ganas de mandar todo al diablo e irme, pero los mellizos como si nada, empezaron

a porfiarle que no, que la música de los domingos no había desaparecido, que en los barrios aún podía escucharse con sólo salir a la calle. Y ahí nomás, como por casualidad, nos proponen que salgamos todos a dar una vuelta, a ver si no era cierto. Empieza el show, me dijo mamá en el oído, y el tío Antonito resoplaba de rabia.

Salimos todos, como en procesión. Abriendo la marcha, los mellizos; detrás papá, tratando de tranquilizarlo al tío Antonito, después venía tía Lucrecia con el viejo. A mí, en el momento de salir, mamá me había agarrado de un brazo y me había dicho: Vení, nosotras dos separémonos un poco que esto es lo más ridículo que vi en mi vida. Así que veníamos atrás de todo.

Caminábamos muy despacio, siguiendo a los mellizos. Las radios se empezaron a oír enseguida. Una o dos desde enfrente, otra, a todo lo que daba, atrás de nosotros, algunas, todavía débiles, adelante. Del otro lado de un paredón se escucharon voces de chicos; decían pasámela a mí, decían dale, morfón. Tres muchachos sentados en el umbral de un portón, justo cuando pasábamos empezaron a cantar: Tenemos un arquero / que es una maravilla / ataja los penales / sentado en una silla / si la silla se rompe / le damos chocolate / arriba Boca Júnior / abajo River Plate. Le miré el perfil al viejo; por primera vez en esa tarde me pareció que sonreía. De alguna casa llegó una ovación; el eco, en la calle, pareció extenderse. El griterío de los chicos del otro lado de la tapia se hizo más intenso, más pasional, como si ahora ya no se tratara de una representación sino de algo en lo que tal vez se jugaba el destino. La tarde se aquietó, los colectivos y los autos dejaron de escucharse, las voces de las radios se hicieron más altas, más numerosas, decían se anticipa el Negro Palma, decían avanza Francéscoli, decían cabezazo de Gorosito, la espera Márcico; escuché, me pareció escuchar, el nombre de Rattin, pero no podía ser, ¿no era el que el viejo contaba que allá por los sesenta le hizo el corte de manga a la Reina?; escuché recibe Moreno con el pecho, la duerme con la zurda, gira y… ¡Goool!, gritaron los muchachos del portón, ¡goool! llegó desde las ventanas de la cuadra, o desde la otra manzana, o desde más lejos aún. Y algo del

grito perduró, quedó como suspendido en el aire, lo vi en la cara de papá, y en la de tía Lucrecia, hasta el tío Antonito parecía percibirlo, una cosa que iba tramándose como una red y que daba la impresión de unirnos en la amigable tarde de domingo. Mamá me apretó el brazo, los mellizos se miraron con ojos alucinados, el viejo movía la cabeza como quien dice, era cierto entonces, la música estaba, la música estaba todavía. Los del paredón aullaron, los de las casas se pusieron a discutir de balcón a balcón, mamita, mamita, se acercó un chico gritando, una madre asustada dejó el piletón, gambetas como filigranas fueron festejadas en baldíos y campitos, Oléee, olé-olé-olá, corearon las tribunas, Y ya lo ve, y ya lo ve, gritaron en las calles, que esta barra quilombera no te deja de alentar, se cantó en los zaguanes, en las azoteas, en los patios de las casas. Y un ruido bamboleante vino creciendo desde lejos, un murmullo cada vez más poderoso que llegaba desde el confín de la tarde, desde la hora en que se escuchaban los bailables y empezaban a amasarse, alegre o amargamente, los episodios del domingo que acababa. Los vimos acercarse cada vez más nítidos en la luz confusa del atardecer, haciendo sonar rítmicamente sus bocinas, desbordantes de gente que agitaba banderas blanquicelestes, azul-rojas, rojiblancas, auriazules, toda la ciudad se puso de fiesta para recibirlos, era un diapasón, o era un unánime corazón celebrante.

Después llegaría la melancolía de los lunes, después vendrían historias de miedo y de muerte, después cerraríamos para siempre los ojos del viejo. Pero nosotros ya sabemos que, bajo un cielo remoto de domingo, hubo una vez una música por la que fuimos fugazmente apacibles y felices.

Héctor Libertella

La cifra redonda

A Jorge Barale

A Víctor Hugo Morales

"Detrás de un uruguayo no hay nada: ni un oriental, ni dos orientales, ni treinta y tres orientales."

Juan Carlos Onetti

Cuando Uruguay participó en el Mundial de 1970, en México, era la época de furor por el atletismo y los planes de pizarrón. Las máquinas europeas señalaban con el dedo el camino del mundo y Sudamérica se había metido en el callejón de la melancolía, del que ya no se sale porque no se quiere salir, ¿quién querría salir de esa súbita, inmóvil sabiduría que da la senilidad precoz? Pues bien, los uruguayos perdían uno a cero con Suecia y jugaban al paso, indiferentes, lentamente con su vejez y sus panzas prominentes. Eran once caciques que se dedicaban con sus gambetas a mantener en pie el misterio del Río de la Plata. Cuando les hicieron el gol volvieron caminando y conversando al centro de la cancha, mientras en la tribuna cien mil fanáticos latinos silbaban de rabia y tal vez de miedo por su propio destino. Obviamente, el equipo sueco era una banda de atletas ciegos que buscaba resultado, y parecía bien claro que la realidad del partido estaba jugándose en otro lado, tal vez en la caverna de Platón: el estilo contra el gol y la victoria psicológica contra el puntaje (los uruguayos demoraron con sus mañas y no hicieron un solo tiro al arco; cuarenta años de imperio en ese hábito).

Yo ya venía altamente alucinado con ellos. ¿Cómo imaginar a un equipo que sólo concebía la prístina redondez del cero a cero? Esa política zen en busca de la más extrema transparencia, esa utopía de una cifra que no dice nada para nadie a los uruguayos ya les había dado, sin embargo, dos Copas del Mundo y una presencia de terror y amenaza permanente para los semidioses europeos. Era el año 70, cifra también redonda. Uruguay había ganado los campeonatos del 30 y del 50, de manera que el 70 era una fija.

En los días previos a ese Mundial tuve que soportar muchas burlas. Sucede que algunas radios y diarios me habían preguntado cuál era mi equipo favorito y contesté, invariablemente: Uruguay (lo que reavivó entre mis amigos la sospecha de que, además de escritor, yo era un boludo). Hice algo peor, aposté todo mi dinero en una de esas suculentas "pollas" —por las dudas, aposté a placé—. Y la lenta veteranía de Matosas más la poca cintura de Cubillas colocaron a Uruguay en semifinales; entre los cuatro mejores equipos del mundo… ¿En qué fondo de tabla de posiciones habrán quedado los robots suecos de aquel torneo? "¡El alma ganó!", me dije, y a continuación embolsé unos buenos pesos que todavía me duran gracias a esa demencial apuesta mía a la Historia.

Por aquellos tiempos me consideraba lo que se dice un jugador de casino bastante aceptable, con una banda de amigos, en su mayoría matemáticos, estábamos noche y día entre curvas de Gauss, procesos estocásticos y cálculos de probabilidades. Semanas y semanas sostenidos en pie junto a una mesa de ruleta en Necochea (siempre tenía que ser la misma mesa, para no perder las respuestas afectivas y los jadeos de ese cuerpo de madera, paño y tambor). La posibilidad de que el cero a cero lleve a un equipo a la cima de cualquier torneo estaba, por supuesto, en nuestras conversaciones. En ese loco laboratorio veíamos todos y cada uno de los partidos de esos años para que el cómo y el porqué del fútbol acompañaran, con su transpiración absurda, nuestros limpios cálculos y les dieran un cierto halo de realidad —aunque fuera virtual—. Nunca habíamos pisado una cancha (de hecho, hasta el día de hoy sólo fui dos veces a River para confirmar que

la naturaleza de un partido es arena entre los dedos). Sólo nos interesaba la santidad del juego. El jugador, el jugador de verdad, es un santo; si se quiere, un perverso que no busca ganar o perder, que jamás va a asumir esa vulgaridad. Con su política fantasmal del cero a cero los uruguayos se me hacían el ejemplo último de los santos perversos: el hueco, el "agujero" que se produce en un mundo lleno de resultados. En esa Copa de México gané mucho dinero con ellos. Tampoco me interesó mucho ese dinero.

Han pasado años desde entonces. Los uruguayos no cambiaron su carácter. A veces pienso que, al revés, se fueron sofisticando: ahora tampoco les importa intervenir o no en un Campeonato Mundial. Como si, por contaminación numérica, el cero a cero los hubiera convertido en un sublime cero a la izquierda. La cifra perfecta, la bella utopía de un país que —como los maestros del Tíbet— practica La Nada.

Yo me paso los días en mi reposera, viendo partido tras partido por televisión y recibiendo a amigos que todavía se burlan de mis cálculos. Ellos vienen del tablón; yo, del tablero. Ellos me hablan de tal o cual jugada con observaciones prácticas, concretas, así como en la vida se ganaron su dinero con esfuerzo. Yo no. Yo puedo adivinar los misterios del fútbol uruguayo porque mi única garantía sigue siendo la plata dulce. Por eso conozco la magia de ese fútbol ganado sin esfuerzo.

Diego Lucero

Hoy comienza el campeonato y habrá fiesta para rato

Juancito Añolotti siempre dice lo mismo: "No sé simanoviene es por culpa de mi apellido, yo viví siempre en la olla". Así ha querido expresar este orre de ley y porteño de la primera hora por todos los dobladillos, la alegre mishiadura en la que ha vivido y de la que no se queja. Una vez en un partido que uno de los tiñes me lo tenía al otro metido en el arco y la hinchada, furiosa, gritaba: "A la olla… a la olla…", Añolotti pegó un raje que fue a dar a la provincia, creyendo que la cosa era con él. Juancito es un viejo hincha de… de… que todolosaño cuando la tamanguera season coming the end, o que es lo mismo, por si no manyas el italiano, que quiere decir que cuando la temporada se la finisce, larga la alpargata apenas reintegrado a la home y bate sentencioso, como quien hace el juramento sobre lo Santosevangelio: "Esta es la última temporada que voy al fóbal. Como que me llamo Juancito, argentino, de estado civil casado en primeras y únicas nuncias. A mí no me la chapan más en los tablone. Que vayan otros giles a dejarse chacar por los de la AFA, a garpar espeso, a sufrirla de padecimiento físico y grandes dolores morale, a broncarla con los refles bombero, con los línema vendido al oro de Moscú y con los canas de la Montada que cuidan la boletería y te tiran el yobaca arriba los níspero y si te descuidás, con la herradura te achatan el miñique (el del callorda grande como un imperio). Que vayan otros a ser pulpa de cañón y carne de presidio. ¿Y todo pa qué? Todo para ver, como siempre, marchar pa la conejera a los colores amados, mis viejos colores, mi clu querido, ¡siempre avanti y mai tremare, derrotado o vencedor!". Este monólogo del juramento, Juancito se lo sabía de memoria de tanto repetirlo. ¡Nunca… jamás…! ¡Qué parolas al pepe ésas que se emplean para los grandes momentos! Bueno. Son masomeno como esos que ponen la mano sobre los

Santosevangelio, y hay cada uno que si no le sacan la mano a tiempo, se portan vía los Santo e anche los Evangelios. Cosas sin importancia. Basta tener salú.

Juancito Añolotti, porteño de la primera hora, estuvo en todas. Conoció a Pepe Buruca Laforia el golkipe del Alumni de los Brones, una tarde allá en Barracas; además fue uno de los que desprendió los yobacas del carruaje del Peludo cuando la primera presidencia y se puso él de caballo, por la promesa que le hizo un caudillo de San Telmo de darle un laburo de musolino en la Municipalidad. Promesa, que por suerte para Juancito, nunca cumplió el chanta del comité. Jamás encanalló sus honradas manos laburando. Pero de puro metido, en la güelga de Vasena fue güelguista y en una vuelta lo cacharon los cana y me le dieron una tal mano de charrasca en el lomo, que lo tuvieron que poner en salmuera una semana para abajarle los chichones. Fue uno de los incendiarios de la tribuna de Gisnasia y Esgrima de Palermo, aquella tarde de 1916, que jugábamos contra lo orientale, pisodio inolvidable que fue un ejemplo patriótico de cómo lo hincha de entonce se hacíamo respetar, se hacíamo. Después la votó por Don Marcelo. Estuvo con Giacobini. No faltó a ningún velorio y, cumplidor riguroso con sus deberes de hincha, no hubo una sola doménica de su larga existencia, pobre pero muy limpia, que Añolotti no estuviera presente en el tablón. Ni cuando la gripe española, con cerca de 50 grados de fiebre, que te juro que ya se estaba viendo calavera, dejó de cumplir con un deber, el deber de todo hincha, respondiendo, fiel como un rrope, a la consigna sacrosanta: "de la casa a la cancha y de la cancha a la casa".

Cuando Sinforosa Rapañeta, la fiel consorte de Juancito (el que estuvo en todas) que siempre lo espera de vuelta de los partido con la palanganita pronta para que el coso se remoje los dátiles que vienen echando humo, al escuchar al viejo hincha cantarle en todo fin de temporada y desde hace masomeno cuando el Centenario, la misma milonga prometedora del mentiroso: "nunca más volveré al fóbal…", se me le encara con una cara de esas que dan gana de pedírsela prestada para sustar cobradores y le dice como quien le habla a un caballo: —Ma finíscela de una vez, toco de salame, con eso de prometer que vas a dejar de ir a la cancha.

Desde cuando nombraron presidente al Peludo la primera vez (y que todavía si mal no recuerdo están por darte el empleo) mestás diciendo lo mismo. Y yo… que siempre esperaba que cumplieras, de cuando éramos novio, que todas las doménicas me ibas a yevar al güequend y yo el güequend me lo tuve que hacer yendo a la cárcel a yevarte la repita y el tabaco…

—Pero negra, tené paciencia. Sacrificáte un cachito más. ¿No ves que estoy cumpliendo una promesa? Le prometí a San Pilato no sacarte ni a la vedera hasta que mi clu no salga campión. Van nada más que cuarenta años. Tuvimo mala suerte. Los juece nos mandan al bombo. Tené paciencia. Sacrificáte. No es por mí, es por la promesa. ¿O es que serás una mujer tan sin corazón que me querés hacer quedar como un chancho con San Pilato? —Juancito dijo esto con un aire severo, de dignidad ofendida. La Rapañeta, abrumada, fue a buscar más agua para la palanganita de los pies de su consorte, aquellos pies de hincha cumplidor cuya foja no tiene un solo punto en contra (salvo casos de fuerza mayor, veraneos en Devoto); aquellos pies de porteño de la primera hora, nunca mancillados en la deprimente marcha forzada de los que buscan laburo…

Es que esto del Campeonato es así. Termina la temporada y el hincha, mientras pliega la bandera, no hace más que reflexionarla de estrilo, rencor y bronca. Y saltan las parolas mentirosas de siempre: "Nunca… jamás… si vuelvo a los tablone nomemiremálacara". Y el hombre, el hombre que tiene sentimiento, apenas oye picar una pelota, vuelve. Vuelve como el criminal al sitio donde encajó la puñalada. ¿Qué le vachaché si es más fuerte que uno, si uno el fóbal lo lleva en la sangre? Es que esto es como lo del gotán, cuando el coso que ve volver a la rea que a la final ha querido, le bate la sentencia sobradora: "Entra nomás, no te achiques, serás la madr'emis hijos, pero mi mujer jamás". Eso pasa al final de temporada, por ahí por diciembre, cuando el jazmín del cabo, que es la flor de los pobres, empieza a perfumar los bulines con ese olor lindo que sabe a Noche Buena. El "serás la madr'emis hijos, pero mi mujer jamás" equivale al "nunca más piso un tablón". El que dice aquello es un taita de ley, de los que tienen el corazón duro cuando hay

que tenerlo en afaires de polleras. Pero, pasa marzo… llega abril… es un domingo, por la mañana… el reo está atorrando en esos deliciosos estados de ñaca dominguera mientras estudia la "verde" pa colocar seguróla algunos mangos… Es entonces cuando dentra la fayuta y le dice con sumisión querendona: "¿Querés ñato que te traiga unos matecitos donde la catrera?". El tipo la juna y después, con un tono bastante cabreroide, le dice sin darle ni un jeme de pelota: "Bueno… traiga nomás…".

Y ella llega con el mate amigo, el viejo mate criollo que en la mano de un hombre tiene, en tibieza y en forma, algo de un seno de mujer; que tiene el amargor y el dulzor de la vida misma y que en el corazón lleva escondida una calandria gaucha que canta, como canta el amor, pidiendo más. Ella llega con el mate. Se sienta en el tálamo. Él, sorbe, sin darle boliya, como si no existiera. Pero un derrepente, sin querer, moviéndose para acomodarse mejor para el atorro, se topa con lo que está sentado. Se queda un ratito junto al tomacorriente. Su orgullo le grúa: "Atenti musquiti que se viene el vendaval. Acordáte de lo dicho: '… pero mi mujer, jamás…'". Mentira. Mentira. En el fondo la quiere a la rea que un día le dio el esquivo. Y de pronto, larga el mate, que rueda con su calandria cantora escondida en el hueco de su entraña, la envuelve en un abrazo a la rea y allí queda probado que el amor puede más que el juramento. Porque no se puede jurar contra el amor. Y con el fóbal le pasa al hincha lo mismo. Porque hoy, hoy mismito, en miles y miles de bulines, se escuchará este diálogo siempre repetido y siempre nuevo:

—Negra, preparáme temprano el estofado que tengo de irme a la cancha. —¿Cómo —le dice asombrada la percanta largando la espumadera—, no dijiste y juraste y perjuraste que no ibas a ir más a los tablone?

—Y qué querés… el deber me lo impone, la patria lo reclama. ¿No sentís que están tocando diana?

Es que por la calle ya están pasando los camiones, los camiones del glorioso acarreo que le dan a cada domingo a la porteña urbe, a esta dudad de Nuestra Señora de los Pozos Hondos y Santa María de los Buenos Aires, la fisonomía alegre, única en el mundo, de pueblo que quiere ser feliz y esconde sus pesares en el canto de guerra, siempre repetido y siempre fresco de: "¡Huracán, siempre adelante, derrotado o vencedor!".

Es un pueblo que quiere ser feliz. Y que el domingo lo es porque de mañana se levanta con campanas, y de noche se acuesta con la música del picar de la pelota, campana sonora de la emoción sin par del fútbol, que es para el pueblo pasión, locura, impulso, arrebato, ira, estruendo, llanto, risa, fiesta.

Marcos Mayer

Ver o jugar

Vos lo veías durante los entrenamientos y entendías eso que le resultaba tan incomprensible a la tribuna: que aunque el equipo cambiara una y otra vez de técnico, Di Pietro siguiera siendo titular. Es que cuando empezaba el partido de la práctica, después de la sesión de gimnasia, Di Pietro se transformaba en un verdadero crack. Ya sé, la palabra es vieja, pero ¿qué querés?, yo también soy viejo. No era que Di Pietro siempre la rompiera, ni que no se perdiera goles imposibles como lo hacía en los partidos oficiales. Pero vos lo veías enganchar la pelota con la zurda y sacudirla contra el palo del arquero y lo que te transmitía era una confianza tan grande en sí mismo que cualquier técnico se sentía en la obligación de darle la once o la nueve en el momento de armar el equipo para el domingo.

Y cuando empezaba el partido de verdad, vos lo veías a Di Pietro desde la platea o del palco de periodistas y parecía más chico. Como si los brazos se le adelgazaran y los pulmones necesitaran menos aire. Como si usara un número menos de botines de los que llevaba puestos y los pies le bailaran adentro del cuero. Pero la cara no decía nada de este cambio. El pelo bien aplastado, recién mojado, como para que se viera la frente amplia, los ojos chicos y poco distanciados entre sí, los labios pegados. Entraba siempre tercero o cuarto, después del capitán y del arquero y posaba de pie para las fotos, y no de cuclillas, como suelen hacer los delanteros, siempre con los brazos pegados al cuerpo y la mirada perdida en algún punto lejano.

En una entrevista le pregunté por qué no cruzaba los brazos como hacen los demás jugadores cuando posan de pie en las fotos. No me acuerdo bien qué me contestó, pero la pregunta lo sorprendió y se miró las manos. Creo que se limitó a

responderme con una sonrisa, apretada, apenas insinuada en las comisuras de los labios. Pero no puedo estar seguro, siempre andaba con esa sonrisa a cuestas, que parecía una manera de decir que nada le preocupaba demasiado, incluso se parecía a esa mueca que le venía a la cara cuando se erraba algún gol.

Después de las fotos se ponía a hacer jueguito cerca de la mitad de la cancha, no se ocupaba en pelotear al arquero ni hacía pases a sus compañeros. Estaba ahí solo, en el medio del espectáculo, él y la pelota, como si no importara ninguna otra cosa.

Te aseguro que es muy difícil llegar a entender lo que le pasa por la cabeza a un jugador de fútbol. Cuando les toca hablar, ya sea frente al micrófono o en la intimidad, la mayoría repite una serie de frases hechas, explicaciones remanidas. Lo que sí me sigue asombrando después de más de treinta años de cubrir partidos para la radio y los diarios, es el entusiasmo con que dicen estas obviedades, a pesar de que ven o imaginan la cara de aburrimiento del que se las pregunta. Los futbolistas son gente que cree en las obligaciones, en la disciplina, en el valor del dinero y del tiempo. Por eso pueden ser profesionales de algo que para los demás es un juego o una pasión.

Di Pietro no desentonaba mucho con este perfil. Si no le hablaban no hablaba, llegaba temprano a entrenar, hacía gimnasia casi con furia y se lesionaba poco, pese a que le pegaban bastante, tanto en los entrenamientos como en los partidos. En esas circunstancias nunca perdía la calma, se levantaba del piso, miraba fijo a los ojos de quien lo había golpeado —creo que de una manera casi contable, como acumulando algo que suponía natural a su función de delantero de punta— y se ubicaba para recibir la pelota del tiro libre. Jamás le protestaba a un árbitro por un foul no cobrado, se ponía de pie, apretaba los brazos contra el cuerpo y seguía corriendo. Era, como lo definió un colega en una nota de presentación cuando hacía poco que empezaba a jugar en la primera de River, "pura voluntad".

Yo pienso, o pensaba antes del episodio que le costó definitivamente la titularidad, que era un perfecto indiferente. Bastaba verlo en los vestuarios antes de un partido importante. Nada se leía en su mirada ni en sus movimientos. Mientras lo masajeaban cerraba los ojos y respondía con monosílabos a las palabras de aliento del kinesiólogo. Luego se iba a un rincón y apoyando la espalda desnuda contra los azulejos, se colocaba las vendas en los pies, luego las medias y los botines, y golpeaba los pies contra el piso como para comprobar que estuvieran bien ajustados. Después levantaba la camiseta y se detenía un poco contemplando el número en negro contra el fondo blanco y rojo como si estuviera tratando de fijar mentalmente su posición en el campo y se la ponía. Recién después se mojaba el pelo y se peinaba. Mientras tanto, la gente que gritaba afuera hacía sentir su presencia en el vestuario. Y Di Pietro iba haciendo sus movimientos cada vez más lentos.

Recordando esas escenas se me ocurre que los jugadores de fútbol no piensan, al menos no con palabras o imágenes como lo hace la mayoría de las personas. Todos estos movimientos de Di Pietro eran su manera de pensar, aunque también de esta forma hacía tiempo. ¿Para qué? Tal vez para vaciar su mente que sin dudas debería estarse llenando con el bullicio que llegaba desde las tribunas. Pero ¿de qué debe vaciarse la mente de un jugador antes de entrar a la cancha? Una vez me lo dijo un técnico. "Todos estos tipos están llenos de emociones, por más que digan lo contrario, son un manojo de nervios. Por eso la cabeza se les llena de recuerdos y siempre hay algo malo que se les mete entre los pensamientos. Un gol errado, o un gol tonto que le hicieron si se trata de un arquero, una vieja lesión, un problema familiar".

Lo que Di Pietro tenía para olvidar era su nombre. Se llamaba Ángel Walter y el nombre se lo había puesto el padre por Labruna y Walter Gómez. Como si tuviera que condensar en sí toda la capacidad goleadora de Angelito y la habilidad del uruguayo.

Mucho para un pibe que, además, odiaba el nombre que se acercaba más a su manera de jugar: Angel. Todos desde chico le decían Walter, que, con todo, era un nombre menos anticuado que Ángel.

De todas maneras, ese día el partido no era muy importante. River andaba por la mitad de la tabla en ese campeonato y jugaba en su cancha contra un equipo chico. Pero River venía de perder con Boca en un partido en el que Di Pietro se había perdido dos goles hechos por apurado. Así que, cuando se anunció su nombre con la camiseta nueve, empezaron los silbidos. Que siguieron cuando entró a la cancha y cada vez que tocaba la pelota. Walter seguía como si nada ocurriera a su alrededor, como si esa rechifla fuera parte del aire o no le estuviera destinada especialmente. Corría, pateaba de afuera del área, se tiraba a los pies de los defensores, pero eso era lo que hacía siempre. Así que nada podía hacer pensar que ése sería un domingo diferente. Ni siquiera después de que Di Pietro le pusiera una pelota en diagonal al puntero derecho, Morales se cayera dentro del área y el referí marcara un penal que no se creyó nadie.

El técnico mostró las manos y marcó "nueve", para que lo pateara Di Pietro. Son cosas que no se ven desde la tribuna, pero sí las ves cuando estás en el palco de periodistas. Walter pareció no darse cuenta y se alejó del área. Un compañero puso la pelota en el punto del penal y buscó al nueve con la mirada. Allí estaba, como uno más, las manos apoyadas en la cintura, mientras se iba acercando al área. El referí levantó las cejas como si pudiera así apurar el trámite. Pero la lentitud con que todo ocurría parecía poner más de manifiesto su error. Finalmente Di Pietro se puso frente a la pelota. La rechifla no paraba. Walter cerró los ojos como si el sol le diera de frente y empezó a correr después de santiguarse. "No es por amor a Dios, sino por temor de Dios", explicó un viejo periodista, más viejo que yo y más dispuesto que la mayoría de la gente a considerar a los futbolistas como a personas indefensas frente a algo que los excede. La pelota se fue al lado del palo izquierdo.

Hubo un largo silencio. Era como si la tribuna viera confirmados todos sus pronósticos y no supiera muy bien a quién odiar, si a ella misma por saber de

antemano lo que iba a suceder o a Di Pietro por confirmar lo que todos suponían que iba a hacer. Desde ese momento se acallaron los silbidos, y también el aliento para el equipo. Era como si el partido se hubiera terminado o, más aún, como si hubiera dejado de interesar. Por supuesto, no era cierto. Lo que el error de Di Pietro había provocado era que cada uno debiera empezar a preguntarse qué era lo que estaba haciendo en la cancha en lugar de estar en cualquier otro lado, en su casa, en un bar, con una mujer o con un amigo.

El partido entró en una meseta. Todos parecían prestarse la pelota y así terminó el primer tiempo. Traté de entrar al vestuario. No me dejaron pasar. Quería hablar con Di Pietro y le hice una seña a través de la puerta entreabierta. Se asomó con una sonrisa apagada en el rostro. No supe qué decirle. El me miró y explicó que hay que errar penales de vez en cuando. No me convenció.

En el segundo tiempo todo parecía seguir rumbo a un cero hasta que Morales le tiró la pelota en diagonal a Di Pietro que, después de gambetear a su defensor, le pegó un latigazo a la pelota y la clavó al lado del palo izquierdo. El silencio se rompió. Todavía abrazado por sus compañeros Di Pietro se dio vuelta hacia la tribuna, levantó los brazos y los cruzó en dirección a la gente. Les estaba diciendo que no, que no festejaran, que el gol lo había hecho él, que ya era demasiado tarde para celebrar nada, que él estaba jugando a solas un partido sin gente. La tribuna siguió gritando, indiferente a su gesto.

Ese día Di Pietro hizo tres goles más. Uno de cabeza, otro de afuera del área, uno de tiro libre (el único en toda su carrera). Las tres veces hizo que no a la tribuna, hasta que logró el silencio en el último gol. Entonces le dio la mano al árbitro y pidió el cambio. Sacó la cabeza antes de que el técnico lo palmeara y se metió en el vestuario.

Dejé la platea y bajé a verlo.

Estaba sentado, la espalda apoyada contra los azulejos blancos, y al verme sonrió:

—¿Vio que de vez en cuando hay que errar un penal?

—¿Por qué no dejaste que gritaran tus goles? —le pregunté, sin atender a lo que me había dicho.

—No tienen derecho, no tienen derecho. Ni a que me los pierda ni a que los haga. ¿Qué mierda vienen a hacer? ¿A gritar? ¿A putearme?

Me pregunté si tenía que contestarle.

—La verdad, no sé a qué vienen —continuó—, debe ser porque nunca fui a la cancha. Yo juego, no veo.

Y cerró los ojos chiquitos, se pasó la mano por el pelo y empezó a guardar sus cosas en el bolso.

—Pobres tipos, no pueden jugar al fútbol.

—Yo tampoco —le dije.

—¿Y a mí qué me importa? —fue lo último que dijo antes de meterse en la ducha.

Pacho O'Donnell

Falucho

Ruiz forcejeó con la puerta atascada hasta hacerla ceder con un crujido y el picaporte quedó vibrando en su mano mientras miraba el cielo con los ojos entrecerrados por la miopía y por el sueño. Algunas nubes, desteñidas por el amanecer, se desplazaban empujadas por el viento que también arrastraba hojas secas y papeles haciéndoles hacer piruetas entre la tierra que se alzaba de la calle. "Son nubes de viento, no de lluvia", diagnosticó, ensordecido por la costumbre al concierto de sapos y grillos. Una cuadra más allá se hamacaba el único farol del barrio arrojando baldazos de luz sobre las casas humildes desparramadas anárquicamente, sin otra ley urbanística que la necesidad.

Con movimientos pausados pero sólidos Ruiz volvió a cerrar la puerta tirando del picaporte hacia arriba para encajarla en su marco. "Revisar las bisagras", volvió a pensar como si ese pensamiento no fuera más que el último paso de la maniobra porque sabía, estaba seguro, que no se trataba de un simple tornillo flojo sino que la madera barata había terminado por hincharse y arquearse desigualmente. Como también se había curvado el techo, amenazando con derrumbarse en cada lluvia. Es que las casas prefabricadas, sobre todo las muy económicas, terminan por arruinarse. Como los pantalones o los ventiladores. Les pasa como a las de los chanchitos haraganes del cuento de Juan Carlitos, viene el lobo y de un soplido las echa abajo. Aunque el cuento de la realidad es distinto. Porque Ruiz no era haragán. Él trabajaba igual que todos. Igual que la mayoría. No podía decirse que su trabajo lo entusiasmaba pero tampoco le sacaba el bulto. Nunca había sido flojo para eso, ni de chico.

No iba a llover y eso lo alegraba. Pero en esto no tenía nada que ver el techo abombado porque Ruiz nunca lo miraba. Había aprendido a no levantar la vista y entonces las manchas de humedad y las junturas desplegadas no existían. Cuando el techo se derrumbara, si se derrumbaba, porque hacía ya varios años que amenazaba inofensivamente, entonces habría que ocuparse de eso. Porque no hay forma de reparar el cartón prensado. Solamente es cuestión de esperar y confiar en que no pase nada. O en que dure lo más posible.

Lo de la lluvia, mejor dicho lo de la no lluvia, era bueno porque entonces no habría peligro de que el partido se suspendiera. La noche anterior se había acostado con alguna preocupación porque la luna mostraba a su alrededor ese halo claro que es presagio de tormenta. Pero no, hoy el día despuntaba promisoriamente.

Ruiz abrió la boca y los pulmones se le llenaron del aire que después expulsó en un bostezo que fue agonizando en una especie de quejido. Puso la pava sobre el fuego y dejó la yerba sobre la mesa. Después se sentó a esperar, con la mirada fija en las llamas, pensando. Pensaba en Juan Carlitos porque el viento empujaba la casa, haciéndola crujir y entonces se acordó del lobo y los chanchitos que a Juan Carlitos le gustaban tanto. Antes, porque ahora había crecido y ya no lo perseguía con el librito.

A Ruiz le hubiera gustado haberle dicho menos veces que no tenía tiempo, que estaba cansado, que se lo pidiera a la madre. ¿Dónde estaría el librito? Hacía mucho que no lo veía y lo entristeció pensar que se habría roto o perdido. Ojalá que estuviera en el fondo del ropero. Se prometió buscarlo. No sabía para qué, a lo mejor para guardarlo de recuerdo. Porque Juan Carlitos ya no leía esas cosas. Ahora Juan Carlitos se encerraba en el baño.

—Tenés que hablarle —le había dicho su esposa. O su compañera. O su concubina. Nunca supo cómo llamarla. Yolanda. Que ahora dormía con esos resoplidos que le llegaban de la pieza de al lado. En cambio a Juan Carlitos no se lo

escuchaba. Los chicos no hacen ruido al dormir. Respiran mejor. Cuando uno envejece se va poniendo feo y hace ruido al dormir.

Se alzó dándose un suave envión con las manos sobre las rodillas y caminó hasta la ventana para observar el reflejo de su cara pintada de celeste por la claridad del sol a punto de aparecer. "El sol de Mayo" pensó sin darse cuenta recorriéndose la cara con la yema de los dedos.

Su cara siempre le había parecido ajena, como si no le perteneciera. O como si nunca la hubiera tenido en cuenta. En realidad pocas veces había podido ocuparse de su cuerpo. Ni siquiera cuando hundía el miembro en la cavidad que Yolanda le ofrecía de vez en cuando. Como la noche anterior, en que una vez más se habían abrazado con esa violencia que sólo era una desesperanzada búsqueda del verdadero placer que sus cuerpos no estaban entrenados para alcanzar. Algunas veces, al principio.

La pava comenzó a soplar y Ruiz apagó la hornalla. Cebó el mate y lo probó cuidando de no quemarse. Después buscó la tijera y la radio portátil y por fin cargó con alguna dificultad la pila de diarios que, como todas las semanas, había ido creciendo en un rincón. Eran varios los que lo ayudaban a juntarlos: algunos en el ministerio, el panadero del cruce, el zapatero que vivía en el fondo. Antes Juan Carlitos también lo ayudaba, pidiéndoles diarios a sus compañeros de escuela o recorriendo el barrio y golpeando las puertas. Antes. Últimamente Juan Carlitos se interesaba menos por sus cosas. Ya no lo acompañaba tampoco al ministerio para meterse en el ascensor y quedarse muy serio, casi solemne, observando cómo el padre accionaba la palanca, abría y cerraba las puertas, numeraba los pisos, respondía a las consultas.

—Al fondo del pasillo, izquierda, oficina doscientos diecisiete.

Era lindo darse importancia comentándole en voz baja que ese señor que acababa de bajar en el cuarto tenía un vagón de guita o guiñarle el ojo para hacerlo cómplice de su trato confianzudo con la rubia medio puta y después guiñárselo

otra vez con una sonrisa dándole a entender lo que nunca había sucedido. A veces se hacía el gracioso y gritaba los pisos con voz aflautada y entonces se reían juntos. Sí, era lindo que Juan Carlitos lo admirara como cuando le contó que Zubeldía había subido en el ascensor y que habían charlado de fútbol.

—Se ve que es un tipo macanudo.

Después le prometía:

—La próxima vez que suba le voy a pedir un autógrafo para vos, ¿querés?

Y Juan Carlitos sacudía la cabeza esperanzado, los ojos brillantes. Pero Zubeldía nunca más volvió a viajar en su ascensor, y de haberlo hecho Ruiz quizás no se hubiera animado a ir más allá del "chau Zubeldía" intimidado de la primera vez, apenas correspondido con una sonrisa rápida y dos o tres dedos levantados.

Juan Carlitos tampoco volvió a subir al ascensor porque fue creciendo y ahora se pasaba la mayor parte del día con esos amigos que a Yolanda no le gustaban.

—A mí no me gustan y no me gustan. Juan Carlitos es muy bueno y se deja convencer por cualquiera. El padre del rubio gordito ése está preso por chorro.

Yolanda iba aumentando la presión y se encrespaba como gallina enfurecida.
—Tenés que hacer algo, Ruiz, antes de que sea demasiado tarde. Vos sos el padre, ¿no?

Pero a Ruiz no le era fácil conversar con Juan Carlitos. Las cosas ya no eran como antes, cuando Juan Carlitos escuchaba en un silencio admirado lo que ocurría dentro del ascensor. Ahora no, ahora el hijo estiraba irónicamente o bostezaba demostrándoles aburrimiento. También decía, a veces tranquilo, otras furioso, otras entusiasmado:

—Yo no voy a ser un boludo como ustedes que se cagaron la vida por pobres. Yo voy a tener guita.

Ruiz había dejado el mate vacío sobre la mesa y con la tijera cortaba tiritas de uno de los diarios. Después tomaba un ramillete de las tiritas para seccionarlas transversalmente haciendo que los papelitos cayeran dentro de una bolsa de polietileno que había ubicado entre sus pies. La radio transmitía música y avisos y de vez en cuando los locutores se referían a la fecha patria, a la jornada en que nuestros antepasados sellaron la argentinidad dándonos la libertad que ahora gozamos, ese día lluvioso en que a la faz de la tierra surgió una nueva y gloriosa nación.

Ruiz recordó desvaídamente aquel cuello alto que había dibujado en la escuela. ¿De quién era? Lleno de firuletes que había que pintar con el lápiz amarillo y después rellenar los espacios de azul. Juan Carlitos había dicho que no quería ir más a la escuela y a Yolanda se le habían llenado los ojos de lágrimas. "Vos no querés ser un boludo como nosotros", le había dicho él, "para eso tenés que estudiar". Juan Carlitos ni siquiera los había mirado, como quien escucha a locos o a idiotas para enseguida ir a juntarse con la barra, a desaparecer durante la mayor parte del día, a esconder sus descubrimientos, sus secretos, sus proyectos. Para Juan Carlitos crecer era maltratarlos, a él y a Yolanda, enrostrarles su fracaso, demostrarles que eran unos boludos, buscar una manera distinta de vivir. Les mostraba lo que ellos no querían ver, en un acuerdo mudo y viejo. El techo vencido, los malvones que no podían crecer en la tierra gredosa, las cuadras de tierra o barro hasta el único colectivo de la zona, el fastidio de buscar agua en la bomba.

—Banderas argentinas, distintivos, compre en Longobardi —decía la radio.

Después:

—Pase las fiestas patrias con su familia en restaurante Savoy. Juegos, cotillón y mucha alegría. Precios familiares.

Los papelitos seguían lloviendo dentro de la bolsa. Ruiz alzó los ojos y miró el cielo encuadrado por la ventana, sin curiosidad, sabiendo que ya había

amanecido y que el azul estaría emblanquecido por las nubes. "No va a llover", insistió inútilmente.

El azul y blanco de nuestra bandera, de nuestra nacionalidad, de nuestra fecha patria que servía para que los locutores invitaran a comprar, viajar, festejar, bailar, todas esas cosas que ni él ni Yolanda podían permitirse porque con lo que él ganaba durante las doce horas diarias que se pasaba en el ascensor, y gracias que le habían dado cuatro horas extras, y con las changas de costura y lavado que Yolanda conseguía en el barrio, apenas les alcanzaba para vivir.

Juan Carlitos tenía razón, era un boludo, pero él había vivido como le enseñaron, él siempre creyó que eso era lo que había que hacer. Trabajar para progresar, formar una familia, tener una casa, criar hijos. Eso era la vida. Pero a lo mejor Juan Carlitos tenía razón, a lo mejor ellos eran unos boludos porque no podían pagar nada de lo que la fecha patria les ofrecía. Solamente esa escarapela que todavía estaría prendida del uniforme.

—Mañana todos traigan escarapela —había indicado Martucci—. Orden de arriba así que nadie se olvide.

Ruiz la había comprado en la estación. La más barata. Siempre compraba lo más barato. Lo que podía comprar un hombre que se pasaba doce horas subiendo y bajando por la médula del ministerio encerrado en esa caja metálica que conocía más que su propio cuerpo. Como si fuera su propio cuerpo. Ruidos, latidos, cansancios. En el tercero siempre se pasaba así que había que tirar de la puerta un segundo antes. El picaporte del sexto estaba duro y había que aceitarlo. Las lamparitas de los indicadores del segundo, cuarto y sexto estaban quemadas desde hacía meses. El cartel en planta baja decía que el ascensor no paraba en el primero pero estaba tan despintado que la gente aprovechaba para no hacerle caso y Ruiz no se animaba a seguir hasta el segundo, conformándose con la idea de que lo hacía porque era un buen tipo.

—Lo que pasa es que ustedes son unos cagones, nunca se animaron a progresar, porque para triunfar en la vida hace falta tener bolas. Y yo voy a triunfar aunque tenga que hacer cualquier cosa.

El padre del rubio gordito estaba en cana por chorro. Un año y chau, libre. La guita nunca la encontraron. Después iba a poder viajar a Carmelo, aproveche las fiestas patrias, el Uruguay lo espera, un verdadero crucero de placer o ir al match de polo que se jugará esta tarde en conmemoración de la gesta de Mayo enfrentándose los conjuntos de Coronel Suárez y Santa Ana, reeditando una vez más la clásica confrontación con la presencia de altas autoridades nacionales.

Ruiz movió la mano en el aire, bruscamente, como ahuyentando las moscas que volaban más allá, atraídas por la luz, describiendo trayectorias perezosas. Y desdeñándolo. El insecticida más barato por favor. El Raid es muy caro. Total son iguales. Pero las moscas seguían dibujando curvas y contracurvas haciéndose invisibles al entrar en la penumbra de los rincones o al aterrizar sobre el piso oscuro.

Se estiró para tomar una Crónica vieja y antes de cortajearla leyó el título de enormes letras: “Perón enfermo”. En ese momento Yolanda entró en el cuarto y Ruiz se dio cuenta de que hacía ya un rato que se escuchaban ruidos desde la habitación vecina. No se miraron. Hacía mucho que no se miraban. Como si no hubiera nada que ver en ellos. Como si no hiciera falta mirarla para saber que Yolanda tendría la cara hinchada y surcada por las marcas de la almohada, algún mechón balanceándose delante de su frente, el batón descolorido atado con una piola, ese cuerpo gordo que se hundía gelatinosamente debajo de sus manos cuando trataban de inventar el amor, sus pies arrastrando los mocasines viejos.

Durante un rato sólo se escuchó la radio, el tijereteo y los preparativos de Yolanda para el café con leche.

—¿A qué hora llegó Juan Carlitos?

Ruiz alzó los hombros y estiró la boca aunque Yolanda le diera la espalda. —Cada día llega más tarde —insistió ella mientras Ruiz levantaba la bolsa transparente para constatar el nivel de los papelitos. Iba por la mitad. Yolanda miró en derredor y después apagó la luz. Para ahorrar. Hornear pan viejo, secar cuidadosamente la hojita de afeitar, usar la ropa hasta deshacerla, no tomar jamás un taxi, tener solamente un hijo y abortar los demás.

—Mejor criar uno bien y no muchos mal —habían sollozado juntos, la piel de Yolanda hirviendo por la fiebre, aterrorizados por el castigo divino.

Pero a Juan Carlitos no le bastaba lo que ellos le daban.

—Los demás pibes tienen muchas pilchas y yo, mirá, parezco un atorrante, parezco.

Entonces Yolanda bajaba la mirada, con vergüenza, dándole la razón y Ruiz gritaba, enfurecido, y lo corría para pegarle, al único hijo que no habían abortado para darle todo, para que no le faltara nada, no le quedaba otra alternativa que ésa, aullar fuera de sí, esquivando las sillas que Juan Carlitos volteaba a su paso, forcejear con Yolanda que lo puteaba, que lo atajaba con esa fuerza que siempre lo sorprendía, que le gritaba que también era hijo de ella, que si le tocaba un solo pelo se iban a ir de una vez por todas y lo iban a dejar solo. Solo como un perro. Después venían esos días terribles, angustiantes, en que tampoco le quedaba otra alternativa que estar en silencio, inventando una cara de severo, de padre enojado, porque a un padre no se le falta el respeto, no debía permitirlo, el suyo jamás lo había permitido, mientras por dentro se derretía en ganas de que lo mimaran, de que Yolanda y Juan Carlitos le sonrieran y lo tomaran en broma. Pero Juan Carlitos, hamacándose en la silla, escondiendo tristeza detrás de esa voz displicente, fría, anunciaba que iba a dejar de estudiar para trabajar.

—En algo bueno, que dé guita.

—Hacé lo que quieras —decía entonces Ruiz, como si no le importara, porque un padre no afloja, un padre se tiene que hacer respetar.

—Sos muy blando vos, este chico va a terminar mal.

Entonces él:

—Mirá quien habla, si vos lo estás defendiendo siempre.

Ella:

—A golpes no se arreglan las cosas. Vos siempre querés arreglar las cosas a golpes. Lo que Juan Carlitos necesita es que le hables, que le expliques.

Como si Ruiz supiera cómo eran las cosas. A lo mejor Juan Carlitos tenía razón.

Qué podía explicarle él. Boludos.

Se alzó de su silla y caminó hasta la puerta del dormitorio, se asomó y vio el bulto sobre la cama. Retuvo la respiración para escuchar la de Juan Carlitos y después volvió a sentarse, aliviado. Siempre había sido igual. Cuando Juan Carlitos era chiquito se sobresaltaba y corría hasta la cunita para constatar que respiraba. Lo acariciaba a lo mejor tratando de que se despertara y así estar con él un rato, por lo menos un rato, arrojarlo al aire y abarajarlo entre las risas exaltadas del pibe, que no dudaba en confiar en esos brazos.

Porque entonces Juan Carlitos confiaba en él. No lo juzgaba. Y a Ruiz le gustaba agacharse sobre la cuna y besarlo en el cuello aspirando ese olor a bebé, mezcla de transpiración, talco y pis, taparlo cuidadosamente para que no tuviera frío y desear que llegaran el sábado y el domingo para estar con él. Porque durante la semana su hijo dormía cuando se iba al ministerio y al regresar ya estaba durmiendo otra vez y el día de Juan Carlitos se reducía a los relatos de Yolanda a veces entusiastas y a veces cansados de acuerdo a su estado de ánimo. "Y qué más", preguntaba Ruiz, insaciable.

Casi sin darse cuenta había recortado la palabra “Perón” y la había dejado a un lado, indemne. Después se estiró para recoger otro diario. Yolanda se sentó a su lado y Ruiz sin necesidad de mirarla supo que sus ojos se perdían en el vacío mientras revolvía el café distraídamente. Tuvo la impresión de que iba a decir algo pero también supo que iba a seguir en silencio. Como de costumbre, como si ya no hubiera nada de qué conversar. También era habitual esa sensación de desagrado, esas ganas de que Yolanda no estuviera tan cerca, de que no tuviera esa barriga que lo avergonzaba cuando salían juntos, que el labio superior no terminara en esos pelos absurdos, que no se succionara la saliva tan seguido. Pero su rechazo se enroscaba indisolublemente con la ternura, con el no poder imaginarse sin Yolanda, agradeciéndole que lo salvara de la soledad total, del no poder compartir ese absurdo de lo cotidiano.

—… constitución de los equipos —estaba diciendo el locutor y Ruiz hizo un movimiento veloz para elevar el volumen. Escuchó varios avisos intercalados, jabones, lavarropas, muebles, vinos, la mayoría referidos al glorioso 25 de mayo. Después siguieron los nombres de los jugadores, con las pausas al final del arquero, backs, línea media y delantera. Escuchaba con atención, con verdadero interés, esperando a Vélez.

Porque el fútbol, su pasión por Vélez, era lo único que insuflaba algún entusiasmo en la vida de Ruiz.

Antes del Prode él era el encargado de organizar la polla en el ministerio y durante años recolectó los papelitos y las apuestas con una prolijidad y una honestidad obsesivas. El fútbol y Vélez eran sus temas de conversación inevitables.

—¿Y Ruiz, qué les pasó el domingo? —le decían con expresión sobradora cuando perdían y otras era él el que hacía cargadas eufóricas, con esa brevedad de los viajes en ascensor. De fútbol también conversaba en el bar, intercalando sorbitos de grapa. El fútbol era lo único capaz de hacerle mover los brazos cuando hablaba, alzar la voz con énfasis, dar golpes sonrientes en espaldas ajenas, y recibirlos.

—Vélez Sársfield formará de la siguiente manera:

La puta madre, otra vez lo ponían a Asad en vez del pibe de la tercera.

—¿Me planchaste la bandera? —preguntó casi con sadismo, vengándose del director técnico, descontando en la boca de Yolanda esa mueca crispada de todos los domingos. O de ese 25 de mayo en que también había partido. Fomentándole la envidia por ese pedazo de su vida que ella trataba de equilibrar infructuosamente con los fatigosos viajes hasta Garín para visitar a su prima Gladys, dejando pasar el tiempo hasta que él volviera después del partido y de los comentarios en el bar. Haciendo de cuenta que ella también tenía cosas que hacer, escenas donde incluirse.

Las manos redondas y opacas que aparecían a un costado del campo visual de Ruiz, sus arrugas dibujando un follaje tupido y tenue, más allá de la tijera incesante y de esas tiritas de los diarios, desgarraron un pedazo de pan con torpeza y sin brusquedad mientras la voz rumoreaba esa protesta invisible que Ruiz hacía ya mucho que no oía. Como no se escuchan los ruidos sin sorpresa que terminan por parecerse al silencio. Que si se creía que no tenía nada que hacer, que ya estaba harta de lavar esa porquería, qué se creía, que en vez de ocuparse de Juan Carlitos, que el único día que tenían para estar juntos, que si por lo menos volviera enseguida en vez de quedarse en el bar, que eso no era vida. Todo dicho en un susurro, sin entusiasmo, como un episodio de una liturgia sin contenido.

Ruiz miró la bolsa. Ya faltaba poco. Dejó la tijera y el diario mutilado sobre la mesa y volvió a forcejear con la puerta hasta abrirla. Dio unos pasos y respiró hondo. Sabía que a pocos centímetros de sus pies desnudos estaban los palos secos y amarillentos de los malvones pero no los miró.

—Ni las plantas crecen en este lugar de mierda —había dicho Juan Carlitos con un tono afilado que lastimaba más por la decepción que escondía que por la agresividad que demostraba. Confusamente, pero con la suficiente claridad como para no poder defenderse con la acusación o el despecho, Ruiz descifraba en Juan

Carlitos la necesidad de atacarlos, de destruirlos en su interior, de no quererlos por miedo a quedarse él también enredado en esa vida que no deseaba como futuro. Ruiz sólo podía escudarse detrás de ese tono de padre severo que esgrimía desesperadamente, como la silla del domador, para que los zarpazos de Juan Carlitos no lo alcanzaran. Que no lo destrozaran. Por Dios, que no lo destrozaran tanto.

—Si querés irte te vas, podés irte cuando quieras, pendejo de mierda, insolente.

De vuelta venía el zarpazo inevitable, eficaz, despiadado.

—Cuando pueda me voy, claro que me voy a ir.

Y se iba a ir, Ruiz sabía que se iba a ir. Otra vez miró hacia arriba. Un pajarito cruzó su visión con un vuelo desparejo. El viento traía el olor a azafrán de la fábrica vecina. A lo lejos un vecino alzó el brazo para saludarlo y él le contestó. Era Medina el paraguayo, estibador, hincha de Boca. Con Boca habían empatado en la primera fecha. Si no hubiera sido porque Benito se erró ese gol en el último minuto. Los cadáveres de los geranios al lado de sus pies. No iba a hacer mucho frío. Más o menos. La bufanda y listo. Era brava la hinchada de Chacarita, medio cabreros eran. Abrió y cerró la mano para desentumecerla, para espantar esa fatiga dolorosa de la base del pulgar. Un poco más y la bolsa estaría llena y sus dedos podrían descansar. Toda llena hasta el tope. Los papelitos y la bandera. Mucho más chica que la de la barra brava, ésa que habían tardado dos meses en coser, quince metros tenía. Pero la suya era linda también. Era lindo que fuera suya. Ruiz respiró hondo y el frío le ocupó el tórax. También era lindo que fuera jueves y él ahí en la puerta de su casa, lejos del ministerio, lejos del ascensor de mierda, sintiendo el aire frío que entraba y salía de su cuerpo. Sin que el turro de Martucci se paseara frente a los ascensores con la pinta de un general, como si fuera el dueño del ministerio. Todo porque lo habían puesto en la categoría superior y eso lo hacía sentirse con derecho a tratarlos como si fueran no sé qué, sus esclavos. Algún día lo iba a hacer cagar al

Martucci ese. Ruiz no se dio cuenta de que de inmediato había suspirado con resignación, como sabiendo que jamás lo iba a hacer cagar a Martucci. A Martucci ni a nadie. Porque para hacer cagar a alguien había que tener algún poder, alguna fuerza, como las treinta lucas más de sueldo de Martucci o la juventud de Juan Carlitos o la hijaputez del bigotudo sonriente que les había vendido la casa. Garantizada por veinte años.

Pero era lindo que ese jueves fuera feriado, gracias a los próceres que hacía un montón de tiempo habían declarado la independencia. No, la independencia no. La libertad. Dado la libertad. Se acordó: Saavedra, aquel tipo serio con el cuello alto que había que pasarse largo rato pintando de amarillo y azul. Cualquier cantidad de firuletes. Un día lluvioso y paraguas. Si ese 25 de mayo hubiera habido fútbol a lo mejor la fecha se suspendía. El cabildo, no, con mayúsculas, el Cabildo. Palomas. ¿Habría palomas entonces? A lo mejor habrían cagado encima de alguno de los próceres. Decidió guardar el chiste en su memoria por si se daba la oportunidad.

Ruiz había vuelto a empuñar la tijera y cortaba la última Razón. Los papelitos caían en infinitas trayectorias. Algunos girando sobre sí mismos, otros hamacándose en el aire, otros a plomo, otros esquivando la boca de la bolsa para aterrizar sobre las baldosas. En los fondos de su conciencia, Yolanda evolucionaba por la habitación, quizás preparándose para visitar a la prima de Garín y haciendo con la boca ese ruido de succión que se parecía tanto a un permanente chasquido de fastidio.

—Aprovechen las fiestas mayas para visitar el túnel subfluvial. Agencia Calcos.

Planes a crédito.

—Revista Anteojito trae de regalo un Cabildo troquelado para armar, una reproducción del Acta del 25 de Mayo y otros obsequios. No dejes de comprarlo.

—Fiesta de la argentinidad en Bragado. Doma, yerra, fiesta campera. Bragado lo espera.

Ruiz ató la boca de la bolsa con un piolín, cuidadosamente. Después estiró los brazos e hizo crujir sus dedos contento de haber terminado. En ese momento sintió los ojos de Yolanda fijos en su nuca. Sin saber por qué, como violando él también una consigna, se dio vuelta para mirarla y entonces la vio allí de pie, con el cable del enchufe en una mano, gorda, avejentada, fea, arruinada, como si la muerte le asomara ya en los ojos opacos, como si un llanto muy viejo y contenido le hubiera arrugado la piel alrededor de los ojos, como si nada en ella pudiera despertar sino lástima, pena, dolor, Yolanda allí parada, diciendo algo sobre el cable, que era una vergüenza que todavía siguiera así, que era nada más que un minuto, que por favor Ruiz qué te cuesta, y diciéndolo suavemente, casi con ternura, como gritando socorro Ruiz salváme, envuelta en ese batón tan viejo y descolorido como ese gesto que se parecía o quería parecerse a una sonrisa, un espejo despiadado y cruel de su vida, boludos, sos un boludo, Ruiz, la vida no consistía en esforzarse pintando cuellos de Saavedra, la vida no es, no debe ser esa miseria que rezuma de cada pestaña, de cada gesto, de cada olor de Yolanda, tu mujer, de vos mismo, Ruiz, que también sos como esos mocasines aplastados y esos pies hinchados, ese cable suelto y esa grampa que nunca se clava, un clavito que se dobla y ya está, Yolanda, para no gastar en una grampa, después lo hago, ahora no, por favor, Yolanda.

—Me voy —dijo Ruiz poniéndose de pie bruscamente, como si un mecanismo de alarma se hubiera disparado haciendo que el banco se deslizara sobre las baldosas arrancándoles un alarido de terror. Ese terror de que Juan Carlitos se despertara y los viera a los dos con los mismos ojos con que él había reconocido a Yolanda. Juan Carlitos, con su cuerpo sin grasa, sus movimientos ágiles, su futuro sin usar—. Me voy —volvió a decir recogiendo la bolsa, la bandera, el saco, deseando que Yolanda no dijera, no hubiera ya dicho ese "¿Cómo

ya te vas?” tan desamparado, tan triste. Ojalá hubiera gritado, ojalá se hubiera enojado así se podía ir dando un portazo, puteando.

—Quiero ver un pibe de las inferiores —susurró con una voz tajeada por los crujidos de la puerta al desatascarse—. Chau Yolanda —volvió a decir inútilmente mientras caminaba hasta la parada del cuarenta a paso rápido, tratando de escapar de ese malestar que lo envolvía como el viento frío que hacía flamear su bufanda.

Sintió un alivio absurdo al ver el colectivo esquivando con dificultad los baches al fondo de la calle. Encontró lugar junto a una ventanilla porque el recorrido se iniciaba apenas unas cuadras más allá y apoyó la cabeza contra el vidrio como si le interesara ver a través de su superficie empañada. Pero Ruiz estaba frente a sus propios ojos fantasmales, implacables, que lo observaban desde el reflejo borroso. La angustia iba siendo reemplazada por una serenidad honda, esa lucidez que sólo puede dar una tristeza que ha tardado muchos años, quizás toda una vida, en echar raíces. Pensamientos tallados nítidamente sobre el fondo de la actividad cerebral. Una idea atrayendo la siguiente, los recuerdos enlazándose en el orden natural, ese orden habitualmente fracturado por la rutina, el tedio, las obligaciones, el cine, la televisión, los relojes.

Ruiz pensaba. No tenía escapatoria. Intentó cerrar los ojos y dormir, engañándose con que era sueño lo que hacía pesar sus párpados y abanicaba esa niebla en la nuca. Se rascó atrás de la oreja ahuyentando una de las moscas que habitaban el colectivo. Una mosca dentro de un avión, ¿pesa o no pesa? Alguna vez, hacía muchos años, alguien le había hecho la pregunta y él no supo contestarla. Todavía hoy no conocía la respuesta. Eran tantas las respuestas que no conocía, tantos los problemas a los que no les había encontrado solución. Se revolvió en el asiento y abrió los ojos. En ese momento una mujer subía con un bebito en sus brazos. No pudo evitar sumergirse en esa mirada de dolor endurecido que le provocó una sensación física vagamente ubicable a la altura de su estómago. Como si algo se hubiera dilatado de pronto. Se alegró de que la mujer siguiera de largo por el pasillo, hacia algún asiento posterior, saliendo de su visual. A duras penas

había logrado no mirar la carita que asomaba entre la manta sucia y desflecada que lo abrigaba. Se pasó las manos por ambos lados de su cara como si se quitara algo o como registrándose, sin darse cuenta de que reproducía la misma línea que esa manta trazaba sobre la cabeza del chico. Lo que sí advirtió con extrañeza fue la aspereza del contacto entre ambas superficies de su piel. Como el roce entre dos superficies de cartón. De cartón seco. Uno se va secando hasta…

Volvió a cerrar los ojos y en su retina quedó iluminada la lámina de una vidriera, quizás arrancada de algún Billiken, donde se veía a varias personas, los próceres, arriba de un balcón, las manos sobre el pecho o los brazos extendidos, mientras abajo en la plaza muchas más personas alzaban sus cabezas para mirarlos, pendientes de lo que aquéllos hacían o decían. Siempre había gente en los balcones y gente abajo. A él siempre le había tocado estar abajo. Hasta abajo de Martucci que no era más que un infeliz con esos ojos siempre inyectados y esas manos amarillas. De pronto sintió rabia contra esa mujer que se había ido al asiento de atrás. Rabia por el pendejito. No tema que acostumbrarlo a estar siempre en la parte de atrás. O de abajo. Se dio vuelta y le hizo una seña para que se corriera hasta un asiento libre en la segunda fila pero la mujer se hizo la distraída fingiendo ocuparse del chico. Ruiz no insistió sabiendo que a alguien con esa mirada debían de haberle contado muchas cosas, tantas como para descontar que nadie se ocuparía de ella para ayudarla. Mucho menos un desconocido, tan poca cosa como ella, que le hacía señas en un colectivo semivacío.

Ruiz suspiró y al darse vuelta advirtió los ojos del chofer clavados en el espejo, mirándolo con desconfianza. Desvió los suyos maquinalmente y eso le produjo una oleada de bronca contra sí mismo. Volvió a buscar esos ojos al lado de la cabeza de indio que identificaba a la fábrica de carrocerías pero el chofer estaba ya ocupado en cortar un boleto para dos muchachos alegres y ruidosos, parecidos a Juan Carlitos. Desechó esa línea de asociaciones mentales y regresó a los héroes de Mayo. ¿Qué le habrían contado a sus mujeres al volver a los hogares? Saavedra y los demás. No estaba seguro pero le parecía que Belgrano era uno de ellos. San

Martín, no. A lo mejor había estado en la plaza sosteniendo un paraguas y comprando escarapelas. No, un tipo como San Martín nunca está en la plaza. Esos no se bajan nunca del balcón. Se bajan para ser calles, nada más. En cambio él hubiera estado en la plaza. Candidato seguro, fija nacional. A un costado y contando las monedas a ver si podía comprar una escarapela, la más barata por favor. Mañana todos con escarapela, orden de arriba. De arriba del balcón. ¿Dónde hubiera estado Martucci? Más hacia el centro de la plaza, quizás vendiendo escarapelas. Ruiz festejó para sus adentros el chiste de que él hubiera estado charlando sobre Vélez y los goles de Santillán. Él entendía de fóbal. De próceres, escarapelas y balcones muy poco. Sólo recuerdos descoloridos por el tiempo.

Estrechó los ojos para distinguir las letras en una cartulina pegada sobre la puerta. Gran baile en el Club Atlético Tigre, 25 de mayo, alta tensión, los bárbaros, rosana falasca, sensacional, no dejes de venir. Él iba a dejar de ir porque tenía que ir al partido. No jugaba Benito. Desgarro muscular. Belgrano tampoco iba a ir al club Tigre porque estaba muerto. Aunque antes de morirse le habían pasado un montón de cosas históricas. Estaba casi seguro de que era uno de ésos que aparecían en el balcón. Además fue milico, luchó en unas cuantas batallas, Salta y Tucumán, Jujuy no, algo se acordaba, la maestra había dicho que podía rendir bien. Pero había que laburar y además no le gustaba el estudio. Igual que Juan Carlitos, de tal palo. Pero Juan Carlitos no se podía equivocar como él. ¿Cómo se hacía para no equivocarse? Un hijo no debe faltarle el respeto al padre, aunque tenga razón porque entonces… Chau Juan Carlitos, Ruiz no quería pensar en él y ese día sus pensamientos le obedecían. Mejor seguir con Belgrano.

¿Habría estado contento Belgrano con su vida? A lo mejor también él se escapaba de su casa corriendo, inventándose un entusiasmo. No, Vélez no era un invento. El fóbal lo entusiasmaba en serio, qué joder. De eso sabía mucho. De repente se dio cuenta de que las últimas frases de su pensamiento le habían arrastrado los labios, accionándolos mudamente. El hombre sentado del otro lado del pasillo lo espiaba por el rabillo del ojo. Al advertirlo Ruiz se sintió molesto. Los

que subían a los balcones no se sentían molestos porque los miraran. Al contrario, para eso estiraban los brazos como si señalaran algo mandándose la parte delante de los que estaban en la plaza. Ruiz recordó que había una calle que se llamaba La Plaza. ¿Sería por los que estaban debajo del balcón? Belgrano en cambio tenía una calle para él solo. Una avenida. ¿Cómo había muerto Belgrano? En el mar. Tuberculoso. De un balazo. A lo mejor morirse era el precio de tener una avenida. Yo también me voy a morir pero nadie le va a poner mi nombre a una avenida, ni siquiera a una cortadita, pensó Ruiz a mitad de camino entre la alegría y la depresión. Negro Ruiz 684, 6º piso, departamento "D". La dirección de Juan Carlitos, donde viviría con su esposa y sus hijos. Muy contentos y orgullosos.

Pero la cosa no era morirse solamente, sino crepar como un héroe. Ser un prócer. Ahora era muy difícil ser un prócer. Antes era más fácil, en la época de Belgrano, Saavedra, San Martín y todos ésos. Había batallas donde uno podía ser muy valiente y hacerse famoso. Este Ruiz es una fiera, unas pelotas bárbaras, se despanzurró a cincuenta. ¿Cincuenta qué? Cincuenta españoles. Siempre le llamó la atención que los próceres hubieran peleado contra los gallegos. Si la Argentina estaba llena de gallegos. Su abuela era española y por parte de su padre, su bisabuelo. No era fácil imaginarse a los españoles como enemigos. Y sin embargo los próceres lo eran por haberles ganado. Al fóbal también perdían los españoles y Distéfano fue argentino. Y Bianchi se había ido de Vélez para jugar a Francia, que no era España pero más o menos. Una lástima, era bueno el Bianchi ése. ¿Le pondrían Bianchi a alguna calle? Ahora no había próceres. No se podía ser prócer encerrado todo el día en un ascensor de mierda sin ni siquiera tener enemigos. Porque él le tenía bronca a Martucci pero Martucci no era un enemigo. Enemigos son los que avanzan al paso redoblado su rojo pabellón. ¿De dónde había salido esa frase? Ruiz recordó vagamente algún canto escolar. Cabral soldado heroico. Si lo liquidaba a Martucci lo único que podía suceder era que lo metieran en cana por asesino. Ya no había balcones donde subirse por prócer. Perón sí, pero antes. Ahora hacía mucho que no aparecía en ningún balcón. Recordó el recorte intacto del

diario. Perón enfermo. ¿Dónde había dejado el pedazo de papel? Seguramente Yolanda lo habría tirado a la basura. La niebla de la parte de atrás, por momentos, amenazaba con desparramarse por toda su cabeza.

Recordó aquel juguete que había ido a buscar un día de Reyes, con Juan Carlitos, a aquella casa del Bajo que después del cincuenta y cinco tiraron abajo. Una casa hermosa. Lástima de casa. La señora ya había muerto. Una pelota les dieron, de cuero, reglamentaria, con el cartelito de la Fundación. Los dos tenían los ojos llenos de lágrimas, él y Juan Carlitos, la primera vez que les daban algo. Fueron a tomar una coca-cola en un bar y Ruiz le hizo prometer a Juan Carlitos que iba a ser jugador de fútbol, que iba a empezar a entrenarse con esa pelota y que él iba a ayudar a hacerse famoso. Fueron varias veces a un baldío y pateaban cuidando de no arruinar la pelota. Después dejaron de ir porque no había caso, Juan Carlitos no quería ser jugador.

Ruiz cabeceó con fuerza en una frenada brusca del colectivo. Chasqueó la lengua sin darse cuenta, protestando contra nadie y contra todos, quizás contagiado por Yolanda. Contra Juan Carlitos porque no había querido hacerse famoso. Contra esa pelota que había terminado despanzurrada en un baldío lleno de cardos. Porque todo se gasta, todo se va arruinando. También los negros ruices. Se sobresaltó al descubrir otra vez los ojos al lado de la cabeza del indio. Ahora el chofer lo estaba mirando con bronca y Ruiz tardó algunos segundos en descubrir el motivo. El chasquido, el tipo había creído que protestaba por su maniobra. Un malentendido. Dos millones cuatrocientos mil malentendidos. Otra vez Ruiz había desviado la mirada pero esta vez lo aceptó con mayor resignación. A lo mejor los de abajo, los de la plaza, se dividían en los que aguantaban las miradas fieras y los que no.

Qué se le iba a hacer. Él no había nacido prócer. Tampoco ayudaba a serlo ese colectivo mugriento, esa ventanilla sonando como una castañuela al lado de su oreja, esa paraguaya o boliviana dándole de mamar al pendejito en el asiento de atrás, todas esas caras que lo rodeaban con tanto atractivo como las cortinitas

desflecadas o los pasamanos pringosos. A lo mejor todo colectivo salía de fábrica con sus caras. Le divirtió esa idea y se instaló en ella: Habría caras de colectivo, de almacén, de ascensor, en este punto la diversión se disipó. ¿Cómo se podía ser un prócer de Mayo habiendo pasado la mayor parte de su vida rodeado de caras de ascensor? Caras metidas para adentro, pendientes de lo que iban a hacer en el piso nueve o de lo que acababan de hacer en el tercero. Todos de paso, como si él fuera invisible, o un cacho de puerta, los más amables con tiempo apenas para saludarlo o hacerle alguna broma sobre Vélez. Ninguna bandera que crear, ningún gallego que ensartar con la bayoneta, ningún caballo que ensillar. Abrir y cerrar la puerta. Abrirla y cerrarla. Abrirla y cerrarla hasta…

Descendió en un impulso, boludeándose porque casi había seguido de largo, dándole la espalda al conductor para que no lo volviera a mirar fiero. Arrancó hacia la otra parada pero al acordarse que tenía mucho tiempo de sobra decidió ir caminando. Despacio. "Nadie te corre, che, caminá despacio", protestaba Yolanda, bamboleándose por el esfuerzo de arrastrar su gordura, cuando a veces, tan pocas veces, salían juntos para ir a hacer un trámite o visitar un pariente. Una ternura tibia llevó a Ruiz a decidir que volvería temprano, no se demoraría en el bar y trataría de arreglar algo en la casa. El cable de la heladera. O la luz del fondo. Ni siquiera pudo proponerse abrazarla y besarla o sonreírle. Eso ya era inimaginable. Simple y cruelmente porque habían institucionalizado su convivencia como un ritual de frustraciones recíprocas, alternándose en los roles de víctima y victimario, utilizándose para ejercitar la única venganza que la vida les permitía aunque fuera a costillas de lo más amado. Entonces se equivocaban al creer que esa ternura no les hacía falta, que bastaba con lavar desganadamente una camisa o arreglar después de demasiados reclamos un enchufe. Como si darse cuenta de lo que no se daban, de lo que se amarreteaban afectivamente significara el riesgo de abrir esa compuerta de todas las pérdidas. Reproduciéndose así en la pareja el mecanismo básico de sus vidas: pudiendo tomar mucho, bastante, había que conformarse con poco. Poco tiempo libre y poca plata, poco campo, poco cielo, poco descubrir, poco

pensar, poco elegir, poco desear. Mucho poco y poco mucho. Poco darse cuenta de que lo poco es realmente poco. Poca alternativa de reclamar. Mucha necesidad de convencerse de que lo poco es bastante.

Ese día la mente de Ruiz se había desbocado y se aventuraba más allá de la valla que marcaba el límite exacto entre lo permitido y la audacia, entre lo que era prudente aceptar y lo que era peligroso conocer para seguir desempeñándose dentro de los márgenes de sus propias posibilidades y las que le proponía el mundo. El sorbo de mate que se enfriaba en el hueco entre la lengua y el paladar, los puchos tirados por la mitad, el placer fugaz de sonarse la nariz ruidosamente, el cosquilleo y la risa especial de los chistes verdes, aquel pasillo oscuro del abuelo santiagueño atornillado férreamente en su memoria, el rostro de su madre, en cambio, diluyéndose sin remedio en el de dos o tres vecinas, esa dificultad de sincronizar los "basta" y los "yo deseo", las velas asomándose siempre en todas las pesadillas, los mármoles del ministerio y la sombra de Martucci sobre sus baldosas, baldosas blancas y negras como las de aquel patio de la infancia, esa tos terca de todas las mañanas, la panza que esquivaba ante los espejos y las vidrieras, esa forma de pisar torcido que gastaba los tacos a pesar de la chapita de metal, el aburrimiento desesperado de la última hora en el ascensor contando los minutos y los segundos, los olores tan conocidos de Yolanda. Eran los postes que sostenían su existencia, un andamiaje preciso, desgraciado. Pero ese día el pensamiento de Ruiz se animaba a ir un poco más allá. Apenas un poco más allá.

Encajó la bandera en su axila y la apretó bajo el antebrazo derecho mientras con esa misma mano sostenía la bolsa de los papelitos. Caminaba despacio, con tiempo para mirar y escuchar, sin apuro, como no lo hacía desde mucho tiempo atrás, quizás desde siempre. Se detuvo frente a una vidriera a mirar esa cara adusta de ojos penetrantes y pelo canoso que lo observaba mezclado entre zapatillas, peines y frascos de perfume. Así era la cara de los próceres. Una cara de ésas no anda por la calle. A su lado, quizás intrigado por la atención de Ruiz, un hombre parecía buscar algo de interés en esa vidriera descolorida. El tipo tenía cara de

oficinista o de mozo o de ordenanza pero no de prócer. Ruiz se divirtió con la idea de que hubiera criadores de próceres para evitar su extinción. Como los lobos marinos, eso que había leído en la Crónica. Algo así como asociación pro conservación del lobo marino. Asociación pro conservación del prócer.

El hombre se había alejado después de saludarlo con un cabezazo incómodo porque Ruiz lo miraba con una sonrisa. A lo mejor el que imprimía esas láminas de Saavedra se parecía al tipo ése. O a él mismo. Porque el tipo ése con pinta de infeliz se le parecía. O él al tipo: de pronto había descubierto que la mayoría de las personas, las de la plaza, las de abajo, tienen la piel rosada mezclada con un pomito de marrón. Un pomito Alba de ésos que se diluyen en los tachos para pintar la cocina cuando Yolanda chantajeaba en no coser la bandera que ahora había que apretar fuerte en el sobaco para que no se desarmara. Tres metros de largo con los colores azul y blanco de Vélez. Allá en el cielo un águila. ¿Un águila? ¿Un águila qué? Heroica o guerrera. Los chicos no tienen todavía disuelto el pomito marrón. Juan Carlitos no. Todavía no. Después viene lo marrón. Cuando uno crece, cuando uno se mete en un ascensor, cuando a Yolanda le empiezan a crecer los bigotes, cuando las placas del techo se arquean.

Ruiz seguía frente a la vidriera invaginado hacia sus pensamientos, sin darse cuenta de que la dueña del negocio había descorrido un ángulo de la cortina para espiarlo, recelosa, incrédula de que alguien pudiera interesarse en lo que exhibía. Pero Ruiz estaba ocupado en descubrir si ese Saavedra también tenía marrón y sólo descubrió el marrón del que había impreso la lámina. ¿Cuántos años haría que trabajaba en esa imprenta? Trató de leer el nombre de la imprenta pero su miopía se lo impidió. Quizás fuera simplemente el avance del marrón infiltrándose en sus ojos. Un marrón mierda, catalogó echando a caminar nuevamente. O marrón madera de cajón o de puerta, en última instancia el ataúd también era una puerta. Marrón ascensor. Mañana le diría a Martucci bromeando que había que pintar los ascensores de colorado. Colorado peligro. ¿De qué había peligro? Peligro del marrón. Casi con un estremecimiento se dio cuenta de que su bufanda y el pantalón

eran marrones. También la tierra y el barro. De polvo eres y de polvo no sé qué. ¿Por qué se llamaría polvo al garche? Quizás por lo marrón. Aunque había polvos luminosos, coloridos. Pobre Yolanda, con ella nunca, siempre marrones. Antes marrón clarito, ahora marrón mierda. Fuera Yolanda, no quiero pensar en vos, después te arreglo el cable. Ningún club de fútbol tenía el color marrón en su camiseta. Al menos no se acordaba. Ni San Lorenzo, ni River, ni Boca, ni Racing, ni Independiente, ni Ferro, ninguno. De los clubes del interior no estaba seguro. Los de Vélez eran limpios, chillones, porque Yolanda le lavaba siempre la bandera. Con mufa pero se la lavaba. Otra vez esa tibieza. Le iba a decir hola vieja, cómo te va, voy a arreglar el enchufe. O lo que vos quieras, a lo mejor ella hacía un chiste, era difícil pero a lo mejor, cuando quería la gorda era chistosa, quizás iba a correrse hasta la ventana diciendo hoy va a llover o iba a hacerse la desmayada, esperá que me siente. La pobre Yolanda. El pobre Ruiz. Fóbal, había que pensar en fóbal, toma la pelota Tagliani se la pasa a Asad, él el pobre, los años y el ascensor, envía centro, rechaza un defensor, ya no hay nada que defender, sólo la posibilidad de morirse, toma Fornari, gambetea a Frassoldati, también a Gómez, no hay forma de evitar irse muriendo de a poco, haciendo de cuenta como que no, como que todo está bien, es cuestión de no pensar, de pensar en el fóbal, en que sigue avanzando, amaga tirar, pasa a Benito, Benito no porque está lesionado, a Santillán, Santillán está frente al arquero, shotea y goooooollllll de Vélez, goooooollllll de Vélez. Ojalá que ganaran esa tarde. Había que apurarse, ya no faltaba tanto.

El hombre con el bulto abajo del brazo y la extraña bolsa de polietileno en su mano miró otra vez hacia arriba con el ceño fruncido confirmando que su pronóstico había sido correcto. Algo nublado y frío. Ventoso. Los jugadores ya estarían llegando al estadio. A lo mejor. Caminó a mayor velocidad empujando su cuerpo inhábil, pisando con las puntas de los pies hacia afuera, como si marcaran las diez y diez. Había que diluir el marrón con el celeste y blanco de la camiseta y el verde del pasto. Pero la multitud también era marrón. Un marco marrón. Un marco marrón para lo que pasaba adentro. Curioso, en la cancha se daba al revés que en el

Cabildo, los que miran desde arriba son los que no, y los que se mueven abajo son los que sí. O los que más o menos. Basta con los marrones, el balcón y toda esa bosta que se le había metido en la cabeza, la bosta también es marrón. No, si va a ser rojo bermellón. Qué carajos tiene que ver que sea marrón. Martucci tenía razón, usted Ruiz siempre el mismo boludo, y vos Martucci siempre el mismo marrón. La gente a medida que vive, o que se va muriendo, porque uno se va muriendo desde que nace, se va salpicando de marrón bosta. O lo van salpicando. A lo mejor lo salpican desde el balcón del Cabildo. Esos tipos con los cuellos tan difíciles de pintar, con tantos firuletes. Fenoy, Avanzi y Correa, ojalá que Fenoy jugara mejor que el domingo pasado. Carajo.

Ruiz, como siempre, se había ubicado en la periferia de la barra brava y buscaba a Orietti. Este, oscuro y trágico, lo saludó agitando una mano flácida.

—¿Trajo todo? —Ruiz asintió con la cabeza. Siempre se sentaban juntos. Ruiz ampuloso y Orietti restringido, mientras transcurrían los partidos de tercera y reserva se preguntaban y se contestaban sobre fóbal y Vélez. Sólo fóbal y Vélez. Jamás Ruiz supo nada de la vida de Orietti ni éste se enteró de la existencia de Yolanda y de Juan Carlitos. Como un pacto mudo de mantener aséptica la evocación de aquella delantera Sansone, Conde, Ferraro, Zubeldía y Mendiburu y su acuerdo de que el wing izquierdo había sido el más patadura aunque pocos, quizás nadie, lo igualaran en su maestría para los tiros libres. "Un genio", afirmaba uno u otro. Enseguida Ruiz insistía en la lentitud de Ferraro ante el seguro meneo de Orietti quien a lo mejor se limitaba a eso, quizás limpiando los anteojos, como si estuviera sopesando el esfuerzo de explicar algo tan obvio, que Ferraro parecía lento físicamente pero que era muy veloz mentalmente. "Mucha repentización", susurraba con la cabeza gacha como si le hablara al escalón o a algún vasito arrugado, y agregaba un ademán displicente.

No se ponían de acuerdo en Ferraro y tampoco en Zubeldía. Con una sonrisa Ruiz festejaba aquella vez en que había sido testigo del gargajo en el ojo del arquero

de Boca, Mussimessi creía. Orietti no, a Orietti no le gustaba ese fóbal, tipos como Zubeldía habían arruinado el fóbal.

—Porque usted estará de acuerdo que el fóbal de ahora no tiene nada que hacer con el de antes —y lo miraba a Ruiz desde el fondo de los vidrios de aumento, sin pestañear, alerta, como si de esa respuesta dependiera su amistad.

Pero Ruiz, infalible y sinceramente le daba la razón y entonces la charla podía deslizarse hacia algún jugador de los treinta a quien rescataban como el mejor fulbá de la ve azulada. La ve azulada, porque habían deglutido prolijamente la terminología de la radio y de las revistas, metabolizando las palabras a su antojo, adjudicándoles un lugar en el código propio que había sido edificado domingo tras domingo. Un código en el que los silencios o las inflexiones solían tener más significados que las frases. O en el que alguna contraseña, como "cuando lo de la Bombonera" o "el domingo en que usted tuvo aquel ataque de vesícula" bastaba para evocar y no repetir opciones ya decididas o dudas ya resueltas o argumentos ya desarrollados.

Charlaban muy juntos, casi en secretos, convidándose un Particulares de vez en cuando y llamando al cafetero para después dividir por dos lo pagado sin que sobrara o faltara ninguna moneda, o se arremangaban los pantalones de manera que el sol pudiera desparramarse sobre alguna lonja de sus pieles pálidas. Así construían y protegían ese escenario minúsculo en el que sus opiniones eran increíbles y generosamente escuchadas, rebatidas, incorporadas, desmenuzadas, festejadas. Una burbuja dentro de la que, increíble y generosamente, podían sentirse valiosos.

Cuando terminó el preliminar se pusieron de pie.

—Los de Chaca están jodidos hoy… —había dicho Orietti mirando hacia la otra tribuna por debajo de sus anteojos con un aspecto solemne de husmear alzando la nariz, una actitud que se volvía disparatada porque a su lado los de la barra brava de Vélez saltaban y cantaban y porque Ruiz ya se les había unido

desplegando la bandera, su bandera, a la que enseguida se aferraron otras manos también para sacudirla y agitarla mientras Ruiz, el dueño de la bandera, sentía crecer, como si rezumaran de su columna vertebral, esas cosquillas o vibraciones que le agarrotaban el cuerpo tensándolo como la cuerda de una guitarra. Alzaba la cabeza para aullar tan fuerte como los de la barra, aunque fueran más jóvenes y menos marrones, y más fuerte que los de Chaca, también animado por el contraste con esa prudencia de Orietti que sólo se permitía sonreír desteñidamente y tirarle de la manga de vez en cuando para comentar algo innecesario. Mientras la bandera que Yolanda había cosido con puntadas rabiosas o resignadas y que Ruiz guardaba encima del ropero como si alguna arruga pudiera provocar una hecatombe, "ojalá a mí me trataras como a la bandera" había murmurado la mujer alguna vez, esa misma bandera se contorsionaba como el culo de la más famosa de las bataclanas, aunque pareciera increíble porque era su bandera, la del negro Ruiz, la de quien en otros lugares no era nadie y en cambio allí todos los domingos y algunos feriados era el dueño de esa bandera refulgente, idolatrada, esplendorosa, que estallaba y se contraía para volver a estallar otra vez en blanco y celeste, como catapultando sus colores hacia el cielo.

Y aún no había llegado el momento de la bolsa. Todos los domingos Orietti mantenía la vista clavada en la boca del túnel, expectante, acelerando cada pestañeo, los dos respirando finito, y cuando aparecía la cabeza del capitán de la ve azulada Orietti latigaba un "ya" filoso para que Ruiz alzara la bolsa y la sacudiera con todas sus fuerzas dando libertad a una nube de papelitos, miles y miles de ellos, millones, infinitos, que se desparramaban como un puñado de polvo en cámara lenta, dóciles al viento, remontando vuelo y juntándose con los de otras bolsas y otros ruices, y después de flotar y hamacarse empañando la visual de las otras tribunas, haciendo centellear reflejos de sol y salpicando cabezas y espaldas finalmente aterrizaran con pereza sobre el pasto.

—Muy bueno, che, estuvo muy bueno…

La euforia inquietaba a Ruiz, lo hacía reír con fuerza, despilfarrando movimientos, contento, muchos de esos papeles eran suyos, él los había cortado desde temprano, eran pedacitos de los diarios que había apilado junto al horno, varios le palmearon la espalda, felicitándolo, repetían "estuvo bárbaro, che, muy bueno" y también era lindo ese brillo en los ojos de Orietti, ese orgullo de ser su amigo.

Hubo otras cosas lindas ese día, gritar el gol de Asad como sólo se grita en esa selva imaginaria de cada infancia o en el límite entre el dolor y la muerte, sintiendo las venas del cuello hinchadas de vida (tan pocas alegrías para gritar, y además, prohibido gritar, sólo a algunos les está permitido gritar "prohibido"), insultar al referí porque anuló el cabezazo de Fornari (tantos insultos ahogados, tanto poner el lomo a las arbitrariedades, como si el coraje residiera en aguantar, no en rebelarse), abrazarse a desconocidos y besarlos y volverlos a abrazar porque Giachello erró el penal (si hubiera podido hacer lo mismo con sus vivos y sus muertos, saldar tantos afectos adeudados, tantos diálogos dolorosos quistificados en malentendidos, besar y abrazar a los otros hasta conseguir besarse y abrazarse consigo mismo), hacer gestos obscenos hacia la tribuna contraria abriendo y cerrando los brazos en una vagina monumental, hasta casi dislocárselos (si hubiera podido, osado, sabido, faltarle el respeto a lo respetable y desear una y mil veces, incansablemente, deseo lubricado en sangre, lágrimas y semen, lo indeseable), todos juntos cantar, saltar, gritar, todos juntos (si hubiera sido, carajo, igual en el laburo, en los trenes, en la vida, pudiendo así masacrar, hacer pomada la certeza conocida pero casi nunca reconocida de tener que arreglársela siempre solo, despiadadamente solo, los otros, como obstáculos o como espectadores indiferentes, que todo lo propio, lo poco propio, se tuviera que construir a expensas de los demás. Que hubiera gente en los balcones gracias a que otros se amasijaban en la plaza, y también gracias a que otros construyeron el balcón. O esa baldosa que ni siquiera aparecía en la lámina de Billiken).

Sí, era lindo ir al fóbal. Mucho más en un día feriado. Mayo veinticinco. Habían izado la bandera, la enseña que Belgrano nos legó, alta en el cielo, los calzones de mi abuela son de acero. Ahora no había próceres, ahora los soldados estaban para soplar cornetas o golpear en sus tambores mientras la azul y blanca iba subiendo espasmódicamente porque el cable se enredaba. Hacía mucho que el mecanismo fallaba pero los de Vélez no lo habían arreglado. A Ruiz se le ocurrió que Panzeri podría protestar contra los inicuos cuidadores del estadio don Pepe Amalfitani. Inicuo e inefable. Andá a cagar, Panzeri. El flaco del bombo y el paraguas pintado aprovechó la muchedumbre silenciosa para gritar una guarangada, y muchos se rieron. Hasta en la tribuna de Chaca se rieron. A Ruiz no le pareció bien. A Orietti se veía que tampoco porque lo miraba al flaco con los labios apretados y acomodándose los anteojos como cuando sacaba alguna conclusión, el mismo gesto de un rato después al repetir "los de Chaca están jodidos" ahora limpiando los anteojos con un pañuelo arrugado. Orietti tenía la particularidad de registrar y estar siempre pendiente de lo periférico, de aquello que enmarcaba los sucesos. Era de esas personas que en el teatro están atentas a la linterna del acomodador o a los pliegues del telón. Era cierto que los otros estaban bravos, indignados por un evidente penal no cobrado y azuzados por esa bandera de Chacarita que los de Vélez enarbolaban desafiantes refregándoles el trofeo conquistado en la primera rueda.

Pero el fóbal es así, no era para tipos como Orietti que decían "me voy" cuando faltaban cinco minutos para terminar y Ruiz sacudía su pañuelo entre tantos otros, como una bandada de palomas iba a decir El Gráfico. Palomas felices, eufóricas, que anticipaban la cargada para el ascensor, para Juan Carlitos, que a veces decía que era de River aunque el fóbal no le interesaba, ya no, y River había perdido en su cancha, y la bandera, la suya, la suya, sacudida con fervor porque le ganaban a Chaca y "chau Orietti, adiós", un cagón este Orietti, siempre el mismo, mentira que tenía que volver temprano, lo que pasaba era que no podía gritar ni saltar, parecía una fruta seca con esos anteojos y esa piel tan blanca, en cambio él sí,

él todavía saltaba y gritaba, todavía estaba vivo, y lo abrazaban y lo palmeaban y era suya la bandera que muchos alzaban y mostraban, no era la más larga, seguro que tampoco la mejor hecha, Yolanda la había cosido con bronca, pero igual era linda, de la tribuna de enfrente se la debía ver linda, algún día Ruiz cruzaría del otro lado a mirarla.

Después el partido terminó, chau, hasta el domingo, buena suerte, chau, Ruiz dejándose llevar por la multitud que al final de la escalera de cemento, vadeando charcos de pis, lo parió a su vida de siempre.

Suspiró volviendo a sentir ese cansancio laxo que lo hacía caminar con un paso blando. El sol estaba a punto de esconderse detrás de las nubes que encapotaban el cielo y el viento le provocó un escalofrío. Se echó la bandera sobre los hombros para abrigarse. Otra vez estaba solo aunque otras personas caminaban a su lado, algunos demorando el regreso como él, otros apurándose hacia las colas de los colectivos. Un auto pasó rozándolo, el motor rugiendo para abrirse paso, prepotente, y contuvo la puteada porque supo que le iba a salir marrón. Ya no era como en la tribuna. Otra vez el pomito se había disuelto en su mente y en su cuerpo. Lindo gol el de Santillán, Avanzi se la pasa a Santillán, éste a Fornari, nuevamente a Santillán que elude a no sé quién, va a shotear, no, amaga, ahora sí, patea y gooool1ll, goooooollll.

Supo que algo iba a suceder en el mismo instante en que sucedía. Quizás una fracción de segundo antes. Se lo confirmó el tipo que caminaba delante de él al darse vuelta y pegar un saltito y susurrar en un grito estrangulado por el terror:

—¡Los de Chaca, vienen los de Chaca!…

Ruiz giró su cabeza para descubrir treinta o cuarenta siluetas borrosas que habían surgido de una bocacalle gritando amenazas y puteadas roncas, con palos en sus manos, ¿eran palos?, palos y botellas y fierros y cadenas, Ruiz corría, todos corrían, había que escapar, los de Chaca atacaban, eran jóvenes y los jóvenes corren mejor que los ascensoristas de más de cuarenta, la panza pesaba y las piernas no

tenían fuerza, Orietti hijo de puta, el anteojudo de mierda había tenido razón, ojo con los de Chaca que están jodidos, había que escapar, no muestren la bandera muchachos, no los provoquen, eso debería haber dicho alguien pero nadie lo dijo porque eso era de marica y en la barra brava nadie es marica, nadie aunque ahora hubiera que correr con el pavor arrancando gemidos y ensanchando los ojos.

—¡Al de la bandera, al de la bandera!

Al de la bandera, eso no se grita, muchachos, porque él era el de la bandera, había que rajar, pero los gritos sonaban mucho más cerca, correr, palos cadenas botellas, ¿hacia dónde?, todos los negocios cerrados culpa de los turros de mayo, las casas con las puertas cerradas, correr, mamá, los vecinos de Liniers ya estaban acostumbrados, cuando había lío cerraban la puerta y chau, que esos negros de mierda se arreglen entre ellos, socorro, corren rápido los de Chaca, son bravos, mamá, tienen cadenas y fierros, quieren la bandera, ojo por ojo y diente por diente, si tiraba la bandera a lo mejor lo dejaban tranquilo, seguro, pero Ruiz corría sin soltar la bandera, agarrándola más fuerte, apretándola, la bandera no, mamá, mamá, mamá, tenía miedo, se tiraba pedos por el miedo y el esfuerzo pero la bandera no, él no era un gallina, la bandera flameaba a sus espaldas, como una capa, como una capa, si hubiera podido volar como Superman, Superman era viejo, como Astroboy, como en las revistas de Juan Carlitos, pero no, él era Ruiz, un ascensorista con panza, una panza que no lo dejaba correr rápido, con várices en esas piernas que lo movían más despacio que los de Chaca que ya estaban atrás, tanto tiempo parado, mamá, que ya estiraban la mano para agarrarlo, mamá, por favor mamá, que ya alzaban el palo para pegarle.

De pronto, en el mismo instante en que su mente se expandía hacia el infinito, pulverizando rostros y recuerdos, proyectos y sensaciones, botones, palabras y números, lágrimas y espasmos, nubes grises y ojos asesinos, Ruiz giraba envuelto en la bandera y gritando hacia el cielo.

—Viva Ve…

Pero su voz se quebró con la patada, la primera, que lo alcanzó en el medio del abdomen, como si su ombligo hubiera sido el blanco, doblándolo como un muñeco y ofreciendo su nuca al cadenazo que ya surcaba el aire con un zumbido casi musical. Al lado del poste de alumbrado en el que alguien, festejando la gloriosa gesta de Mayo, alguien, un empleado municipal seguramente, había fijado una escarapela de lata que chirriaba hamacándose en el viento.

Guillermo Saccomanno

Tránsito

Cuando Transi ve a Diego piensa en la yarará. Transi tiene doce años. Le pusieron Tránsito, por Cocomarola, pero acá, en la capital, le dicen Transi, por lo transero. Acá, en la capital, para mantenerse a flote, como los camalotes que veía bogar en el río desde el orfanato cerca del Paraná, hay que transar. Por Transi lo conocen en Corrientes y Florida, donde abre y cierra las puertas de los taxis por monedas. Transi, también le dicen los putos de Lavalle, Santa Fe y Marcelo T., cuando busca ganarse unos pesos más. Con los putos se gana más, pero conviene andar con cuidado, piensa Transi. A su manera, Transi es un solitario y no confía en nadie, ni siquiera en los pibes de su banda, en la que se ganó el respeto a las piñas y con una sevillana, sin importarle que le rompieran el tabique. Cuando por las noches, reflejado en una vidriera, Transi se mira, le gusta la pinta que le da la nariz quebrada, ese aire de cachorro peligroso. Y a su manera Transi también es peligroso. Una noche, un puto gordo y fino se lo llevó a la casa, que quedaba en la provincia. La casa era una quinta en Moreno, que a Transi le pareció una mansión. El puto era un gordo bastante amable, le cocinó, lo bañó, le dio de fumar un porro. Y cuando Transi reaccionó de la modorra, entre almohadones, vio al gordo vestido de cuero, con una gorra de milico, queriéndolo atar con unas cadenas. Transi sacó la sevillana, forcejeó con el puto, alcanzó a marcarlo en el cuello y salió disparando. Desde entonces Transi desconfía del porro y prefiere otra cosa para dormir. La cerveza y las pastillas son mejores que el pegamento. Y hacen menos daño, piensa. Transi sabe dónde conseguirlas y también dónde venderlas. Para él la capital ya no tiene secretos. Y menos, la noche. Pero Transi odia la noche. Y espera casi hasta que amanezca para entrar en esa casa tomada en el Once, donde se mezclan bolivianos, peruanos, chilenos y muchos pibes como él. No hay agua ni luz eléctrica en los tres

pisos de esa construcción que fue elegante y suntuosa a principios de siglo. Transi no teme atravesar los estrechos territorios separados por una cortina mugrienta, una chapa, un cartón. Sí, le teme al sueño, esa pesadilla que siempre lo agarra cuando cierra los ojos y contrae los párpados. En el sueño una víbora lo pica en el pie derecho. Y ya nunca va a patear una pelota como Diego.

Para explicar la pesadilla de Transi tenemos que ir para atrás. En las afueras de Posadas, entre el río y un monte, la Leonor, a quien todos apodaban la Leona, había levantado un galponcito a unos cuantos metros de su casa, mezcla de prefabricada y tapera, en la que vivía con su madre de noventa y pico. Al principio el galponcito fue almacén. Y más tarde, los viernes y los sábados, ahí venían hombres y mujeres para compartir asado, empanadas, chamamé y borrachera. La Leona no sabía con exactitud su edad y tampoco su madre podía determinar la fecha de su nacimiento. Debía tener más de cuarenta, pero aparentaba menos. Y tenía lo suyo. Si algún tipo se le sobrepasaba, la Leona sabía ponerlo en su lugar. No la habían apodado la Leona sólo porque estaba buena. Pero una madrugada de febrero, cuando la concurrencia se terminó de ir, después de la parranda, la Leona se quedó con un peón. Siete meses después nació Tránsito. El padre se negó a reconocer al hijo. La Leona no se preocupó. Siempre se las había ingeniado sola. No precisaba un hombre para criar al nene, y menos un cobarde que no se animaba a darle el apellido. Cuando Tránsito cumplió un año la Leona organizó una gran fiesta. Durante los preparativos iba y venía por el sendero de tierra roja que unía la casa con el galponcito, un sendero que se había hecho con las pisadas y que ella caminaba descalza, a excepción de los viernes y los sábados, cuando se calzaba unas skippy de plástico rojo. Esa tarde la Leona tenía puestas las skippy, estaba contenta y la felicidad la embriagaba. La felicidad y todo lo que había empezado a tomar desde temprano. Esa tarde, mientras transportaba una caja con guirnaldas para decorar el galponcito, la picó una yarará. En dos horas a la Leona le bajó la temperatura, tembló sintiendo que se congelaba y la sacudieron las convulsiones. Cinco horas más tarde, cuando por fin la acostaron en una camilla del hospital,

había muerto de un paro cardíaco. Aguantó bastante, opinó un médico de guardia, pero no lo suficiente. Tránsito fue a parar a un orfanato. A los diez años, el profesor de gimnasia y entrenador del equipo de fútbol le garantizó que tenía pasta de campeón y que podía llegar a ser como Maradona. Tránsito se daba cuenta de que no iba a serle fácil ser como Maradona quedándose donde estaba. Y se escapó. Escondido en el acoplado de un camión llegó a la capital. Al plantarse frente al Obelisco se entusiasmó. Pero el optimismo le duró poco.

En estos días la capital fue empapelada con un afiche de Diego. El ídolo de Transi sonríe ganador. Tiene una camiseta, la luce orgulloso. Sol sin droga, dice la camiseta. Dando vueltas por Santa Fe, Transi pasa por Musimundo. Del negocio sale una música de salsa: No salgas solo esta noche. No salgas solo, mi amigo. Te puedes encontrar con tu peor enemigo. A Transi se le queda grabada la música. Camina tarareando el estribillo, moviéndose como esos negros enormes de las películas policiales. Aunque no le da la altura, Transi se siente poderoso. La sevillana guardada en la cintura, Transi se para frente a un afiche de Diego. Le gustaría que el campeón apareciera en su sueño de la víbora, que la mandara a la mierda de un puntinazo. Pero por más que se lo fije, Transi nunca logra soñar eso. Saca la sevillana. Y le cruza la cara a Diego. A pesar del tajo Diego sigue sonriendo. Transi se ensaña con el afiche hasta despedazarlo. Cada tanto, alguien que pasa lo observa y sigue de largo apurándose. Ahora Transi puede estar satisfecho. Hay jirones del afiche en la vereda. Transi mira a los costados. Nadie se atreve a meterse con él. El cuerpo le está pidiendo tomar algo. Abandona Santa Fe, dobla por Junín hacia el sur. Y se pierde en la noche tarareando esa canción.

Juan Sasturain

Campitos

"El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión".

SARMIENTO

"Al fútbol argentino le faltan tres cosas: dirigentes, decencia y wines".

PANZERI

Fue un velorio raro. Empezando por Campitos, que apenas hacía bulto en el cajón holgado, con esa camiseta descolorida de piqué, casi infantil y del tiempo en que no llevaban publicidad. Y después el lugar: el vestuario local. Una barbaridad, con semejante calor, un sábado para estar en la pileta. Cuando me avisaron que lo iban a velar en el club no me extrañó, porque hacía años que el viejo vivía ahí, en la pieza que antes de la construcción de la tribuna de cabecera norte había sido el lugar del control antidóping o el vestuario del árbitro; pero pensé que la cosa sería en el hall central o en el salón de fiestas, que es más amplio y ventilado. Pero no. Y ahí estábamos —no puedo decir que amontonados, porque éramos pocos— muertos de calor, ridículos, sentados en esos largos bancos de madera como si esperáramos que nos dieran la orden de cambiarnos para un partido eternamente suspendido.

Y después, la gente que había. Se notaba que faltaban parientes; no que no habían ido sino que no había, no quedaban ya. El viejo los había ido dejando atrás o lejos, se había cortado solo hasta morirse sin nadie alrededor. Así que no éramos, a la hora de velarlo, más que media docena: la encargada de la limpieza, dos dirigentes de la comisión saliente, yo, que me había clavado por ser el único de la

nueva que estaba en Buenos Aires —el resto andaba de vacaciones celebrando el triunfo o acompañaba al equipo en el torneo de verano— y unos tipos gordos que llegaron con la corona más grande y enigmática de las tres que había: ¡Chau, Campitos. La cosecha del 39!

Me entretuve hablando con la mujer de la limpieza. Se llamaba Leonor. Ella lo había encontrado, el viernes a la tardecita. Al llegar le extrañó el agua que corría, la manguera abandonada. Lo llamó dos o tres veces y después lo fue a buscar a la cancha. Estaba caído entre el punto del penal y el borde del área grande, un poquito a la derecha. Había estado retocando las líneas blancas y todavía le faltaba un tramo. La máquina de pintar estaba abandonada debajo del arco, como si hubiera interrumpido el trabajo y estuviera volviendo al vestuario cuando el corazón se le paró. La mujer se imaginaba la escena con la certeza de haberla visto antes, muchas veces.

—Estaba de costado y tenía la mano así —dijo apoyándosela en el pecho—. Y como muy tranquilo.

—¿Usted lo conocía bien?

—Años. Hablaba poquito y nada más que de pasto… —se rió apenas—. Y de los jugadores de antes. Ahora creo que ni sabía cómo formaba el equipo. Pero de pasto: gramilla, gramillón, césped inglés, sabía todo. Fíjese la cancha: es pareja pero tiene un pastito distinto para cada parte, como un rompecabezas la armaba cada año. Porque no crea, era un hombre muy preparado; para ser canchero, digo. No sabe las cosas que tiene… que tenía ahí en la piecita.

—¿Qué cosas?

—Papeles, libros, carpetas y carpetas. Mapas.

—¿Mapas?

—Se nota que había estudiado. No sé qué van a hacer ahora con eso.

—¿No hay parientes?

Se encogió de hombros.

—¿Usted es de la comisión?

—Soy Saccone, de la nueva. Nos hacemos cargo recién a fin de mes.

—Ah.

Y pareció que me compadecía.

Cuando llegó la hora, como no encontraron una llave tuvimos que sacarlo por el túnel a la cancha y de ahí por la salida de las plateas bajas a la calle lateral donde estaba el fúnebre. No pesaba nada. Se hizo largo porque hubo que dar un rodeo para no pisar la cancha. "Campitos lo hubiera querido así", dijo uno de los de la corona rara que marcaba el rumbo desde una de las manijas delanteras. Yo miraba de reojo tratando de adivinarle las junturas al rompecabezas.

Recién cuando lo metimos en el fúnebre y vi el cartelito lateral en letras doradas me enteré de que el viejo que había cuidado el pasto del estadio y las canchas auxiliares desde hacía treinta años por lo menos se llamaba en realidad José Campodónico. Pensé que en el escueto aviso que saldría el domingo con su crucecita nadie lo reconocería.

—¿Usted también viene al cementerio?

Leonor sonrió levemente:

—Me gustaría ir, pero quieren que limpie ahora. Mañana hay partido.

Nos esperaban dos coches negros que brillaban en la siesta como escarabajos. Evité subir al primero. No me entusiasmaba la idea de compartir asiento y comentarios con los dirigentes con los que nos habíamos insultado hasta una semana antes. Así que me acomodé como pude entre los gordos desconocidos del segundo coche.

Leonor se quedó en la vereda como en el muelle despidiendo un barco.

Tomamos el Bajo. Me sentía incómodo, emparedado.

—¿Vamos a la Chacarita? —dije mirando el reloj con dificultad, casi maleducado.

—A Pilar, un privado: Campos del Señor. —El chofer ni siquiera se dio vuelta—.

Cincuenta minutos, si todo va bien por Panamericana.

—Ah.

El gordo de al lado hizo un ruido raro con el pañuelo.

—Estos hijos de puta —y señaló con la cabeza al coche de adelante—. Estos hijos de puta no fueron capaces de un gesto. Y sabían lo que el viejo quería: nunca pidió nada en vida pero tenía claro este momento, dejó todo anotado.

—¿Qué cosa? —dije extrañado de tanto rencor.

—Que le pusieran la camiseta, que lo velaran en el vestuario.

—Pero le hicieron caso.

—En lo fundamental no: él se había preparado la parcela detrás del arco que da a la avenida. ¿Qué les costaba?

—Pero no se puede enterrar a la gente en cualquier parte.

El tipo se volvió hacia mí.

—¿Nuestra cancha le parece cualquier parte? —dijo lentamente, mirándome a los ojos—. Con tipos como ustedes en la nueva comisión seguro que nos va a ir muy bien…

—No diga idioteces —dije en el mismo tono.

Me miró como si no pudiera creer lo que había oído. Por suerte el que iba adelante estiró el brazo y lo cruzó entre los dos:

—Por favor.

—Disculpen —dije como si lo anterior se me hubiera escapado—. Quise decir que no se puede enterrar a la gente en el lugar que a uno se le ocurra: tiene que ir a un cementerio.

—Y Campitos va a ir a un cementerio… Estamos yendo a un cementerio, ¿no? Y va a estar bajo pasto, como él quería. Porque lo pagamos nosotros, no estos ladrones.

—Tranquilo, Papa —se cruzó el de mi otro flanco.

Recién en ese momento reconocí al tipo que yo había descalificado. Lo intuí, mejor, como a una idea platónica, más allá de los estragos de los kilos y del tiempo: el Papa Torres.

Juan Carlos Torres, el Papa Torres, era un centrodelantero infernal que había tenido su momento a fines de los cincuenta, un período en el que el desastre de Suecia y la irrupción y venta de Maschio, Angelillo y Sívori a Italia parecen no dejar lugar para otros recuerdos.

Yo lo había visto deslumbrar en inferiores, aparecer y desaparecer muy joven de la primera del club, entrar y salir de la tapa de los diarios. "El Papita se pasó", decíamos los pibes por entonces. Y era en realidad como si se hubiera pasado hasta desaparecer llevado por la velocidad de sus propios piques, por derecha, por izquierda, tras las pelotas cortadas que le ponía Lino Galindo.

—Pérez, Galindo, Torres… Ponferrada y Malerba —murmuré como si rezara—.

La delantera de la tercera especial: "El quinteto de la muerte".

El Papa asintió a mi lado sin palabras y fue como si el gesto borrara la agresión anterior, nos diera un espacio cómodo de convivencia.

—Después entró la liebre Gómez por Malerba —acotó el de adelante volviéndose apenas.

A éste lo saqué ya sin esfuerzo: la Chiva Ponferrada. Me volví a la derecha y miré bien al tercero:

—Y usted es Lino —confirmé.

Galindo asintió sin dejar de mirar por la ventanilla abierta. Ahí estaba yo con el nueve y los dos insais del quinteto de la muerte. Una fiesta, verlos jugar. Pero había algo sombrío: ninguno de esos hombres ya gordos y cincuentones había llegado a triunfar. De golpe, tan rápido como aparecieron, tres o cuatro partidos en primera y se esfumaron.

Sentí que se podían oír mis pensamientos:

—¿Y qué se hizo de aquel quinteto de la muerte? —dije y de inmediato me arrepentí.

—Lo mataron —dijo Ponferrada sin volverse.

No lo esperaba; no pude agregar nada. Miré por la ventanilla. El viento caliente nos revolvía el pelo mientras corríamos por la autopista en un tramo en reparaciones. Demasiado rápido para un fúnebre, me pareció.

—Qué apuro hay, chofer —dijo Torres—. Afloje un poco.

El tipo pareció no oírlo y Papita me miró meneando la cabeza, suspiró.

Aproveché para presentarme:

—Soy Héctor Saccone, me voy a ocupar de las divisiones inferiores —dije a todos, como disculpándome.

Se hizo otro silencio extraño, casi amenazador. Por un momento me arrepentí de estar ahí, de haber ido al velorio.

—¿Se van a ocupar en serio o van a comprar pendejos formados por otros? —dijo Ponferrada señalando con el mentón el auto de adelante, que se apuraba como para terminar cuanto antes con todo.

—El problema de las inferiores… —comencé sin saber bien adonde iba.

—Yo diría menores, no inferiores… Es una simple cuestión de edad, no de aptitud —puntualizó Torres.

—Cierto.

—Es un hermoso laburo —me concedió enseguida, como para atenuar la dureza anterior.

—Una vocación.

—Una ciencia, Saccone. —Y era como si Torres no pudiera evitar contradecirme y le pesara—: ¿Usted cree que el jugador nace o se hace?

—Un poco de las dos.

—Nace, Saccone, nace… —me apuró—. ¿Sabe de dónde viene la palabra semillero?

Iba a contestar alguna trivialidad cuando se oyó un golpe y el bandazo del coche nos desacomodó. El chofer ahogó una puteada y se aferró al volante, fue dominando el auto repentinamente escorado.

—Una piedra —diagnosticó mientras embocaba lentamente una salida que se abría hacia calles suburbanas. Al final detuvo el coche a la sombra de un arbolito polvoriento.

Se bajó, verificó agachado, miró hacia la Panamericana, meneó la cabeza y volvió a subir:

—La delantera derecha no va más —se dio vuelta en el asiento caliente—. Y lo lamento pero los perdimos: el servicio tiene un horario… Para colmo no tengo auxilio. Voy a llamar.

Nos daba una especie de pésame al cuadrado.

—Abajo todo el mundo —dijo Ponferrada, animoso—. Está visto que Campitos y esos ladrones están muy apurados y no nos van a esperar.

—Ni falta que hace.

Si el chofer temió que lo puteáramos se equivocó. Diez minutos después, mientras él se afanaba con el teléfono y buscando una gomería, los cuatro pasajeros nos acomodábamos casi aliviados de haber zafado de la tristeza en la mesa más fresca de una parrilla de camioneros frente a dos pingüinos de vino de la casa, pan, queso y salame para picar mientras se hacía el asado de tira.

—Por el viejo —dijo Galindo levantando la primera copa.

—Por Campitos —dije yo con más curiosidad que fervor.

Hubo tres brindis más, similares. Desagotamos un pingüino.

—Vos no entendés nada, ¿eh, Saccone? —me tuteó el Papa Torres, compadecido.

Asentí.

—Yo te voy a explicar a quién estamos enterrando hoy. Quién era en realidad y qué hizo José Campodónico —me amenazó—. Ese viejo que cuidaba el pasto y marcaba las rayas no era ningún pelotudo, sabés. Probablemente estaba loco, pero era un genio. Y si se dedicó al pasto es porque esas semillitas no mienten, entendés… La tierra es como es, como siempre ha sido. En cambio, la gente es una mierda.

—Si vas a laburar con los pibes, más te tiene que interesar —dijo Ponferrada.

—Y te vas a explicar por qué estamos acá —dijo Lino ensartando un salame.

En las horas que siguieron de asado y sobremesa, olvidados del sombrío chofer que se fue solo y desconcertado a explicar lo inexplicable al funebrero, me enteré largamente y a tres voces de la historia de Jóse Campodónico, Campitos. Hay datos que recogí después y otros que son simple tradición oral. Pero lo fundamental estuvo en todo lo que me dijeron al toque esos tres, pasándose la palabra como una pelota dócil, entendiéndose de memoria como cuando integraban el malogrado quinteto de la muerte.

Lo que sigue es la pálida versión de un relato fervoroso e increíble.

José Campodónico se recibió de ingeniero agrónomo en 1946 con las mejores notas de esa promoción de la UBA. Tenía ya treinta años, pues había hecho una carrera minuciosa. Acaso demasiado. Su padre, un próspero chacarero de General Villegas que se jactaba de no poner en marcha el moderno y oxidado tractor hasta que no volviera su hijo el ingeniero, se murió de espera, de puro aburrido. Sin embargo, la tarde del viernes de diciembre en que entregaban los demorados diplomas, el obsesivo Campodónico faltó a su ceremonia: a esa hora estaba saliendo en micro hacia Santa Fe con treinta o cuarenta tan fanáticos como él para asistir a un partido clave contra Colón en el llamado Cementerio de los Elefantes. Es que si bien el flaco Campodónico había sido siempre un patadura que solía terminar confinado en el arco, en algún momento —sobre todo con la llegada a la capital— puso todo su prolijo fervor en la inexplicable pasión futbolera del hincha, entregó tiempo y esfuerzo por los ingratos colores.

Ese sábado, por ejemplo, bastaba con empatar para conseguir el ascenso. Sin embargo, el equipo perdió sin pena ni gloria, incluso con actuaciones sospechosas. El cuatro hizo un penal innecesario, el nueve parecía con los botines cambiados. Al regresar a la pensión de la calle Libertad en la madrugada del domingo, hambriento, apedreado y con la bandera marchita, Campodónico encontró una

nota en la que su novia pueblerina había puesto la mejor caligrafía y el mayor de los despechos:

“Quise sorprenderte con una visita y vine con mis padres para estar junto a ti y acompañarte en este día tan importante para nosotros. Espero que tengas alguna buena explicación de tu ausencia. Nos volvemos a Villegas. Te odio. Gladys”.

El flamante agrónomo comprendió que después de ocho años de noviazgo y postergaciones no había nada que explicar; que después de seguir como un perro durante seis temporadas al equipo no había nada que esperar. Permaneció horas tirado en la cama, insomne, mirando sin ver los estantes cubiertos de arduos tomos, livianos banderines y tapas de El Gráfico, sintiendo que ya había sufrido lo suficiente de amores y lealtades mal entendidas. Cuando se levantó con las primeras luces de la mañana para tomar el ritual chocolate con ensaimadas en una lechería frente al Obelisco ya había decidido algunas cosas que, creyó entonces, tendrían que ver con su salud y bienestar futuros: no se casaría con Gladys, no volvería a Villegas, no iría más a la cancha.

Y así fue. A cambio de algunos miles de pesos —con los que se compró un departamento chico para vivir y una radio Philips grande para escuchar los partidos— derivó en ávidos hermanos el usufructo del campo; después asistió imperturbable a los gritos y a la quema del ajuar por parte de Gladys —no pudo evitar la imagen del rastrojo— y para el otoño consiguió sentarse detrás de un escritorio en la oficina de estadísticas del Ministerio de Agricultura.

Su trabajo era sencillo: de lunes a viernes y en horario partido, le ponían delante las cifras de la producción agrícola y ganadera provincia por provincia, zona por zona, cereal por cereal, ganado por ganado, y él debía verter con fidelidad de copista medieval esa producción en blancos mapas regionales, convertir en manchones de puntos densos o diluidos el trigo, las cebollas, el girasol y las ovejas merino o corriedale, tupidos Aberdeen Angus y esporádicos cebúes.

A cada tipo de producción correspondía un signo convencional diferente —triangulitos, círculos, rombos, puntos llenos de distintos colores— y los grandes mapas resultantes de su trabajo, los mismos que reproducirían los textos secundarios de Geografía Económica eran, además de útiles, bellos. El esquema de la distribución del lúpulo, por ejemplo, con sus dispersas estrellitas azules, era tan exacto como deslumbrante, y su versión fotográfica en negativo, que Campodónico tenía pegada con chinches a sus espaldas, tan sugerente como un mapa estelar.

Fueron varios años de placentera rutina. Porque eso existe, también. Mientras a su alrededor cambiaban de mano los ferrocarriles, votaban las mujeres, el peronismo saturaba la Plaza y la vida cotidiana; en el campo y en el escritorio de Campodónico las ovejas se reproducían regularmente, el trigo crecía parejo y sostenido, y los campeonatos de fútbol que siempre solía ganar Racing empezaban en marzo y terminaban en diciembre. En eso no había huelgas, golpes ni renunciamientos.

Por entonces Campodónico solía llevarse trabajo a casa. Y ahí entreveraba sus pasiones. En largos fines de semana, mientras cubría los mapas con información cerealera en tinta china, el fanático agrónomo escuchaba los relatos de Fioravanti o Aróstegui, los comentarios de Fraseara o Damián Cañé y los pormenores analíticos de la Edición Oral Deportiva por Radio Rivadavia. Y casi sin querer —hábito, compulsión o lo que fuera— iba tomando apuntes al margen de los planos, listas de nombres, puestos y lugares al pie de la Philips siempre encendida.

Pero fue recién para el año del ascenso tan demorado, cuando se produjo una especie de revelación que cambiaría el sentido de su vida. Estaba muy feliz ese sábado, después del último partido. Escuchaba por radio los datos personales del plantel que había logrado la hazaña —a la mayoría los conocía, los había visto llegar, crecer en el club— y Campodónico se sorprendió pensando en su distribución geográfica: el arquero Barabane, de Bragado; los backs —así se decía por entonces— Tarzetti, de San Justo, y Barcia, rosarino; en el medio, el half derecho, Gómez, mendocino; el centrojás, el gringo Porreca, de Súnchales, y el

izquierdo era el porteño Pedro García; adelante, los wines —Pérsico y Samaniego— eran, uno cordobés de Río Cebados y el otro jujeño de la capital; el ocho era el negro Gramajo, de Lanús; el nueve, el pampeano Amaya, y el habilidoso diez goleador, un pibe que había venido de Villegas, su pueblo: el Diente Benegas.

Enseguida, como jugando, vertió los datos en un mapa. Agregó algunos nombres más del plantel de reserva y observó la distribución. Le gustó la idea. De memoria, hizo lo mismo con otros equipos y, aunque le faltaba información completa, al rato tenía sobre la mesa una docena de mapas: Boca, River, Racing, San Lorenzo, Huracán, Argentinos Juniors, Vélez, Chacarita, etcétera. Todos diferentes, pero no demasiado. Entonces se le ocurrió utilizar la información de otra manera y agrupó todos los jugadores en cuatro mapas solamente: arqueros, backs o zagueros, halves o medios, y delanteros. Ahora sí los resultados fueron curiosos. Cada mapa, aunque con muchas fluctuaciones, iba perfilando un dibujo propio, resultado de una distribución específica: donde había delanteros casi no aparecían zagueros, por ejemplo. Claro que sólo eran poco más de doscientos jugadores.

Eso fue un sábado a la noche. El lunes con un pique corto en el intervalo de mediodía se fue a la AFA y por un amigo de la época en que tramitaban juntos entradas de favor consiguió las listas de todos los planteles profesionales de primera y segunda. En pocos días había ordenado la totalidad de la información, discriminando por puestos y por edades. Llevado por el entusiasmo obsesivo de un filatelista o de un enamorado, en las semanas siguientes invirtió sus prioridades y en lugar de trasladar los mapas cerealeros a su casa no pudo impedir que su nueva pasión le invadiera las horas de trabajo.

Así, el día que el ingeniero Peñalba, su jefe, entró y se asomó al escritorio como a un balcón para observar el mapa recién terminado, Campodónico temió por su futuro burocrático. Lo había titulado secretamente —con lápiz y en un ángulo— Backs izquierdos 1930/31. Nada de eso vio el jefe, sin embargo:

—Veo que tiene listas las oleaginosas —diagnosticó con seguridad y para su sorpresa luego de un vistazo rápido—. Mejor para usted. Termíneme los cítricos antes de fin de mes, y escuche lo que le voy a decir…

—¿Señor?

El jefe estiró el brazo que ostentaba el grueso brazalete de luto por la Jefa Espiritual de la Nación y le enganchó el índice bajo el rojo nudo corazón a lo Alberto Castillo que pendía de su cuello desabrochado:

—A ver si se saca ese mamarracho y se me pone la corbatita negra. No vaya a ser que alguien diga que esta oficina es un nido de contreras.

Lo soltó y se fue.

Campodónico quedó impresionado. No sólo por la velada amenaza sino por la confusión en que había incurrido el habitualmente idóneo jefe de Estadística. Sospechó que algo había, que no era una coincidencia; entonces confrontó su detallada distribución de backs izquierdos nacidos entre 1930/31 con el genuino e incompleto mapa de oleaginosas que esperaba desde hacía diez días enrollado a un costado del escritorio y notó las similitudes. Después fue un poco más lejos: buscó en archivos y encontró la cosecha de oleaginosas de aquellos años. Y ahí sí el parecido era absoluto.

Con tímido regocijo, el agrónomo descubrió que los backs izquierdos, a principios de la década del treinta, nacían en los mismos lugares donde se cultivaba densamente el girasol.

Más por negligencia que por convicciones, el absorto Campodónico demoró una semana en ponerse la corbata negra, y cuando lo hizo ya era tarde. No lo echaron pero el ingeniero Peñalba le urdió un destino que supuso catastrófico para el burócrata rebelde: lo declaró en comisión —en principio— por seis meses, y lo designó inspector itinerante en la etapa preparatoria del censo nacional de producción en que se basaría el futuro Plan Quinquenal.

—Siempre nos guiamos por los datos de exportación de trigo, por la cantidad de cabezas que llegan a Liniers, por los camiones que entran en el puerto… Pero ahora hay que ir a las fuentes, Campodónico: verificar.

—Sí señor.

—Hay que ir al pie de las cosechadoras a contar las bolsas, Campodónico. Abrir las tranqueras y ver si están las vaquitas que figuran en las planillas. Contar los tarros en los tambos, estar ahí, teta por teta en cada Holando, Campodónico.

—Sí señor.

—Conservará el sueldo pero se le dará una camioneta y viáticos, vales para la nafta. Primero quiero datos de la pampa húmeda: se dividió en seis zonas. Organice el trabajo como quiera. Empieza el lunes.

—Sí señor.

—No tiene que usar corbata.

—Gracias señor.

Campodónico salió al camino. Entre el otoño del 53 y la primavera del 55 recorrió todos los rincones que no tiene la pampa húmeda, e incluso atravesó los bordes pampeanos y santafesinos donde se empieza a secar. Y caminó algo más: una incursión a las sierras cordobesas, otra al valle de Río Negro, una minuciosa salida anfibia por el Delta.

Cumplió, como siempre. Abrió tranqueras, saltó algún alambrado, vadeó arroyos. Estuvo en todos los pueblos. Visitó remates, ferias, los galpones del ferrocarril, las cooperativas agrarias. Juntó datos y más datos, sumó y comparó. Regularmente informaba en el Ministerio; primero, a Peñalba, después a otros que lo sucedieron. En algún momento sospechó que nadie leía sus informes y los coloridos mapas, que su tarea era un invento que sólo había servido para sacarlo de

circulación, acaso preservarlo. No le importó. Mientras no le faltaran vales de nafta para la veterana Chevrolet no se detendría. Y Campodónico no se detuvo.

En dos años y medio hizo bien lo que tenía que hacer, obsesivamente. Andando y volviendo una y otra vez sobre sus pasos, se fue haciendo una figura conocida, un poco pintoresca. Ahí fue que empezaron a decirle, más brevemente, Campo, y después lo deformaron cariñosamente en Campitos. Así le decían en la ruta, en los caminos de tierra, en los boliches y almacenes de ramos generales, en las estancias, pero también en los clubes, los típicos clubes atléticos sociales y deportivos que hay en cada pueblo.

De lunes a viernes, el agrónomo andaba por los caminos de tierra metiéndose en todas partes, anotando bolsas y cabezas. Pero el fin de semana se quedaba en el hotel del pueblo, escuchando las transmisiones de fútbol, o se iba a ver los partidos de la liga local. En Tandil, en Olavarría o Bahía Blanca había campeonatos en serio, con equipos fuertes, canchas con alguna tribuna de cemento incluso. Pero la mayoría de las veces, en los pueblos chicos, apenas eran poco más que potreros, canchitas peladas y partidos sin red ni alambrado, con jugadores de camiseta irregular y sin número en la espalda.

Ahí Campitos se quedaba toda la tarde, preguntando por un defensor alto y seguro, por un insai corredor, mientras enseñaba cómo cuidar la cancha, regalaba semillas y consejos. Después se iba al club a tomar café hasta la hora de cenar en el hotel, se hacía amigo de los viejos socios, tomaba notas y recogía datos de años y jugadores del lugar. Todo eso lo asentaba en otros mapas y planillas que no iban a parar al Ministerio sino a una voluminosa valija que pronto fueron dos y llegaban a la media docena cuando se acabó el trabajo y con un escueto telegrama le sacaron la Chevrolet y los viáticos.

En realidad, lo que se había acabado era el peronismo. La misma mezcla de dignidad natural y olímpica indiferencia que lo había llevado a resistirse al luto compulsivo por Evita lo hizo esta vez negarse a una declaración expresa de repudio

al llamado régimen depuesto. Le pareció una canallada y lo dijo. Así que le cambiaron el trabajo, y lo tuvieron ahí, congelado durante un año y pico mirando una pared demasiado cercana a sus papeles, tensando su capacidad de aguante. Finalmente, con los diez años de antigüedad le llegó la posibilidad de un retiro miserable que aceptó casi sin mirar los números. En el fondo era lo que buscaba. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa menos volver a sentarse detrás de un escritorio. Quería sentir tierra bajo los pies, vivir tranquilo, darse los gustos.

Como primera medida, vendió el departamento y se compró una casita con mucho terreno en Haedo, que entonces era un descampado. Puso un vivero y se especializó en mejorar el césped de los jardines de la zona. Le fue bien. A los seis meses ya tenía un Rastrojera usado con el que iba y venía cargado de plantas y panes verdes de pasto por todo el Oeste. Cuando estuvo instalado y cómodo, llegó el momento de una segunda decisión: empezó, sin apuro y en las horas libres, a ordenar todos los datos reunidos en esas valijas polvorientas estibadas en el cuartito del fondo. Había ahí un centenar de mapas y miles de fichas recogidas en estadios, potreros y canchitas pampeanas, entreverados con las cifras y gráficos de producción agropecuaria de la zona. Se puso a trabajar. No pensaba por entonces en qué hacer con todo eso; simple, vagamente, quería saber.

La tercera determinación de Campodónico no fue una mudanza ni una tarea más o menos científica sino un gusto recuperado: decidió volver a la cancha a ver al equipo de sus amores.

Cuando comenzó el campeonato de 1958, el memorioso agrónomo dejó de lado las angustias de primera en las tardes de domingo y se dedicó exclusivamente a seguir a los pibes. Conocía desde siempre a Bermúdez, el delegado a cargo de las inferiores, y se ofreció a acompañarlo a todas partes. El trabajo del entrenador estaba mal pago y las canchas donde jugaban eran horribles; Campitos se ocupó de mejorar y dejar impecables las del club. Era, naturalmente, el que más sabía de pastos ingleses, gramillas y gramillones, drenaje y regadío. Para el invierno, durante el receso del Mundial, cuando se jugaba la Copa Suecia, las canchitas

auxiliares del club tenían pasto y estaban más verdes que el estadio. Ahí fue que le ofrecieron ser canchero con sueldo, casa y comida y se negó: no quería atarse a un trabajo que le impidiera atender de lunes a viernes el vivero de Haedo y el fin de semana seguir a las inferiores, algo que le interesaba cada vez más.

Aunque Bermúdez se quejaba de la indiferencia de los directivos por su trabajo, trataba bien a los pibes y los dejaba jugar. También sabía escuchar. Y Campitos, de una manera un poco extraña, ayudaba, sobre todo en la selección de jugadores. Le decía, por ejemplo, un día que estaban probando chicos nuevos:

—¿De qué año es ese petisito, el marplatense? —Clase cuarentaiuno; tiene edad de séptima. —Y de qué juega.

—Él dice que de cuatro. Pero no sirve.

El agrónomo anotaba y volvía al día siguiente con la precisa:

—Es ocho. Él no lo sabe, pero ponélo que es ocho.

Y era nomás.

—¿Cómo sabés?

—Son años —lo eludía Campitos.

Eso pasó varias veces. El delegado, al principio escéptico y cachador, empezó a hacerle caso a su amigo. La única división que no andaba era la quinta. Bermúdez probó y probó pero no había caso. Inclusive hizo algún cambio sugerido por Campitos. Nada que hacer.

—Es que no hay plantel. Me faltan un arquero, un buen cinco y los tres centrales de la delantera; de los wines, ni hablar —confesó después de un cero-tres humillante.

—Creo que yo te podría arrimar algunos —dijo el agrónomo—. Dejáme probar. Bermúdez no sabía qué pensar. Una cosa era saber ubicar correctamente a los jugadores; otra, conseguir pibes. Pero no tenía muchas alternativas.

—Dale: la quinta es tuya.

—Eso: una quinta… —dijo Campitos como para sí—. Cuestión de semillas.

Esa noche se quedó revisando por horas sus papeles y a la mañana siguiente salió rumbo al sur. En el campo no se asombraron al verlo llegar. Sí se sorprendieron porque ya no andaba con la Chevrolet del Ministerio y ahora no preguntaba nada. Sabía lo que iba a buscar, como un perro que va derechito a la presa y la señala.

Dio una vuelta redonda. Primero estuvo en Balcarce, después se fue hasta Tornquist, en la ladera de la Sierra de la Ventana, torció al norte hasta la zona de Lincoln y regresó pasando por San Pedro y Baradero, junto al Paraná.

Se trajo cuatro pibes. Un lunes a la mañana se los llevó a Bermúdez y le dijo:

—Todos cosecha 39: buena semilla. Este creció con la papa, tierra negra, es un nueve de punta muy ligero. Se llama Torres. Este viene de la zona en que se da el lino —y le dio un golpecito, en la nuca al pibe Galindo— es un ocho rendidor, un peón de brega.

—Papa y lino… —repitió Bermúdez divertido.

—¿Necesitabas un cinco? Este es un producto de la zona avícola más rendidora: el Gallo Palomares —y empujó al pibe como quien lo lanza a la arena—. Y éste, la Chiva Ponferrada, es diez, tiene que ser diez de donde viene, es de zona escarpada de cabras y de ese año seco: más habilidoso que inteligente, se gambetea todo.

Los pibes se miraban tímidos y orgullosos como si un mago los hubiera hecho subir a un escenario.

—Probálos, te los dejo —concluyó el agrónomo—. Ahora me tengo que ir a entregar unos pinitos en San Miguel. Y cuidámelos. Es un buen semillero.

Y no sabía que había inventado una palabra, inaugurado un mito secreto.

Debutaron todos el sábado en un amistoso y el equipo hizo seis goles. Cuatro del Papa Torres. La Chiva la rompió y Lino Galindo los corrió a todos. Bermúdez estaba eufórico con los pibes, sorprendido con Campitos. El agrónomo se sintió tan orgulloso como secretamente inquieto. Sobre todo cuando el delegado lo llevó aparte para decirle:

—¿Cómo hiciste?

—Son años.

—En serio… ¿No me vas a decir de dónde los sacás?

Bermúdez esperó sólo los segundos necesarios para comprobar que no se lo diría.

Entonces siguió adelante:

—Ahora sólo me faltan los wines y el arquero. ¿Podés?

Y ahí, por primera vez en años, con la imprudencia de un investigador que ha debido contenerse demasiado tiempo en sus revelaciones, Campitos se soltó, incluso cambió el tono:

—Wines buenos, a lo Loustau, de pelota al pie y gambeta contra la raya hasta el fondo, de ese año casi no hay. Siempre son raros, por lo menos en esta zona. Habría que ir más al norte. Lo que te puedo conseguir son picadores rápidos de llanura, trigueros de carrera y taponazo, como Vernazza o Boyé.

Bermúdez disimuló el estupor, le siguió la corriente:

—De esos wines tengo.

—Entonces, no.

Al entrenador lo desarmó la certeza.

—¿Estás seguro?

—No es una simple opinión… —y Campitos se agachó, arrancó un yuyo, desmenuzó la tierra adherida a las raíces—. Se puede comprobar que un wing-wing no se da en cualquier lado. Son producto de los bordes, fronterizos. O son suburbanos, de acá nomás, pero no de ese año, o de zona mezclada: los ingenios cerca de Tucumán, alrededores de Rosario, incluso la zona yerbatera. Pero no tengo datos precisos de ahí, falta investigación. Este es un país muy grande, Bermúdez. Hay producción natural de jugadores pero mucho desperdicio; en Uruguay, en cambio…

El delegado de inferiores debe haber sentido que lo estaban cargando porque insistió:

—¿Y un arquero?

Campitos hizo un gesto como de offside, meneó la cabeza:

—Mirá, el arquero no es algo que se te dé seguro en una zona. Los arqueros son diferentes, están en todas partes y en ninguna. Además el arquero no se relaciona tanto con la tierra, como el que juega al centro, sino con el aire. Tal vez habría que buscar por ese lado, el tipo de aire…

En ese momento el delegado pensó que su amigo no estaba bien. Lo que siguió pareció confirmarlo:

—Además, antes que nada está el apellido. Sabés, yo creo que el arquero, el buen arquero, no es un pibe que nace o se hace sino un nombre que se dice: yo, como mi amigo Fontanarrosa, por ejemplo, tenía un buen nombre para arquero: Campodónico. Porque es algo largo, como que ocupa mucho arco… —y Campitos abría los brazos, como para llegar de palo a palo—. Hay ejemplos a patadas: Camarata, Marrapodi, Mussimesi, Hemandorena, Giambartolomei… No digo que con apellido corto no podés ser arquero, pero ahí tenés que agregarle un nombre

largo: Amadeo Raúl Carrizo. En España los arqueros buenos son casi todos vascos por eso: tienen unos apellidos…

Bermúdez lo dejó hablando solo.

En las semanas siguientes Campitos se entusiasmó y tomó algunas iniciativas por la suya. Como sabía los puntos flojos de la defensa de la cuarta consiguió un tres y un seis cosecha 38 directamente sin moverse de Haedo. Con una llamada al presidente de la Sociedad Rural de Salliqueló se trajo el mejor "half de ala" de esa zona de cebada cervecera, donde se daban buenos; como había más confianza, al back izquierdo se lo pidió directamente con un escueto telegrama a un amigo del Club Ferroviario de Coronel Dorrego: ¡Mandáme un buen choclo zurdo del 38. Campitos! Así, Hugo Tapita Soler y el Silo Maldonado se presentaron una mañana y sin aviso en el entrenamiento de la cuarta diciendo que venían del semillero de Campitos. El delegado se extrañó un poco pero los probó y quedaron, claro. Calzaban en los puestos como piezas de rompecabezas. Ese día, además, aunque no le dieron la docena de pelotas que necesitaba para entrenar, la comisión directiva lo felicitó por las campañas de inferiores, por el ojo para descubrir pibes. Bermúdez sonrió, casi modesto:

—Son años —dijo.

De pronto, bruscamente, el agrónomo desapareció del club. Al mes, cuando ya amarilleaba el pasto, recién se dieron cuenta de que no tenían un teléfono, no había cómo localizarlo. Bermúdez, que estaba secretamente perturbado por los resultados del semillero y ya se permitía pensar en los beneficios de su explotación sistemática, esperó un sábado más y en las duchas, durante la celebración a los gritos de una victoria fácil, les sacó a algunos pibes, sin esfuerzo y sin demostrar demasiado interés, los datos necesarios para ubicarlo.

Esa misma tardecita, después de tomar el tren y un par de colectivos, el delegado se apareció sin aviso por el vivero de Haedo. El otro lo vio llegar desde la

puerta del invernadero y estaba a punto de esconderse cuando Bermúdez pegó el grito:

—¡Campitos! Te di la cana, Campitos…

El agrónomo se resignó a sacarse los guantes de goma llenos de tierra para recibir el apretón y las palmadas:

—Qué hacés… —y Bermúdez le miraba teatralmente los pies—. Pensé que te habías plantado en una maceta y no te podías mover…

—Mucho laburo —argumentó el otro sin convicción.

Aunque el visitante se manifestó ruidosamente quejoso del abandono en que había dejado esas pobres canchitas e igualmente agradecido por la gestión oficiosa y los resultados que calificó de "macanudos" con los nuevos pibes, el agrónomo notó, sobre todo, su ansiedad y desconfianza. Bermúdez se paseaba entre las filas de macetas mientras elogiaba la seguridad del Silo —tenés que verlo, Campitos—, y hurgaba entre los paquetes de semillas al tiempo que preguntaba dónde quedaba exactamente Salliqueló, miraba a golpes de reojo hacia el cuartito del fondo.

Campitos decidió aclarar todo de entrada:

—Yo no los planto, Bermúdez. No los planta nadie. Están ahí, crecen… —y el brazo con la palma extendida se fue separando del suelo—. Solamente tenés que saber adonde ir a cosechar.

—¿Y cómo sabés?

El agrónomo no le contestó. Simplemente suspiró y después de un momento de vacilación lo agarró del codo y lo llevó hacia el cuartito. Al llegar a la puerta se hizo a un lado, dejó que Bermúdez entrara y encendió la luz. No era tan chico el lugar pero lo parecía. Demasiadas cosas, tal vez. A la izquierda, las herramientas de jardinería se encimaban sobre la pared, junto a la puerta de metal con vidrio opaco. Había una docena de frascos con semillas, una tijera podadora colgada de un

gancho, una manguera que emergía de debajo de la rústica cajonera apoyada bajo la ventana. El resto, a la derecha y al frente, eran papeles.

—Ahí está todo —dijo Campitos.

Bermúdez se acercó con timidez, sin decir nada. Había un par de estanterías, una mesa amplia, gruesos rollos de papel apoyados en un ángulo y un panel recubierto de corcho en el que estaba sujeto con chinches un gran mapa de la Argentina saturado de marcas de todos los colores. Una serie de biblioratos numerados hasta el cincuenta ocupaba una estantería; grandes libros de contabilidad con lomo de cuero y el canto de las hojas coloreadas se enfilaban en la otra. Los biblioratos llevaban rótulos como arroz, yerba mate, ganado porcino, frutales, algodón; cada uno de los libracos, en cambio, tenía escrito grande, en el lomo, el nombre de un equipo. Desde Boca y River a Dock Sud y Flandria. Debajo, más chico, los años correspondientes. Había encuadernados en marrón, en amarillo y en verde. Eran docenas de libros. Uno amarillo estaba abierto sobre la mesa.

Campitos se adelantó y señaló lo que estaba escrito con tinta azul en los títulos y con lápiz en las múltiples columnas prolijas de contable.

—Fíjate: San Lorenzo, cosecha 1928, 29 y 30 —Bermúdez se asomó—. Acá están ordenados por puesto, pero es un sistema de triple entrada, que permite buscar también por nombre y por lugar de origen. Siempre por trienios. Son los ciclos mínimos para poder detectar una producción firme, una constante.

Arriba estaba escrito con letra gótica mayúscula D. Delanteros, y a continuación, como un ítem incluido, D/3. Centrodelanteros (9). Abajo, el nombre del jugador —en este caso era Benavídez— con una A grande a su lado, al margen.

—¿Qué es esa A? —dijo Bermúdez.

—La categoría. Benavídez llegó a primera, ha sido un jugador bueno y reconocido, incluso tiene paso por la Selección: A es lo máximo. También hay B, C, hasta F.

El delegado asintió y deslizó el dedo primero de izquierda a derecha y luego hacia abajo. A cuatro columnas —Fechas, Lugares, Producciones, Alternativas— cada una de ellas a su vez subdividida, se desplegaba con lápiz toda la información referida al piloto sanlorencista en veinte renglones o más, casi toda la página.

Bermúdez no llegó a leer mucho porque Campitos se apoderó del libro y haciendo correr las páginas bajo el pulgar, abriéndolo en un lugar o en otro y diciendo ¡¿ves? ¿ves?!, lo paseó de apuro por todo el plantel y terminó cerrando el tomo con un ruido categórico.

—¿Y qué significan los colores? ¿Por qué los forraste distinto?

—Los marrones, lo que ya fue, los que te sirven de referencia, de antecedente; los amarillos son los que están maduros ahora, jugando… —y ahí el agrónomo hizo una pausa—. Los verdes…

—Los que van a venir —completó Bermúdez casi demasiado ansioso.

—Los que pueden venir, los que tal vez se den… —precisó Campitos. Se empinó y rozó los lomos de la fila de tomos verdes—. Acá está todo mi trabajo de años de rastreo en la provincia. Y ya tuviste algunas pruebas de que puede ser.

—¿Y qué pensás hacer?

—Nada. Pensaba, alguna vez, en un libro. Pero creo que… —No, boludo.

El adjetivo en aquella época sonaba más fuerte que ahora. Campitos no lo dejó pasar:

—¿Qué dijiste?

—No te enojés. Quiero decir que lo que tenés acá es mucho más que la información para escribir un libro. Estos datos significan mucha guita, Campitos.

—Ya sé. Y mucho tiempo. Si a mí me tuvieran que pagar hoy por este laburo… —y se dio vuelta a colocar el tomo en su lugar.

Bermúdez se dio cuenta de que estaban hablando de dos cosas diferentes.

—No me refiero a lo que vale el tiempo que le dedicaste —dijo de corrido. Después eligió más las palabras, como si temiera espantarlo—. Es la explotación, digo… el usufructo de estos datos, Campitos.

El agrónomo se volvió a la altura de ¡usufructo! y prestó atención. El delegado ya estaba lanzado:

—Esos datos sirven para un libro, seguro. Pero convertidos en jugadores concretos, en pibes que ahora tienen quince, dieciséis años, y van a ser cracks… ¿Te das cuenta? Porque vos sabés cómo encontrarlos. Y ése es un negocio bárbaro, Campitos. Te podés llenar de guita descubriendo jugadores si le lo proponés: fíjate lo de Maschio, Angelillo y Sívori.

—Precisamente.

Campitos bajó un tomo amarillo recién forrado: Racing 1937-38-39. Lo abrió con orgullosa precisión de bibliotecario.

—Acá los tenía ya: el Bocha… —mostró la ficha de Maschio y volvió unas hojas

—. A Angelillo ya lo había localizado en Sacachispas: un nueve suburbano. Pero hay un caso, Corbatta, que…

—No me entendés —se obstinó Bermúdez. —La puta si te entiendo.

—¿Entonces?

El ingeniero agrónomo José Campodónico no dijo nada. Tomó a Bermúdez del brazo, y sin soltarlo apagó la luz. Salieron del cuartito, cerró con llave.

—Me parece que esto va a quedar así —dijo tan bajito que el otro no lo oyó, o no quiso.

Atardecía rápidamente y caminaron entre las plantas que ya se entreveraban en la penumbra. Un perro peludo y negro apareció bruscamente y Bermúdez se sobresaltó.

—Quieto, Toscano.

Campitos acarició la cabeza del perro y siguieron andando hasta el portón de entrada. Para él, evidentemente, la visita había terminado.

—¿Y? —dijo Bermúdez—. ¿Qué pensás de lo que te dije? Es un negocio. —Mejor no hubieras venido —y Campitos retenía al perro junto a sus rodillas con pequeños golpecitos en la cabeza—. Pero no te calentés, que es culpa mía: hacé de cuenta que no te mostré nada, que no te expliqué nada, que no viste nada.

—Está bien. Pero decíme por qué.

Campodónico no contestó. Los dos miraron en silencio cómo el perro salía ladrando detrás de una bicicleta, la corría unos metros y volvía al trote levantando polvo por el medio de la calle casi a oscuras.

—Yo creo que descubrí algo —dijo de pronto—. De pedo, ponéle, pero lo descubrí yo. Los jugadores nacen, y no en cualquier lado: parece que tiene que ver con la producción de cada lugar. Pero yo no puedo ir y decir eso. Una idea hay que probarla, no basta con que se te ocurra.

Y yo lo único que hice hasta ahora fue juntar datos de antes, y después recorrer bien una zona, una zonita, durante un tiempo.

—¿Y de ahí? Si con eso solo ya podés garantizar que conseguís…

—Garantizar, las pelotas. Si hablo ahora, seguro que me tratan de chantapufi. Necesitaría más datos de más años en más lugares. No puedo decir si es un caso argentino o si vale para todos lados. Hasta hace poco, para cualquier cosa decíamos que éramos los mejores del mundo. Un tipo como Ameghino, mirá lo que te digo: Florentino Ameghino, se animaba a decir cualquier barbaridad, total la gente

compraba. Si hace cinco años yo salía con la idea de que de la geografía argentina salen jugadores especiales seguro que me hacía famoso. Viste cómo es la gente. Por ahí hasta Perón me daba guita para investigar, como al alemán ese de Bariloche que decía que iba a fabricar la bomba atómica. Pero después de lo de Suecia es al revés. La Selección fue a jugar contra los checos después de comerse tres platos de ravioles, nos hicieron seis y ahora no servimos para nada. Dicen que ya no nacen jugadores y hay que fabricarlos a la europea, dicen…

—¿Quién dice? La gilada, dice.

—La gilada, ponéle… —Campodónico dio unos pasos por la vereda de tierra: arrastraba a Bermúdez, lo ponía en camino—. Pero hay algo más. Esto es como ilusionar a la gente con una vacuna. Y una cosa es recoger lo que está ahí y otra sembrar para cosechar. Que yo diga o demuestre que de la zona maicera entre 1935 y 1937 salieron buenos centrojás no quiere decir que haya que sembrar siempre maíz en los años terminados en cinco, seis o siete porque vas a tener centrojas buenos. Tal vez funcione, no sé. Yo encontré, a poncho y sin poder investigar demasiado, un método que sirve para aprovechar mejor la producción futbolera. Que no se desperdicie.

Porque uno de los problemas acá es que hay de todo y mucho, y se pierde demasiado. —De eso te quería hablar, Campitos: vos no tendrías que hacer nada. Dejáme que yo…

—Calláte, que no entendés: además hay otra cuestión —se ofuscó el agrónomo—.

Y vamos, que te acompaño hasta el colectivo.

—Me estás echando —dijo Bermúdez, empacado.

—Sí.

Y Campitos siguió hablando sin detenerse, siempre unos pasos adelante:

—Están los casos raros, Bermúdez, los pocos que hay —puntualizó—. Te dije recién lo de Corbatta. No calza. Según la fecha y el lugar, tendría que ser back izquierdo. Y Corbatta es wing. La puta si es wing… No lo vas a poner de tres. Y Grillo, igual: debería haber sido un half metedor, tipo Pescia. Y mira lo que salió.

—Está bien. ¿Y?

—Significa que hay excepciones. Por suerte.

Bermúdez dio un salto, se le puso adelante:

—Pero dejáte de joder, Campitos. Por dos locos, por un cordero con dos cabezas, un zapallo gigante, no me vas a decir que el método no sirve… —se exaltó—. No te lo conté porque no me dejaste, pero desde la semana pasada los pibes de la quinta, la delantera entera, con Galindo, Torres, Ponferrada, están entrenando con la tercera. En cualquier momento les van a ofrecer contrato. Y a esos pendejos me los trajiste vos: ¿no vale nada eso? Se los estamos regalando, Campitos. Y con el tiempo van a ser un montón de jugadores. Qué te calientan esos bichos raros.

—Es que ésos son los mejores.

Campodónico apartó a Bermúdez como quien se deshace de una tentación, de una telaraña inoportuna, y prosiguió:

—Cuando yo estudiaba en la Facultad tenía un profesor de Estadística, el ingeniero Sagasti. Una eminencia. ¿Y sabés por qué era un genio, Bermúdez? —y lo enfatizó con gesto amplio—. Porque Sagasti, el profesor de Estadística, no creía en las estadísticas. ¡Son sumas de datos, cosas que están ahí!, decía. ¡Y no es necesario creer en lo que está ahí. Nadie cree en una vaca o en el número cuatro. Por eso yo conozco las estadísticas, las respeto, pero sólo creo en las excepciones!, decía Sagasti.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Tiene. Imagináte qué pasaría si este método de buscar jugadores se hiciera conocido.

—Precisamente. Eso es lo que no tiene que pasar, boludo. Nadie más que vos… y yo lo tenemos que manejar.

Habían llegado bajo el foco recién encendido de la esquina. Se detuvieron ahí.

Toscano daba vueltas alrededor.

—No entendés, Bermúdez. Nunca entendés nada, vos —dijo Campitos con desaliento, con bronca apenas contenida—. En el fondo, una cosa así es lo que buscan los soretes de ahora, ésos que dicen que el jugador se puede hacer. Con estos datos, no solamente van a querer cosechar sino fabricarlos a medida. Con años y años de anticipación. Imagináte, un asco. Y después no van a aceptar, no van a reconocer, no van a poder soportar las excepciones. Y ahí se acabó todo: se acabó el fóbal.

—Pará, pará, pará… Escucháme.

Bermúdez sentía que todo iba demasiado rápido y demasiado lejos para él.
—Olvidáte —concluyó Campitos—. A partir de ahora, si te llega a faltar algún pibe, de vez en cuando y ante una emergencia, me avisás y veo qué puedo hacer. Pero nada más. Porque ya veo cómo te funciona la cabeza a vos…

El agrónomo se dio vuelta y estiró el brazo para detener el colectivo que se aproximaba.

—Vos estás loco. Me interpretaste mal —se quejó Bermúdez.

—Seguro, boludo.

Cuando el delegado estaba en el estribo, Campitos agregó:

—En una de ésas vuelvo al club. Pero de canchero, solamente de canchero.

—Me cagaste la vida —fueron las últimas palabras de Bermúdez.

Toscano corrió el colectivo una cuadra y media.

A los quince días, de regreso de un viaje a la costa a buscar colas de zorro y tamariscos, el perro no salió a ladrar. Campitos lo había dejado suelto, como siempre que se iba por el fin de semana. Nadie había entrado a la casa, pero cuando vio la ventana del cuarto del fondo del vivero rota sospechó lo peor. En el camino, cerca de la puerta, encontró a Toscano muerto en medio de una gran mancha de sangre ya seca, absorbida por la tierra. Las hormigas menudeaban alrededor de una herida ancha que le partía la cabeza.

Adentro estaba todo en desorden. De un vistazo Campitos comprobó que faltaba la mayoría de los tomos verdes, que el resto había sido revisado a las apuradas, asomaban hojas sueltas de los biblioratos, otras habían sido arrancadas y abandonadas ahí mismo. Había manchas de sangre en el vidrio roto de la ventana y en un pedazo de trapo.

Campitos permaneció quieto, anonadado. Al rato, sin tocar nada, salió, fue a buscar unas tablas y tapió la ventana con clavos grandes y a martillazos desordenados. Luego hizo un pozo hondo y ancho en el fondo del vivero, puso a Toscano, puso la radio Philips, echó encima ramas secas, las prendió fuego y se fue. Sólo volvió para tapar las cenizas con largas paladas de tierra negra que no volvería a pisar.

A los dos años hubo cambio de la comisión directiva del club y lo llamaron. Campitos fue. Habló con un tal Peluffo, el secretario, un hombre gordo, tonto y locuaz al que no conocía. Y esta vez no hubo problemas para arreglar. Ahora tenía ganas y un muchacho que trabajaba con él y podía dejarlo a cargo del vivero. Peluffo lo llevó a ver las canchas y el deterioro le dio tanta pena que estuvo a punto de llorar. En una de las del fondo estaba practicando la tercera y se arrimó al alambrado. No reconoció a muchos de los pibes, no lo vio a Bermúdez. Preguntó.

—Hubo que echarlo. Pensé que sabía —dijo Peluffo.

Campitos le insinuó sin explicar que no sabía ni eso ni nada. Últimamente se había desentendido del fútbol en general y del club en particular.

—La verdad, nunca hubo un tipo tan capaz en inferiores —reconoció el secretario —. Pero en algún momento empezaron los problemas. Primero tuvo un accidente raro y no vino por dos meses.

—¿Qué le pasó?

—Se cortó, en un pie, arreglando no sé qué cosa. Después descubrimos que la lesión por la que no podía venir a entrenar no le impedía viajar.

—¿Viajar?

—Fue a la provincia y se trajo, de golpe, ciento cincuenta jugadores para probar. Hasta pibes de diez años… —el secretario hizo el gesto convencional del dedo atornillando la sien.

Campitos quiso interrumpir ahí el relato dando un paso al costado, sacándole la cara. Pero no pudo. El secretario lo tomó del brazo, lo retuvo:

—Y Bermúdez pretendía que los ficháramos a todos, a ciegas. Y encima cobrar por eso. “Son cracks, te lo digo yo. Si no los quieren me los llevo a otro lado”, nos decía: “¿No les armé El quinteto de la muerte? Estos son mejores” —y Peluffo parodiaba un modo de hablar y gesticular que Campitos reconocía. Después cambió el tono—. Y ahí, por debilidad, se cometió el error de reconocerle unos mangos por pase.

El agrónomo no sabía a qué le llamaban “El quinteto de la muerte” y Peluffo se lo explicó.

—Sí, ahora que me dice. A esos pibes creo que los he visto jugar… —admitió sin poder evitar un temblor—. Eran muy buenos: Pérez, Galindo, Torres…

—Ponferrada y Malerba… —completó Peluffo—. Justamente con ésos fue el escándalo. Y una lástima, porque el perjudicado fue el club.

Campitos sintió que ya no podría detener el relato completo y lo apuró: —¿Qué pasó?

—Le cuento. De los ciento cincuenta que había traído este Bermúdez, el club fichó a algunos y a otros no. Pero de pronto empezaron a aparecer padres y tipos de clubes de la provincia, reclamando por la guita que les había sacado este hijo de puta, perdonando el término, con la promesa de que al pibe lo iban a fichar.

—¿Y Bermúdez?

—Se defendió diciendo que siempre había sido así, que él sabía que alguien había estado cobrando por los fichajes de pibes del interior, que si lo apretaban iba a empezar a tirar nombres…

—Mire usted…

—Y ahí fue cuando vino el escándalo. Estos pibes, los del quinteto, hacía dos o tres partidos que habían debutado en primera y andaban bien. En el entretiempo de un partido contra Tigre, este Bermúdez se fue al vestuario y no sé qué les dijo. La cosa es que lo corrieron, lo agarraron en el túnel y lo cagaron a trompadas. Parece que estos pibes querían tapar a alguien. La cuestión es que Bermúdez salió por el túnel a la cancha con la cara así, intervino la policía, los botones se metieron por el túnel y también cobraron. Terminaron todos en cana y el club, para evitar sanciones a la cancha, tuvo que cortar por lo sano. Elevó el informe a la AFA y a los pibes los suspendieron por dos años. Esos, prácticamente no juegan más. A Bermúdez lo echaron… ¿Qué tal?

Peluffo separó las manos del alambrado al que se había aferrado durante la última parte del relato, como si estuviera transmitiendo lo que sucedía en esa pelada canchita de entrenamiento, y se volvió hacia Campitos, quieto, mudo, la mirada fija quién sabe dónde.

—¿Qué me dice? —reiteró el secretario.

—Acá hay mucho por hacer… —dijo el agrónomo como si despertara; se agachó, arrancó una mata de pasto duro y seco, la levantó hasta la altura de sus ojos—. Fíjese cómo está esto. Un potrero. Es un trabajo que va a llevar su tiempo.

Y se quedó más de treinta años.

Ésa es la historia de José Campodónico tal como pude armarla con testimonios sueltos pero sobre todo a partir de lo que me contaron en larga sobremesa, el día de su entierro, los veteranos, leales muchachos de la Cosecha del 39. Ellos conocieron el episodio del robo y la muerte de Toscano muchos años después, la única vez que, para un fin de año, Campitos se emborrachó, sacó el tema y les mostró incluso los papeles amarillos, los mapas, las carpetas amontonadas que se había traído cuando liquidó el vivero. La versión de la pelea en el túnel no me la dieron ellos pero parece cierta. Es parte de la tradición oral del club y me la contó Peluffo, que está muy viejito, ya no es gordo, pero sigue tonto y charlatán. Lo poco que se sabe del destino ulterior de Bermúdez es que trabajó un tiempo en Bolivia y hay quien lo supone cofundador de la Academia Tahuichi. Por lo demás, ya debe haber muerto.

Claro que queda algo por decir. Después de haber escuchado durante horas esa primera historia de Campitos por boca de Torres, Galindo y Ponferrada, y antes de pensar contarla alguna vez, tuve una curiosidad inmediata, una necesidad casi física de volver al estadio. Sábado a la tarde, había mucho tránsito en la Panamericana y tardé demasiado. Cuando llegué eran más de las seis. Pregunté en vigilancia por Leonor, la mujer de la limpieza, y me miraron con cara rara.

—Soy Héctor Saccone, de la nueva comisión —dije y me sentí tonto—. Vengo del entierro de Campitos.

Me dijeron que creían que Leonor ya se había ido.

—Voy a ver —dije y pasé.

Fui casi corriendo. La encontré en el vestuario del personal, cerrando su casillero.

Acababa de cambiarse y ya se iba.

—Qué suerte que la encuentro, Leonor —dije sin saludarla, agitado y desde la puerta—. Necesito la llave del cuarto de Campitos. ¿La tiene usted?

La descolgó de un tablero que estaba a su derecha y me la alcanzó:

—Fue mucho trabajo limpiar todo eso. Había cucarachas, suciedad de ratas… Pero quedó bien. ¿Quiere ir a ver?

—Vamos, por favor. Y disculpe si la entretengo. Es sólo un momento.

Fuimos. En el camino me preguntó por el entierro y no recuerdo qué le contesté. Abrió la puerta. Encendió la luz. Había una cama, una mesa, una silla, un roperito con la puerta abierta, vacío.

—¿Y las cosas?

—Son los muebles que había…

—Las cosas: los papeles, los mapas que usted me dijo… —argumenté, ya vencido.

—Una lástima, pero me dijeron que tirara todo. Cinco bolsas así.

Y la mano de Leonor señaló a la altura de su cadera, acaso un poco más. Qué importa.

Osvaldo Soriano

Gallardo Pérez, referí

Para el mundial de 1986, Il Manifesto, de Roma, me pidió que escribiera un artículo por día durante todo el mes del campeonato. Maurizio Matteuzzi me explicó que no se trataba de viajar a México; ni siquiera de comentar los partidos por televisión. Desde Buenos Aires yo tenía que imaginar todos los días un relato vinculado con el fútbol para acompañar las conjeturas de los especialistas italianos.

De entrada, Giorgio Monocorda, uno de los columnistas, escribió que el candidato más firme a ganar la copa era el seleccionado argentino. Yo me reí de él en el primer télex que mandé desde Buenos Aires, pero un mes más tarde, cuando Jorge Burruchaga coronó la victoria sobre Alemania, tuve que disculparme ante los lectores italianos por mi falta de confianza en Bilardo y su gente. "Ustedes, los argentinos, son unos descreídos", me reprochó Matteuzzi por teléfono. Y esa vez tuve que darle la razón.

El protagonista de este relato existió, pero quizá no se llamaba Gallardo Pérez. Yo hice el gol del escándalo, pero no creo que haya sido exactamente así. De cualquier modo, me divirtió reconstruir aquellos días en que era muchacho y soñaba con jugar un día en San Lorenzo de Almagro.

Cuando yo jugaba al fútbol, hace más de veinte años, en la Patagonia, el referí era el verdadero protagonista del partido. Si el equipo local ganaba, le regalaban una damajuana de vino de Río Negro; si perdía, lo metían preso. Claro que lo más frecuente era lo de la damajuana, porque ni el referí, ni los jugadores visitantes tenían vocación de suicidas.

Había, en aquel tiempo, un club invencible en su cancha: Barda del Medio. El pueblo no tenía más de trescientos o cuatrocientos habitantes. Estaba enclavado en

las dunas, con una calle central de cien metros y, más allá, los ranchos de adobe, como en el far-west. A orillas del río Limay estaba la cancha, rodeada por un alambre tejido y una tribuna de madera para cincuenta personas. Eran las "preferenciales", las de los comerciantes, los funcionarios y los curas. Los otros veían el partido subidos a los techos de los Ford A o a las cajas de los camiones de la empresa que estaba construyendo la represa.

Todos nosotros estábamos bajo el influjo del maravilloso estilo del Brasil campeón del mundo, pero nadie lo había visto jugar nunca: la televisión todavía no había llegado a esas provincias y todo lo conocíamos por la radio, por esas voces lejanas y vibrantes que narraban los partidos. Y también por los diarios, que llegaban con cuatro días de atraso, pero traían la foto de Pelé, el dibujo de cómo se hacía un cuatro-dos-cuatro y la noticia de la catástrofe argentina en Suecia.

Yo jugaba en Confluencia, un club de Cipolletti, pueblo fundado a principios de siglo por un ingeniero italiano que tenía un monumento en la avenida principal. Todavía las calles no habían sido pavimentadas y para ir al fútbol los domingos de lluvia había que conseguir camiones con ruedas pantaneras.

Confluencia nunca había llegado más arriba del sexto puesto, pero a veces le ganábamos al campeón. Muy de vez en cuando, pero le dábamos un susto.

Ese día teníamos que jugar en la cancha de Barda del Medio y nunca nadie había ganado allí. Los equipos "grandes" descontaban de sus expectativas los dos puntos del partido que les tocaba jugar en ese lugar infernal. Los muchachos de Barda del Medio, parientes de indios y chilenos clandestinos, eran tan malos como nosotros suponíamos que eran los holandeses o los suecos. Eso sí, pegaban como si estuvieran en la guerra. Para ellos, que perdían siempre por goleada como visitantes, era impensable perder en su propia casa.

El año anterior les habíamos ganado en nuestra cancha cuatro a cero y perdimos en la de ellos por dos a cero con un penal y un piadoso gol en contra de Gómez, nuestro marcador lateral derecho. Es que nadie se animaba a jugarles de

igual a igual porque circulaban leyendas terribles sobre la suerte de los pocos que se habían animado a hacerles un gol en su reducto.

Entonces, todos los equipos que iban a jugar a Barda del Medio aprovechaban para dar licencias a sus mejores jugadores y probar a algún pibe que apuntaba bien en las divisiones inferiores. Total, el partido estaba perdido de antemano.

El referí llegaba temprano, almorzaba gratis y luego expulsaba al mejor de los visitantes y cobraba un penal antes de que pasara la primera hora y la tribuna empezara a ponerse nerviosa. Después iba a buscar la damajuana de vino y en una de ésas, si la cosa había terminado en goleada, se quedaba para el baile.

Ese día inolvidable, nosotros salimos temprano y llevamos un equipo que nos había costado mucho armar porque nadie quería ir a arriesgar las piernas por nada. Yo era muy joven y recién debutaba en primera y quería ganarme el puesto de centro delantero con olfato para el gol. Los otros eran muchachos resignados que iban para quedarse en el baile y buscar una aventura con las pibas de las chacras.

Después del masaje con aceite verde, cuando ya estábamos vestidos con las desteñidas camisetas celestes, el referí Gallardo Pérez, hombre severo y de pésima vista, vino al vestuario a confirmar que todo estuviera en orden y a decirnos que no intentáramos hacernos los vivos con el equipo local. Le faltaban dos dientes y hablaba a los tropezones, confundiendo lo que decía con lo que quería decir.

Le dijimos —y éramos sinceros— que todo estaba bien y que tratara, a cambio, de que no nos arruinaran las piernas. Gallardo Pérez prometió que se lo diría al capitán de ellos, Sergio Giovanelli, un veterano zaguero central que tenía mal carácter y pateaba como un burro.

Ni bien saludamos al público que nos abucheaba, el defensa Giovanelli se me acercó y me dijo: “Guarda, pibe, no te hagas el piola porque te cuelgo de un árbol”.

Miré detrás de los arcos y allí estaban, pelados por el viento, los siniestros sauces donde alguna vez habían dejado colgado a algún referí idealista. Le dije que no se preocupara y lo traté de "señor". Giovanelli, que tenía un párpado caído surcado por una cicatriz, hizo un gesto de aprobación y fue a hacerles la misma advertencia a los otros delanteros.

La primera media hora de juego fue más o menos tranquila. Empezaron a dominarnos pero tiraban desde lejos y nuestro arquero, el Cacho Osorio, no podía dejarla pasar porque hubiera sido demasiado escandaloso y nos habrían linchado igual, pero por cobardes. Después dieron un tiro en un poste y el Flaco Ramallo sacó varias pelotas al córner para que ellos vinieran a hacer su gol de cabeza.

Pero ese día, por desgracia, estaban sin puntería y sin suerte. Todos hicimos lo posible para meter la pelota en nuestro arco, pero no había caso. Si el Cacho Osorio la dejaba picando en el área, ellos la tiraban afuera. Si nuestros defensores se caían, ellos la tiraban a las nubes o a las manos del arquero.

Al fin, harto de esperar y cada vez más nervioso, Gallardo Pérez expulsó a dos de los nuestros y les dio dos penales. El primero salió por encima del travesaño. El segundo dio en un poste. Ese día, como dijo en voz alta el propio referí, no le hacían un gol ni al arco iris.

El problema parecía insoluble y la tribuna estaba caldeada. Nos insultaban y hasta decían que jugábamos sucio. Al promediar el segundo tiempo empezaron a tirar cascotazos.

El escándalo se precipitó a cinco o seis minutos del final. El Flaco Ramallo, cansado de que lo trataran de maricón, rechazó una pelota muy alta y yo piqué detrás de Giovanelli, que retrocedía arrastrando los talones. Saltamos juntos y en el afán de darme un codazo pifió la pelota y se cayó. La tribuna se quedó en silencio, un vacío que me calaba los huesos mientras me llevaba la pelota para el arco de ellos, solo como un fraile español.

El arquerito de Barda del Medio no entendía nada. No sólo no podían hacer un gol sino que, además, se le venía encima un tipo que se perfilaba para la izquierda, como abriendo el ángulo de tiro. Entonces salió a taparme a la desesperada, consciente de que si no me paraba no habría noche de baile para él y tal vez hasta tuviera que hacerme compañía en el árbol de fama siniestra. Él hizo lo que pudo y yo lo que no debía. Era alto, narigón, de pelo duro, y tenía una camiseta amarilla que la madre le había lavado la noche anterior. Me amagó con la cintura, abrió los brazos y se infló como un erizo para taparme mejor el arco. Entonces vi, con la insensatez de adolescencia, que tenía las piernas arqueadas como bananas y me olvidé de Giovanelli y de Gallardo Pérez y vislumbré la gloria.

Le amagué una gambeta y toqué la pelota de zurda, cortita y suave, con el empeine del botín, como para que pasara por ese paréntesis que se le abría abajo de las rodillas. El narigón se ilusionó con el driblin y se tiró de cabeza, aparatoso, seguro de haber salvado el honor y el baile de Barda del Medio. Pero la pelota le pasó entre los tobillos como una gota de agua que se escurre entre los dedos.

Antes de ir a recibirla a su espalda le vi la cara de espanto, sentí lo que debe ser el silencio helado de los patíbulos. Después, como quien desafía al mundo, le pegué fuerte, de punta, y fui a festejar. Corrí más de cincuenta metros con los brazos en alto y ninguno de mis compañeros vino a felicitarme. Nadie se me acercó mientras me dejaba caer de rodillas, mirando al cielo, como hacía Pelé en las fotos de El Gráfico.

No sé si el referí Gallardo Pérez alcanzó a convalidar el gol porque era tanta la gente que invadía la cancha y empezaba a pegarnos, que todo se volvió de pronto muy confuso. A mí me dieron en la cabeza con la valija del masajista, que era de madera, y cuando se abrió todos los frascos se desparramaron por el suelo y la gente los levantaba para machucarnos la cabeza.

Los cinco o seis policías del destacamento de Barda del Medio llegaron como a la media hora, cuando ya teníamos los huesos molidos y Gallardo Pérez estaba en calzoncillos envuelto en la red que habían arrancado de uno de los arcos.

Nos llevaron a la comisaría. A nosotros y al referí Gallardo Pérez. El comisario, un morocho aindiado, de pelo engominado y cara colorada, nos hizo un discurso sobre el orden público y el espíritu deportivo. Nos trató de boludos irresponsables y ordenó que nos llevaran a cortar los yuyos del campo vecino.

Mientras anochecía tuvimos que arrancar el pasto con las manos, casi desnudos, mientras los indignados vecinos de Barda del Medio nos espiaban por encima de la cerca y nos tiraban más piedras y hasta alguna botella vacía.

No recuerdo si nos dieron algo de comer, pero nos metieron a todos amontonados en dos calabozos y al referí Gallardo Pérez, que parecía un pollo deshuesado, hubo que atenderlo por hematomas, calambres y un ataque de asma. Deliraba y en su delirio insensato confundía esa cancha con otra, ese partido con otro, ese gol con el que le había costado los dos dientes de arriba.

Al amanecer, cuando nos deportaron en un ómnibus destartalado y sin vidrios, bajo una lluvia de cascotes, nuestro arquero, el Cacho Osorio, se acercó a decirme que a él nunca le hubieran hecho un gol así. "Se comió el amague, el pelotudo", me dijo y se quedó un rato agachado, moviendo los brazos, mostrándome cómo se hacía para evitar ese gol.

Cuando se despertó, a mitad de camino, Gallardo Pérez me reconoció y me preguntó cómo me llamaba. Seguía en calzoncillos pero tenía el silbato colgando del cuello como una medalla.

—No se cruce más en mi vida —me dijo, y la saliva le asomaba entre las comisuras de los labios—. Si lo vuelvo a encontrar en una cancha lo voy a arruinar, se lo aseguro.

—¿Cobró el gol? —le pregunté.

—¡Claro que lo cobré! —dijo, indignado, y parecía que iba a ahogarse—. ¿Por quién me toma? Usted es un pendejo fanfarrón, pero eso fue un golazo y yo soy un tipo derecho.

—Gracias —le dije y le tendí la mano. No me hizo caso y se señaló los dientes que le faltaban.

—¿Ve? —me dijo—. Esto fue un gol de Sívori en orsai. Ahora fíjese dónde está él y dónde estoy yo. A Dios no le gusta el fútbol, pibe. Por eso este país anda así, como la mierda.

Luisa Valenzuela

El mundo es de los inocentes

Ésta es una historia verídica. No siendo en absoluto adicta a la autobiografía, puedo contarla como si fuera ajena.

De fútbol no sé nada, no sé nada de fulbo. Será por eso que me encuentro a bordo de un vuelo rumbo a Brasil para cubrir el encuentro Boca-Cruzeiro por la Copa Libertadores de América. Esto pasó hace mucho, en el illo tempore del loto Lorenzo, pero es como si fuera ayer porque el absurdo de la situación la vuelve eternamente presente. Vas como escritora, olvidáte del periodismo, me dijeron en la revista. De todos modos allá estarán los corresponsales, insistieron, y además es un viaje chárter con la hinchada de Boca, a cualquiera le podés pedir que te desasne.

Se juega el desquite. El primer partido lo ganó Boca como local, y ahora toca pelearla en el estadio de Cruzeiro, en Belo Horizonte. Cruzeiro fue campeón el año anterior, la cosa es peliaguda. Qué cuernos voy a escribir, pienso, en el avión que no es un verdadero chárter después de todo, es un vuelo de línea que nos dejará esta noche en Río para que la hinchada de Boca pueda retozar por las playas y después a los bifes. A mi lado está sentado un señor muy formal que no tiene cara de hincha de nada, a no ser de sí mismo, y no puedo preguntarle sobre fútbol. Entonces tengo poco que decirle, casi no hablamos. Ya podré, ya podré consultar con alguien. Acá tiene que haber al menos uno que se tome el tiempo de explicarme por ejemplo qué es eso del off side. Yo sé muy bien que "el alma está en orsai, che bandoneón" y casi se diría que entiendo el sentimiento. Pero ¿qué significa la expresión, técnicamente hablando, en el fútbol de verdad de los domingos nuestros

de cada semana? Ya encontraré un incauto que me lo explique, y mucho más, ésta es la hinchada rica, la fina, la que puede pagarse vuelos semichárter y hoteles de varias estrellas. Así que en el avión no pero seguro sí en el ómnibus que nos llevará a la ciudad. El operador del tour casi me lo prometió. “Yo mucho no sé”, me dijo, ”y tengo que ocuparme del malón, pero ni te preocupés: cada uno de éstos es un experto en potencia, te imaginarás”.

Me imagino. Y las mujeres también, seguro que expertas aunque sean —las pocas que hay— tiernas esposas que acompañan a sus fanáticos cónyuges. De tanto acompañar, no pueden menos que estar interiorizadas de todos los secretos y unos más de yapa. Yo me voy a poner en acción esta misma noche, voy a preguntar sin ser pesada, voy a llegar a Belo Horizonte con alguna noción sustanciosa y válida como para juzgar un partido más allá del obvio gol. Por qué se decreta penal, cuántos jugadores tiene que haber en el área chica para que valga el gol. Esos misterios.

Me instalo en el autobús contra la ventanilla, sólita y callada, con un tentador asiento vacío a mi lado. Seguro que alguno cae en la trampa. Le voy a preguntar…

Entre mi meta y yo se interpone un abnegado padre que hace sentar a su hijo. Unos diecisiete años, el nene. Síndrome de Down. Se llama Bobi, me informa, y empieza a bombardearme con preguntas retóricas. Renuncio por el momento a todo aprendizaje pragmático de las reglas del fútbol y sin todavía poder reconocerlo me sumerjo en su mística.

—¿A que no sabé qué llevo acá? —me pregunta el Bobi mostrándome un rollo, descontando de antemano que no sé.

—No sé —le contesto y es verdad.

—Labandera de Boca (y cuando dice Boca se le llena la ídem de una miel de paladar espeso). La vo’a sacá en la cancha, nel partido.

—Qué lindo —le digo con la esperanza de que no suene falso.

—¿Y a que no sabé cómo me vo’a vestir paral partido?

—No sé.

—Me vo’a poné un pantalón azul y una chombamarilla —dice, la boca llena de miel.

—Qué lindo…

—¿Y a que no sabé qué tengo encasa?

—No sé.

—Cinco cuadernolleno con lo nombre de todo lo jugadore de Bbboca.

Qué lindo, repito y repito a lo largo del largo desglosamiento de una pasión. Pobre pibe, me digo mientras tanto. Pobre simple. Y no me queda espacio para compadecerme de mí, pobrecita yo que tengo que escribir la nota y ni siquiera sé por qué, y menos aún cómo es que el alma está en orsai. Che bandoneón.

Recién en Belo Horizonte, minutos antes de entrar al estadio, me encuentro con los colegas periodistas (aunque yo, no lo olvido, estoy aquí en mi calidad de escritora, puedo escribir lo que se me antoje: fantaciencia futbolera, realismo mágico, minimalismo del balompié. Hasta puedo pergeniar una larga reflexión y/o disquisición filosófica sobre los méritos y la universalidad de la pelota redonda: autocrítica de la buena niña de colegio inglés ahora finalmente avispada que en su juventud sólo asistió a partidos de rugby. Por los muchachos, es cierto, no por la pelota ovalada pero vaya lo uno por lo otro).

Debe ser por el lejano rugby que la hinchada de Boca ni me mira. Son un mazacote compacto, unidos en una única emoción compartida y un anhelo: ganar, ganar.

Su equipo debe ganar para hacerlos ganadores a ellos, para volverlos triunfales y darles un punto sólido de apoyo en la vida. Me siento como paria, ¿qué hago ahí sin palpitar al unísono? Y para colmo me da cierta tristeza el Bobi, con su

banderita y con su chomba amarilla. Al pie del estadio, el compañero corresponsal deportivo me va dibujando los movimientos y formaciones en distintas servilletas de papel. Con mis machetes al alcance de la mano me instalo en el palco de periodistas. Bobi me da menos tristeza que antes; se lo ve alegre, consustanciado. Pobre simple, me dije la noche anterior en el ómnibus. Ahora su simpleza me parece admirable, rayana en la austeridad, porque el resto de la hinchada fina (no estamos hablando de la barra brava, no, estamos hablando de los que se pagan charter, no olvidarlo), ha desplegado banderas de Boca de varios metros de largo, hace sonar bocinas estridentes gracias a botellas de aire comprimido, y no usa pantalón azul y remera amarilla, nada de eso. Están disfrazados de xeneixes hasta con galerones absurdos, son la encarnación de Boca que truena en un simbólico medio de la cancha porque ese medio de la cancha está en sus corazones. Bobi se mantiene digno, entusiasmado pero digno. Yo miro mis machetes algo nerviosa, el partido está por largarse, Boca jugará con camiseta amarilla (como Bobi, no como el resto de la hinchada que luce las bandas azules y oro hasta en los dientes). Yo me siento una mancha de progesterona en medio del machaje hasta que me presentan a la otra, ahí a mis espaldas, la mujer del jefe de relaciones públicas del equipo, una mina amistosa y fanática que me da charla y unos cuantos datos valiosos.

Y ahí se larga el primer tiempo y toda nuestra parte del estadio, la tribuna detrás de mí con la hinchada a todo trapo, resuena como ya sabemos que resuenan estas cosas. Ellos saltan y saltan enfervorizando a su equipo para que nadie nunca más diga que el fútbol es lo que los norteamericanos llaman un deporte de espectadores; brincan y gritan como para impedir que alguno de los dólares invertidos en llegarse hasta acá, al estadio de Cruzeiro en Belo Horizonte en esta tarde de sol, pueda ser considerado un gasto pasivo. Se trata de entregarse a la actividad pura de azuzar a los jugadores de Boca desplegando las banderolas gigantes y haciendo sonar los bombos. Y pensar que todo esto —¡todos éstos!— venían en mi avión y yo tan tranquila durante el vuelo.

Así en la tribuna, porque lo que es sobre el césped los jugadores nuestros desarrollan una actividad para nada entusiasmante. Recién está por finalizar el primer tiempo y ya van perdiendo dos a cero, ya en el palco de periodistas se habla del desempate en Montevideo, ya la Copa Libertadores de América parecería querer permanecer en manos de Cruzeiro. O en sus piernas. Buen goleador, el Nelsinho. Hasta una lega como yo puede notarlo. No por eso nuestra fervorosa y siempre bienamada hinchada deja de gritar y de saltar y enardecerse. Es sabido que al argentino más que la realidad lo mueve la expresión de deseo, la ilusión de un triunfo por remoto que parezca. Todos somos campeones, de alguna manera, de alguna contienda, de alguna apuesta, en algún rincón de nuestra almita (la misma del orsai).

Y después ¿qué? Después el medio tiempo alicaído. La mujer del jefe de prensa ya casi ni habla, los periodistas argentinos somos un grupito escuálido de patos mojados, ni un chopp de Brahma queremos, ni un cachorro quente. Todo Brasil parece empezar a festejar mientras nosotros… O casi todo Brasil: el club rival de Cruzeiro, en Belo, es el de mayor arrastre popular pero no llegó a competir en la copa y su torcida está tan pero tan mufada que casi casi espera que gane Boca.

Ni eso nos consuela por el momento, ni nos consuela cuando el Toto Lorenzo invita al gentil periodismo patrio a presenciar el segundo tiempo desde la fosa. Yo ya formo parte de ese bloquecito selecto, ya me siento cronista deportiva me siento, y rauda parto a la fosa a ver el segundo tiempo a ras de los botines claveteados de los jugadores. No por eso la cosa mejora, y perdemos el partido, y mustios mustios con la enorme banderola mal arrollada y los parches de los bombos echando humo y las lenguas afuera, somos arreados por la empresa chárter al aeropuerto de Belo Horizonte en espera del avión que pasará a buscarnos para trasladarnos, así como estamos semidisfrazados (ellos) y agotados todos, a la excelsa Capital Federal que no nos recibirá con los brazos abiertos pero en fin. Es hora de volver a casita a desagotar la rabia en la bañera y a rezar para que el desempate en Montevideo nos redima.

En el pequeño aeropuerto semivacío, a la espera del vuelo especial que se demora, da grima verlos. Los desinflados hinchas (valga el oxímoron) están postrados, tirados en el piso a falta de asientos, como trapos esas ropas que fueron festivas en el estadio, patéticos ahora y vencidos. Bobi duerme. La única con aire menos denso es mi amiga madame jefe de prensa. En secreto me muestra el contenido de una bolsita de nailon que cuelga amorosamente de su brazo: un trapo amarillo, empapado de lo que presumo es sudor. "Es la camiseta de Tarantini", me dice con orgullo. ¿Te la dio para lavar?, le pregunto yo con todo asombro y sinceridad y el desconocimiento más absoluto del fetichismo futbolero.

Buen día para el pez banana. Es así como mando al tacho una posible amistad. Para consolarme me voy sólita al bar frente al aeroparque. Es un aeroparque diríamos casero, y también casero parece ser el vuelo que nos habían prometido porque el avión no llega y han pasado las horas y esperamos sin esperanzas. En dicho avión están nuestras valijas y la posibilidad de cambiarnos y ponernos ropa fresca para poder regalarle nuestras pilchas resudadas a algún improbabilísimo fan. El hecho es que en pleno desaliento me tomo una caipirinha y por primera vez me pregunto qué hace una chica como yo en un lugar como éste y no obtengo respuesta alguna hasta que vuelvo a cruzar la avenida hacia la sala de espera del aeroparque y allí están, mis compañeros de la hinchada, redivivos, bailando un desaforado samba con los guardias. La hinchada lleva puestos los cascos con la inscripción PM, la policía militar se ha encasquetado las galeras de Boca y todos danzan tras un bombo batido —con su palo de abollar cabezas— por uno de los uniformados brasileños, obvio miembro de la torcida del club rival de Cruzeiro.

Estoy acá por el carnaval, entiendo, aunque la época del año no lo amerite.

Y nuestro avión, cuando llega tras mil horas de demora, no puede llevarnos a destino porque ya es de noche y no está habilitado para vuelos nocturnos y es así como nos devuelve a Río, a un hotel para un sueñito rápido porque saldremos a la

madrugada, siempre vestidos de Boca. Las valijas ya están estibadas, nos dicen, sacarlas significaría una injustificada pérdida de tiempo, nos dicen.

Y es así como después de tanta peripecia la hinchada y esta humilde escritora que suscribe nos encontramos por fin, en el amanecer de la derrota, en el Galeao, aeropuerto reluciente si lo hay. Estamos opacados y mal lavados y disfrazados y sin haber podido reponer ni recuperar el sueño. Parecen, parecemos, zombis avanzando por la larguísima cola para pasar migraciones. Muertos que caminan hasta que algo, una aparición, los devuelve a la vida. Son los jugadores de Cruzeiro que no han pasado mala noche, que han podido saborear el triunfo y bañarse y abrazar a los suyos y su chárter no los ha hecho esperar y ahora están de punta en blanco —mejor dicho, de blazer azul y pantalones grises como corresponde a chicos bien, casi casi los rugbyboys de mi adolescencia—, en prolija fila que avanza para adelantarse a nuestra cola, camino a Montevideo y llevando, oh sí, llevando en brazos la sublime, la tan codiciada y amada y gloriosa Copa Libertadores.

La hinchada de Boca se siente entonces en la peor de sus pesadillas. Enardecida, el odio surcándoles las venas: "¡Vamo a matarlo, vamo!", gritan, y a ese grito de guerra rompen fila para abalanzarse contra la ordenada vanguardia de jugadores de Cruzeiro. Sólo que en el camino se produce la epifanía, y en esos pocos metros de brillante piso del Galeao Dios esboza una sonrisa y la furia se trueca en admiración, y llegados al lado del Nelsinho no lo matan, no, simplemente se paran en seco y le preguntan, señalando el pantalón gris que supuestamente es de franela:

—¿Y qué tené ahí, Nelsinho, un cañón tené en lugar de gamba?

El goleador sonríe al igual que Dios, por unos instantes reina la paz entre los hombres, la hinchada de Boca, disfrazada de Boca, toda oro y azul y sudor y alguna lágrima, es decir hecha un asco, le arrebata al capitán de Cruzeiro la enorme copa de plata y sale danzando por los pasillos del enorme aeropuerto internacional, de este lado de seguridad, eso sí, con la copa en ristre y una galera xeneixe coronando

la copa. Y en medio del desaforado baile de los muertos en vida, de los resucitados más allá de la derrota, uno de ellos lo avizora y grita:

—¡El doctor Barnard!

Sí, el héroe del momento, el mismísimo míster transplante. Nuestros héroes de pacotilla, nuestros héroes por procuración y locura rodean entonces al doctor esgrimiendo la copa y pretenden que él grite ¡Viva Boca! Barnard sigue avanzando con su joven mujer del bracete e igualito a las innumerables fotos de los diarios, tranquilo en toda su apostura, indiferente al revuelo, como en otra galaxia.

Qué quieren que les diga. La cosa se vuelve tan fuera de control que cuando finalmente abordamos el avión (de línea) estoy al borde del ataque de nervios y ruego y amenazo y conmino hasta que me dejan pasar a primera a desentenderme del espanto.

Y creo que todo terminó allí y vuelvo a mi cotidianidad de colores variopintos y negros y blancos, sobre todo sedantes grises para borrar tanto enceguecimiento oroazul y tanto estruendo, y casi soy una mujer normal dentro de lo posible, cuando ¡oh milagro! Boca gana en Montevideo donde felizmente no he tenido que ir. Igual me invitan a festejar esa misma noche en la Bombonera y yo caigo en la tentación y allí reencuentro a nuestros queridos jugadores a los que tan bien les conozco los botines, y la querida hinchada de lujo con el corazón remozado, esplendente, como si el doctor Barnard hubiera obrado el milagro por simple imposición de manos.

El triunfo tiene estas ventajas, entre otras.

Allí están todos, allí está el Bobi más radiante que nunca, todo él nimbado de la luz cristalina de su propia miel. Y están los otros, a lo lejos los distingo porque lo que es yo, junto con mis flamantes colegas cronistas deportivos, he sido invitada a ingresar a la cancha, y nos abrazamos con los jugadores, y los abrazo y aprovecho. Ninguno me regala la camiseta pero me da igual, no pienso en camisetas, oigo los

aplausos y los vivas y los gritos como si también fueran para mí. Es una noche de festejo con fuegos artificiales y todo. Por fin la copa está legítimamente en manos argentinas. Hasta yo me contagio del entusiasmo y eso que desconfío de las pasiones deportivas que como ya sabemos nos distraen de las otras. En fin, hasta yo, digo, me contagio y me siento parte de la corriente que lleva a los jugadores de golpe a iniciar la vuelta olímpica tras la Copa. Y tras los jugadores, los periodistas, porque ésta es una noche sui géneris de celebración en diferido. Y junto con los periodistas zarpo yo, feliz, la única mujer, sospecho, que dio o dará la vuelta olímpica en la Bombonera. Sintiéndome un bombón por ende, saludando a las masas, bien colocada el alma y encarando el arco.

Notas sobre los autores

Roberto Fontanarrosa humorista gráfico excepcional y narrador de inusitado talento, nació en Rosario en 1944. Luego de trabajar varios años en publicidad, en 1968 comenzó a publicar humor en la revista *Bomm* de Rosario, desde 1972 en la revista *Hortensia* y a partir de 1973 en el diario *Clarín*. Es autor de historietas insuperables como *Inodoro Pereyra* y *Boogie, el aceitoso*, libros que recopilan sus mejores chistes, como Fontanarrosa y los clásicos, *Fontanarrosa de penal*, *Fontanarrosa y el sexo* y un libro en colaboración con Tomás Sanz: *Pequeño Diccionario del Fútbol Argentino*. Como narrador se destacó por su insólita capacidad de observación y un olfato paródico demoledor. Ha publicado las novelas *Best Seller* y *El área 18* y varios volúmenes de cuentos, entre los que pueden mencionarse *No sé si he sido claro*, *Uno nunca sabe* y *El mayor de mis defectos*.

Adolfo Bioy Casares (Buenos Aires, 1914-1999). Maestro de la ficción en lengua española, se consagró con su primera gran novela, *La invención de Morel* (1940). Ha escrito otras igualmente memorables como *El sueño de los héroes* (1954), *Diario de la guerra del cerdo* (1969), *Dormir al sol* (1973) y *Un campeón desparejo* (1994); varios libros de relatos excepcionales como *La trama celeste* (1948), *Historia prodigiosa* (1956), *El lado de la sombra* (1962), *El gran Serafín* (1967) e *Historias desaforadas* (1986); un primer volumen de *Memorias* (1994) y, con el seudónimo común de H. Bustos Domecq, varias obras en colaboración con Jorge Luis Borges, con quien mantuvo una célebre amistad. En 1990 recibió el Premio Cervantes de Literatura y ha sido varias veces candidato al Premio Nobel.

Jorge Luis Borges (Buenos Aires, 1899-Ginebra, 1986). El más grande escritor argentino y uno de los autores fundamentales del siglo XX. Ha escrito libros de poesía, ensayos y cuentos, transgrediendo las reglas de cada género y evitando deliberadamente la novela. Dentro de su obra poética, se destacan: *Fervor de Buenos*

Aires (1923), *Luna de enfrente* (1925), *Cuaderno San Martin* (1929), *El otro, el mismo* (1954), *La rosa profunda* (1975) y *La cifra* (1981). Entre sus libros de cuentos, pueden citarse: *Historia universal de la infamia* (1935), *Ficciones* (1944), *El aleph* (1949) y *El informe de Brodie* (1970). Sus célebres ensayos incluyen títulos como *Inquisiciones* (1925), *Evaristo Carriego* (1930), *Discusión* (1932) y *Otras inquisiciones* (1952). Ha escrito varias obras en colaboración con Adolfo Bioy Casares (ver ficha) y otros autores, y ha realizado admirables traducciones y prólogos de obras de grandes escritores de todos los tiempos. Su obra ha ensanchado los límites de la lengua española e influyó de manera decisiva en el pensamiento de este siglo. Salvo el Premio Nobel, que le fue negado varias veces por motivos extraliterarios, ha obtenido las máximas distinciones literarias.

Marcelo Cohen nació en Buenos Aires en 1951 y vivió en Barcelona entre 1975 y 1996, año en que regresó a Buenos Aires. Narrador infrecuente dentro de la literatura argentina, Cohen suele proponer la creación de espacios, situaciones y comunidades de un futuro exasperado y cercano, a través de una escritura cargada de intensidad, humor y belleza. Ha publicado las novelas El país de la dama eléctrica (1984), Insomnio (1985), El sitio de Kelany (1987), El oído absoluto (1989), El testamento de Ojaral (1995), la novela corta Inolvidables veladas (1996), una colección de textos que él llama "novelas portátiles": *El fin de lo mismo* (1992) y, entre otros, los libros de cuentos *El instrumento más caro de la tierra* (1982) y *El buitre en invierno* (1985). Es, además, un excelente traductor y autor de notables artículos sobre literatura que se publican en distintos medios españoles y argentinos.

Humberto Costantini nació en Buenos Aires en 1924 y murió en esta ciudad en 1987. Es uno de los mayores exponentes de una forma poética y vigorosa del realismo, con explícitas raíces populares. Es autor de varias colecciones de cuentos insoslayables: *De por aquí nomás (*1959), *Un señor alto, rubio de bigotes* (1963), *Una vieja historia de caminantes* (1970), *Bandeo* (1975); novelas como *Háblenme de Funes* (1970) y *De dioses, hombrecitos y policías* (1979), monólogos y piezas teatrales recopilados en el volumen *Chau, Pericles* (1986) y poemas reunidos en *Cuestiones con la vida* (1970) y

Más cuestiones con la vida (1974). Entre otras distinciones, obtuvo el Premio Municipal de Cuento y el de Novela, el Premio Casa de las Américas. Entre 1976 y 1984 debió exiliarse en México, experiencia particularmente traumática en su vida que marcó sus últimos libros.

Alejandro Dolina nació en Baigorrita, provincia de Buenos Aires y se crió en la localidad de Caseros. Tras una larga trayectoria como periodista en revistas de humor y actualidad como *Satiricón*, *Mengano* y *Humor* (en donde publicó la mayor parte de los textos que luego integrarían su celebrado libro *Crónicas del Ángel Gris*), Dolina incursionó en la radio convirtiéndose en un verdadero fenómeno que aún perdura con plena vigencia. Desde su recordado ciclo radial Demasiado tarde para lágrimas, Dolina ha creado un espacio inimitable donde tienen lugar la crítica, la reflexión, la exaltación costumbrista, el delirio, la música y la poesía, con un trasfondo en el que resuenan ecos de una mitología barrial. Ha incursionado también en televisión (*La barra de Dolina* y los micros de *Chínente*) y en cine (*El día que Maradona conoció a Gardel*).

José Pablo Feinmann nació en Buenos Aires en 1943. A través de una obra variada y audaz, no ha cesado de interrogarse acerca de la historia y el presente de la Argentina y los argentinos. Se ha destacado como narrador, ensayista, guionista de cine y televisión y columnista de opinión. Publicó las novelas *Últimos días de la víctima* (1979), *Ni el tiro del final* (1981), *El ejército de ceniza* (1986), *La astucia de la razón* (Alfaguara, 1990), *El cadáver imposible* (Clarín-Aguilar, 1992) y *Los crímenes de Van Gogh* (1994). Entre sus ensayos, merecen destacarse *Filosofía y Nación* (1982), *Estudios sobre el peronismo* (1983), *El mito del eterno fracaso* (1985) y *La creación de lo posible* (1988). En el volumen *Escritos para el cine* (1988), se han reunido algunos de sus guiones. Ha sido el guionista de películas como *Tango Bar* (1987), *Facundo, la sombra del tigre* (1995) y, entre otras, *Eva Perón* (1996) de Juan Carlos Desanzo. Sus libros se han publicado en Italia, Francia y otros países.

Inés Fernández Moreno nació en Buenos Aires en 1947, donde vive actualmente luego de estancias en España y Francia. Hija y nieta de grandes poetas (Baldomero y César Fernández Moreno), publicó tardíamente su primer libro de cuentos, *La vida en la cornisa* (1993), dando muestras de una calidad infrecuente. Su segundo libro de relatos, *Un amor de agua* (Alfaguara, 1997), confirma y amplía las expectativas creadas por el primero. Una variada gama de registros donde campea el humor y el repliegue sutil hacen desembocar el realismo inicial de sus cuentos en situaciones inesperadas y reveladoras.

Rodrigo Fresán nació en Buenos Aires en 1963, vivió algunos años en Venezuela y actualmente reside en Buenos Aires, donde se desempeña como editor de la revista Página/30. Su primer libro de relatos, *Historia argentina* (1991), lo consagró de inmediato como uno de los narradores más originales de su generación. Ha publicado además un segundo volumen de narraciones breves: *Vidas de santos* (1993), una recopilación de artículos periodísticos: *Trabajos manuales* (1994) y la novela *Esperanto* (1995), que ha confirmado las expectativas creadas por su primer libro.

Elvio E. Gandolfo nació en Rosario en 1947. Ha vivido en Piriápolis y Montevideo y actualmente reside en Buenos Aires. Narrador, periodista y crítico de literatura y cine, ha publicado artículos, prólogos y traducciones a ambas márgenes del Río de la Plata. En Rosario, fue director de la mítica revista literaria *El lagrimal trifurca* (1968-1976) y, en Montevideo, coordinador del suplemento cultural del diario *El País* (1989-1996), en donde en la actualidad se desempeña como corresponsal. Ha desarrollado una obra narrativa personal, donde lo cotidiano suele convocar súbitamente lo fantástico. Publicó la trilogía *Sin creer en nada* (1987), los libros de relatos *Dos mujeres* (Alfaguara, 1992) y *Ferrocarriles Argentinos* (Alfaguara, 1994) y la novela *Boomeratig* (1993), que fue finalista del Premio Planeta.

Liliana Heker nació en Buenos Aires en 1943. Dirigió dos revistas de incuestionable trascendencia: El escarabajo de oro y El ornitorrinco. En ellas sostuvo polémicas, publicó ensayos y críticas y participó en los encendidos debates ideológicos de los últimos veinticinco años. Es una de las mayores cuentistas argentinas de todos los tiempos. Ha publicado cuatro libros de cuentos: *Los que vieron la zarza* (1966), *Amaño* (1972), *Un resplandor que se apagó en el mundo* (1977) y *Las peras del mal* (1982) —reunidos en el volumen Los bordes de lo real (Alfaguara, 1991)— y dos novelas: *Zona de clivaje* (1987, de próxima reedición en Alfaguara) y *El fin de la historia* (Alfaguara, 1996). Sus cuentos completos han sido traducidos al inglés y numerosos relatos suyos fueron publicados en Alemania, Holanda, Rusia, Turquía, Polonia y Canadá.

Héctor Libertella nació en Bahía Blanca en 1945 y es uno de los escritores argentinos más personales e inclasificables. Narrador precozmente consagrado con su novela El camino de los hiperbóreos (Premio Paidós, 1968), ha publicado además el libro de relatos Cavernícolas (1984) y la nouvelle *El paseo internacional del perverso* (1986), libros que despliegan una escritura para la cual el lenguaje puede llegar a ser un fin en sí mismo y en donde resuena el eco de las últimas vanguardias latinoamericanas. Es también un ensayista revulsivo: en libros como *Ensayos o pruebas sobre una red hermética* (1987), *Las sagradas escrituras hispanoamericanas* (1988) y *Patografía, los juegos desviados de la literatura* (1990) ha reflexionado con lucidez sobre la tradición literaria argentina y latinoamericana, las relaciones entre vanguardia y mercado y, entre otros temas, las condiciones materiales —tipográficas— de la escritura.

Diego Lucero nació en Montevideo en 1901, con el nombre de Luis Alfredo Sciutto y murió en Buenos Aires en 1995. En su adolescencia y juventud fue futbolista, llegando a jugar en la primera división de Nacional de Montevideo. Casi paralela a su carrera futbolística, fue su vocación de cronista deportivo. Esa actividad fue desplazando a la otra, hasta convertirse en una profesión de dedicación exclusiva, ejercida con personalidad y estilo inimitables. Con el tiempo,

su actividad periodística se amplió a casi todos los géneros. En el Uruguay, colaboró en numerosos medios gráficos de primer nivel y luego recopiló sus crónicas, de la década del ’30, en cuatro libros memorables —*Tuya, Héctor*; *Déjala, Juan*; *Fierro, Lorenzo* y *Las grandes finales*— y sus experiencias como testigo de la guerra civil española en los volúmenes: *Una aventura en Esparta* y *Cartas de la guerra*. Desde su aparición en 1945 y hasta 1972, formó parte de la redacción del diario *Clarín* de Buenos Aires, consagrándose para siempre con el seudónimo Diego Lucero. Allí escribió las inolvidables crónicas de fútbol que luego se publicaron, en parte, en el libro *Siento ruido de pelota* (1975), pero también columnas sobre turf, entrevistas a personalidades de todas las áreas de la vida pública —desde Frondizi, Perón y Franco hasta Camus, Lorca y Josephine Baker—. Miembro de la Academia Porteña del Lunfardo, aficionado al tango y artista plástico en sus escasos ratos libres, la personalidad de Diego Lucero ha dejado una huella única en el periodismo rioplatense.

Marcos Mayer nació en Buenos Aires en 1952. Docente, ensayista, traductor y periodista cultural, ha sido editor del suplemento *Primer Plano* del diario *Página/12* y colaborador de diarios y revistas de la Argentina y el extranjero. Realizó traducciones de Thomas de Quincey y de Jane Austen, entre otras, y antologías críticas de las Prosas de Leopoldo Lugones, del peronismo en la literatura argentina y de los escritos de Ernesto “Che” Guevara (La Revolución. Escritos esenciales, Taurus, 1996). Es autor de la novela *La repetición*, próxima a editarse, y acaba de obtener una Beca de la Fundación Antorchas para la publicación de un libro de ensayos.

Pacho O’Donnell nació en Buenos Aires en 1942. Se ha destacado como narrador, dramaturgo y, en los últimos años, protagonista de la política cultural dentro de los gobiernos de Alfonsín y Menem. Ha publicado las novelas *Copsi*, *Las hormigas de Chaplin* y *El tigrecito de Mompracem*, las obras de teatro *Escarabajos*, *Lo frío y lo caliente*, *Imágenes*, *Lobo… ¿estás?* y, entre otras, *Vincent* y *Los cuervos, una biografía de Juana Azurduy* y el libro de cuentos *La seducción de la hija del portero*. En su obra,

recorrida por preocupaciones políticas y sociales explícitas, se destacan la consistencia de sus personajes y un lenguaje directo, sin renunciar al espesor poético y dramático del lenguaje.

Guillermo Saccomanno nació en Buenos Aires en 1948. Guionista de historietas e investigador de temas de culturas marginales, publicó poesía en sus comienzos y luego se destacó como un narrador personal e inteligente, a través de una forma del realismo que no desdeña los matices psicológicos ni las audacias de la imaginación. Su novela Situación de peligro (1986) obtuvo el Premio Club de los Trece; la novela *Roberto y Eva* (1989) fue galardonada con el Premio Visión; por su libro de cuento *Bajo bandera* (1991), recibió el Segundo Premio Municipal. Ha publicado, además, el libro de relatos *Animales domésticos* (1993) y la crónica *El viejo Gesell* (1994). Actualmente escribe guiones para el cine: el de la película 24 horas y otro basado en sus relatos de Bajo bandera, dirigida por Juan José Jusid.

Juan Sasturain nació en González Chávez, provincia de Buenos Aires, en 1945. Vive en Buenos Aires desde hace más de treinta años, salvo un lapso durante el cual residió en Barcelona. Periodista desde 1970, comenzó a publicar sus ficciones a partir de los ’80. Es autor de las tres excelentes novelas policiales: *Manual de perdedores* (1985/87), *Arena en los zapatos* (1988) y *Los sentidos del agua* (Clarín-Aguilar, 1992), que lo ubican entre los autores más originales del género en lengua española. Ha publicado, además, dos novelas de aventuras: *Parecido S.A.* (1991) y *Los dedos de Walt Disney* (1992); un volumen de relatos donde campean el humor y la ironía: *Zenitram* (1996) y los guiones para los cuatro volúmenes de la historieta *Perramus* que, dibujada por el maestro Alberto Breccia, se constituyó en uno de los hitos del género.

Osvaldo Soriano (Mar del Plata, 1943-Buenos Aires, 1997). Ejerció el periodismo y fue uno de los escritores argentinos más originales y celebrados de la actualidad. Su obra narrativa se ha concentrado en un conjunto de novelas donde se combinan la sátira, el grotesco, la aventura, la política, la historia y una feroz crítica de costumbres. *Triste, solitario y final* (1973), su primer libro, lo consagró

definitivamente; a partir de entonces, su obra comenzó a publicarse en toda Hispanoamérica y a traducirse en más de veinte países, habiendo sido celebrada por escritores de la talla de Italo Calvino. Sus otras novelas son: *No habrá más penas ni olvido* (1978, llevada al cine con gran éxito), *Cuarteles de invierno* (1980, cuenta con dos versiones cinematográficas), *A sus plantas rendido un león* (1986), *Una sombra ya pronto serás* (1990), *El ojo de la patria* (1992) y *La hora sin sombra* (1996). Ha publicado además dos libros donde recopiló sus memorables crónicas y artículos publicados en diarios y revistas de diversos países: *Artistas, locos y criminales* (1984) y *Rebeldes, soñadores y fugitivos* (1987); y un libro de crónicas sobre la infancia que tiene como protagonista a su padre: *Cuentos de los años felices* (1995). Soriano debió exiliarse durante la última dictadura militar, viviendo en Bélgica y en Francia entre 1976 y 1984.

Luisa Valenzuela nació en Buenos Aires, en donde comenzó a trabajar en periodismo desde muy joven. Ha sido colaboradora de la revista *Crisis* y del diario *La Nación*, entre otros medios. Vivió en Francia —allí escribió su primera novela a los veintiún años— y en los Estados Unidos, donde dictó talleres en las universidades de Columbia y Nueva York. Narradora de registro personal, con notable capacidad para el humor y el grotesco, ha publicado doce libros; entre otros, las novelas *Realidad nacional desde la cama*, *El gato eficaz* y *Novela negra con argentinos* y los volúmenes de cuentos *Aquí pasan cosas raras* y *Simetrías*. Su obra ha sido íntegramente traducida al inglés y parcialmente a numerosos idiomas, además de haberse convertido en objeto de estudio frecuente en universidades de los Estados Unidos y de Europa.

Fuentes

"Esse est percipi" (Incluido en Crónicas de Bustos Domecq, 1963, Adolfo Bioy Casares/Jorge Luis Borges. Emecé Editores S.A., 1979, 1991, 1997 y María Kodama, 1995)

"Fantasía española" (1997, Marcelo Cohen. Inédito)

"Insai izquierdo" (Incluido en Bandeo, 1975, Humberto Costantini)

"Apuntes del fútbol en Flores" (De: Crónicas del Ángel Gris, 1988, Alejandro Dolina. Ediciones Colihue)

"Dieguito" (1996, José Pablo Feinmann, Página/12)

"Milagro en Parque Chas" (1997, Inés Fernández Moreno. Inédito)

"Escenas de la vida deportiva" (Tomado de Uno nunca sabe, 1993, Roberto

Fontanarrosa. Ediciones de la Flor)

"Final" (1993, Rodrigo Fresán. Página/30)

"El visitante" (1997, Elvio E. Gandolfo. Inédito)

"La música de los domingos" (1997, Liliana Heker. Inédito)

"La cifra redonda" (1997, Héctor Libertella. Inédito)

"Hoy comienza el campeonato y habrá fiesta para rato" (Incluido en Siento ruido de pelota, 1975, Diego Lucero. Editorial Freeland) "Ver o jugar" (1997, Marcos Mayer. Inédito)

"Falucho" (Incluido en La seducción de la hija del portero, 1981, Pacho O'Donnell. Editorial de Belgrano)

"Tránsito" (1997, Guillermo Saccomanno. Inédito)

“Campitos” (1997, Juan Sasturain. Inédito)

“Gallardo Pérez, referí” (1988, Osvaldo Soriano. Editorial Norma)

“El mundo es de los inocentes” (1997, Luisa Valenzuela. Inédito)